

Alerta (fragmento)

[Himno para las juventudes deportivas y militares]

...
En las encrucijadas del camino
cruels enemigos nos acechan:
dentro de la casa la traición se esconde,
fuera de la casa la codicia espera.
Vendida fue la puerta de los mares,
y las ondas del viento entre las sierras,
y el suelo que se labra,
y la arena del campo en que se juega,
y la roca en que yace el hierro duro;
sólo la tierra que se muere es nuestra.

...

Antonio Machado

Rocafort, 1937



Índice

Alerta (fragmento)	3
Prólogo	7

Documentos del mes	
El enemigo invisible. Apuntes sobre la masonería en Cantabria	10
Cinco días de febrero. Huelga general y estado de guerra en el Santander de 1920	13
Una trova cántabra, ejemplo de resistencia. Octubre de 1934	22
Tres historias en un billete. Sobre la caída de la Guerrilla Azaña	27
Vicente Puchol y la diócesis de Santander. Algunos ecos del Vaticano II en la Iglesia española	31
La memoria de los nietos. Un asunto personal	36
El teatro también es un arma cargada de futuro. La iniciativa teatral independiente en los años 70 en Cantabria	41
La II República y la modernización educativa. La creación de la Universidad Internacional de Verano de Santander	46
La Noche Roja de Laredo. Cuando el rock irrumpió en el verano de la Transición	50
El cañón del Cervera: la memoria inversa	54
Lo divino, lo humano y el sermón de Paco Pérez. Otras historias de 1968	58
Huyendo del miedo. Los refugiados del norte de Palencia en Cantabria durante la Guerra Civil	66
Aquel tiempo tan feliz... Diciembre, 1976	72

Actividades	
Presentación del libro ‘Claudio, mira’, de Alfons Cervera	75
Reseña del acto de homenaje a Gabriel Jackson. Ciudadano, historiador, activista	76
Texto de Desmemoriados leído en el acto de homenaje a Gabriel Jackson	79
El cancionero popular, fuente y reflejo de la historia	80
Reseña de la Jornada divulgativa sobre la Revolución del 34 en Barruelo	83
Sed, la búsqueda de una respuesta	84

ISBN: 978-84-120292-6-0 | Precio 10 €

Copyleft. Textos de Desmemoriados, Asociación para la Recuperación de la Memoria de Cantabria

Diseño y maquetación: Creando Estudio Gráfico, SL

Prólogo

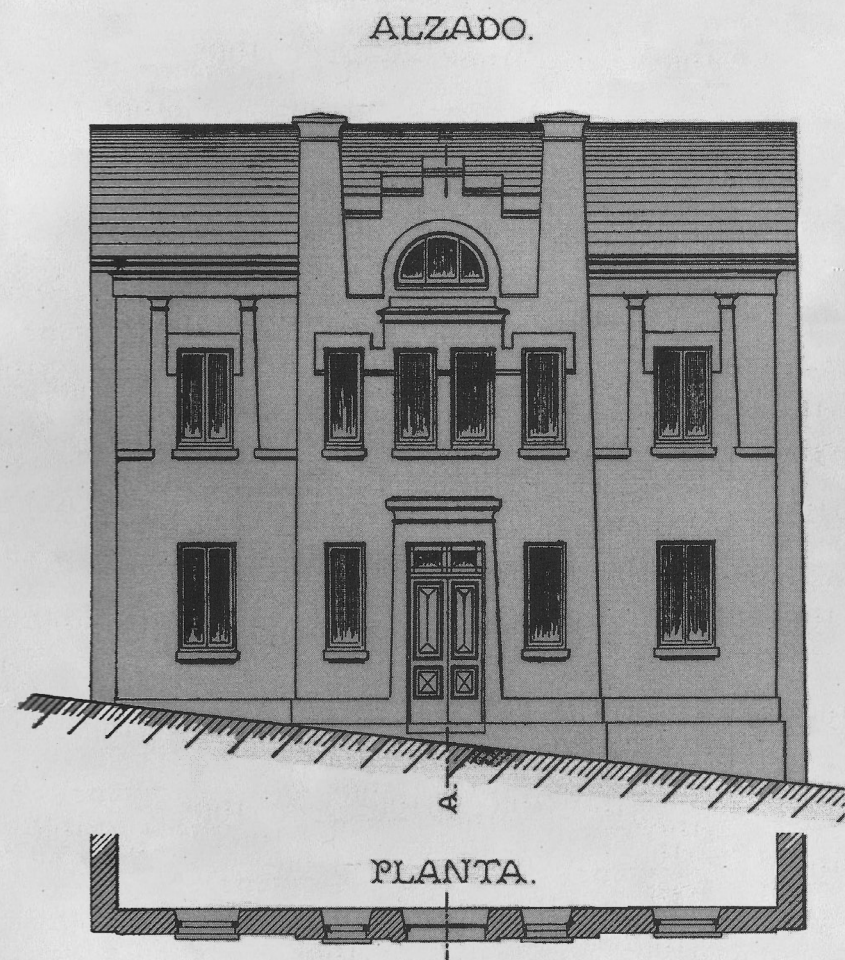
“Si unos tiran por aquí y otros tiran por allá, seguro que cae, cae, cae”. Esto sería, más o menos, una traducción libre de L’Estaca, la reivindicativa canción icono de Lluís Llach, que auguraba el fin de la dictadura con el deseable esfuerzo de todos.

Y, sin embargo, pese a que la dictadura formalmente fue tumbada, o se tumbó ella sola en una sala de hospital, ahíta de cables y de válvulas, sus efectos ideológicos han seguido acompañando hasta hoy al devenir de esta tierra sembrada de cadenas y de somatenes con uniforme, con levita o con casulla, que siglo tras siglo claman contra la cultura y contra todo aquello que se extralimite y se salga de sus constreñidas concepciones de la realidad.

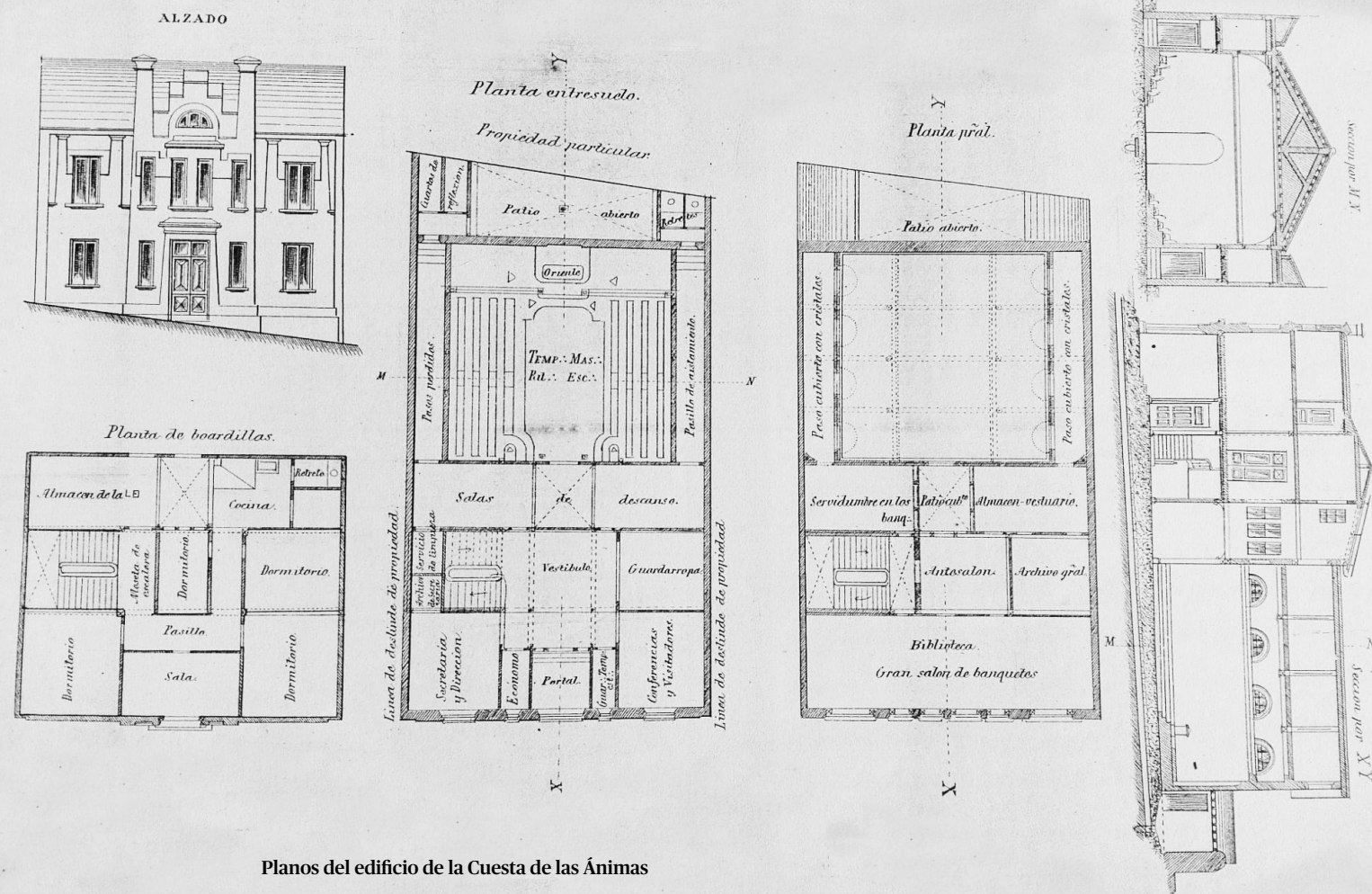
Ésa es la otra pandemia que nos asola, la que hoy en día, y si no hacemos algo, nos deja irremediablemente fuera de combate como sociedad libre y democrática. Una sociedad que teóricamente posee un mayor acceso a la información y que, paradójicamente, se encuentra con muros más altos, con selvas más tupidas y enmarañadas, con cantos de sirena más enervantes, para llegar a lo esencial, como es la objetiva e individualizada interpretación del torrente de comunicaciones que nos llegan.

En esas estamos. Y a pesar de todo esperamos. Esperamos que no haya bandera que encubra la miseria, moral y de la otra. Que no haya mentira que esconda cien años la verdad, ni cementerio que oculte eternamente el cuerpo inmortal de la dignidad. Podrán disfrazar sus correajes, apuntalar el egoísmo implícito en cada una de sus maniobras, removernos las tripas con sus alambicadas justificaciones, voltear los libros de Historia con embustes; podrán tapar mil veces los versos de Miguel Hernández o de cualquier otro poeta de esos que les aciertan invariablemente en el monolítico corazón de la sinrazón; pero no pueden, por más que lo intenten, impedir que sigamos en la tarea para derribar la estaca. Así somos.

Documentos del mes



Plano de la fachada principal del edificio de la Cuesta de las Ánimas



Planos del edificio de la Cuesta de las Ánimas

Documento del mes de enero de 2020

El enemigo invisible. Apuntes sobre la masonería en Cantabria

Durante el régimen franquista, los masones fueron perseguidos, encarcelados y asesinados, especialmente en Andalucía, Extremadura, Castilla, Galicia y Canarias. Las épocas de mayor actividad masónica en Cantabria se registraron durante las dos Repúblicas españolas

Desde el comienzo de la sublevación, en julio de 1936, hasta la muerte del general Franco, en noviembre de 1975, una de las obsesiones del dictador fue acabar con los peligros que amenazaban las “esencias de la España Eterna”. Imbuido de una misión casi trascendental durante todo su mandato, nunca olvidó que

sus enemigos eran el marxismo, la democracia liberal, el separatismo y la conjura judeo-masónica. Esta obsesión quedó plasmada en su testamento político donde nos advierte, citamos textualmente, que “los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta”.

Franco siempre identificó a los masones como enemigos de la patria, fuente de anticlericalismo y defensores de ideologías extranjerizantes que suponían una grave amenaza para la España nacional-católica victoriosa en la guerra civil. A consecuencia de este odio, desde los primeros días de la contienda en todas las zonas bajo dominio del bando franquista, los masones fueron perseguidos, encarcelados y en muchas ocasiones, asesinados. Especial dureza tuvo la represión en Andalucía, Sur de Extremadura, Castilla, Galicia y Canarias. Se calcula que aproximadamente 2000 masones fueron ejecutados y 200 logias cerradas hasta 1939.

Como licencia podemos añadir que algunos historiadores citan con seguridad la pertenencia a la masonería del padre del invicto general, de su hermano Ramón y de algunos militares de alta graduación que se opusieron al golpe de Estado.

Legalmente el 15 de septiembre de 1936, el general Franco aprobó que la pertenencia a la francmasonería fuera considerada crimen de rebelión y el 1 de marzo de 1940, el consejo de ministros puso en vigor la ley de represión de la masonería y el comunismo. Hubo que esperar hasta Julio de 1979 para que el Tribunal Supremo legalizara la masonería en nuestro país, dos años y tres meses después de la legalización del PCE y casi un año más tarde de la aprobación en referéndum de la Constitución española.

Respecto a la presencia de la masonería en Cantabria podemos constatar que las primeras logias se crearon durante la guerra de la Independencia, concretamente en 1811 cuando masones franceses fundaron en Santander la logia ‘Amigos de la Caridad’ predecesora de la llamada ‘Gibraltar francés’, creada en Santoña en torno a 1813. Con la derrota de las tropas

napoleónicas y la vuelta al trono de Fernando VII, los francmasones fueron proscritos y prohibidas todas sus actividades. Su sucesora en el trono, Isabel II, continuó con la misma política.

No cabe duda de que las épocas de mayor actividad masónica se registraron durante las dos Repúblicas españolas (1868-1874 y 1931-1936), cuando principios básicos de su ideario, como la discreción de los miembros de las logias, la defensa de la libertad, igualdad y fraternidad y la libre creencia en el Gran Arquitecto del Universo, no se consideraron delito.

Sin embargo, durante la Restauración se fundaron en Cantabria numerosa logias, concretamente en 1878 la Logia Alianza 5ª número 57 presidida por un conocido naviero, en 1882 la logia Luz de Cantabria y la logia Celtibera, en 1889 la logia Luz del Ebro centrada en Reinosa y a la que perteneció el escritor campurriano Demetrio Duque y Merino, etc.

En 1888 una tenida (reunión de masones) fúnebre en honor de Guillermo de Hohenzollern celebrada en Santander reunió entre asistentes y adhesiones más de 600 personas.

Masones conocidos de estos años eran, por ejemplo, el marqués de Albayda, presidente de las Cortes de la I República, Manuel Ruiz Zorrilla o Ramón Pelayo, marqués de Valdecilla.

Durante este tiempo el principal enemigo de la actividad masónica fue la Iglesia Católica. El obispo de Santander Sánchez de Castro y su antecesor pusieron bajo amenaza de excomunión a todos los masones y colaboradores próximos a ellos. En este punto hay que señalar que la masonería montañesa no era especialmente anticlerical: propugnaba

la enseñanza laica, la no intromisión de la Iglesia en la vida pública y se mostró partidaria de un mayor protagonismo de la mujer.

En 1931 se creó el triángulo Augusto González de Linares, que se reunía en la calle de la Paz n.º 1 y posteriormente en el edificio de la calle Cuesta de las Ánimas, en la actualidad Alcázar de Toledo. Este inmueble, conocido de últimas como casa tapón, tuvo una ocupación de lo más diversa a lo largo de su existencia: en la transición fue sede del Partido Comunista de España, previamente había sido casa de la guardia de Franco y anteriormente de la CNT y del Centro Obrero de Santander.

Durante la época republicana hubo años de gran actividad y muchos de sus miembros desarrollaron importantes funciones políticas, como fue el caso de Ruiz Olazarán, gobernador civil, el diputado Gregorio Villarías o el presidente del sindicato de trabajadores del puerto, Jesús González Malo. Otros masones conocidos fueron el director de Valdecilla Wenceslao López Albo, el pintor Ricardo Bernardo, el científico Orestes Cendrero o la periodista y escritora Consuelo Berges.

Ante la inminente caída de Santander, en agosto de 1937, los masones de la logia anteriormente citada abatieron columnas, símbolo masónico junto a la escuadra y el compás, quemaron mucha documentación comprometedora y emprendieron el camino del exilio, hacia América del Sur de forma mayoritaria, evitando las penas sufridas por sus hermanos del sur de España.

En la actualidad en Cantabria existe la logia Semperfidelis 150 que desarrolla su actividad desde hace once años y donde se reúnen personas de las más distintas profesiones, nacionalidades e ideologías políticas. ■



Documento del mes de febrero de 2020

Cinco días de febrero. Huelga general y estado de guerra en el Santander de 1920

Se cumple el mes de febrero de 2020 un siglo de la declaración de huelga general y posterior estado de guerra en la provincia de Santander

No sabemos con certeza cuando se introdujo la expresión “otoño caliente” en la lengua castellana. En la reciente historia de Italia se denomina así al periodo del año 1969 en el que la confluencia de la lucha de obreros y estudiantes fue de tal intensidad que puso en serios apuros al aparato del Estado. De forma general, su uso remite a escenarios de crisis, conflictividad laboral y política, estallidos sociales, etc., pero, sin duda, podemos afirmar

que los meses finales del año 1919 en la entonces provincia de Santander constituyeron un verdadero otoño caliente *avant la lettre*. Como veremos, el invierno tampoco enfrió los ánimos...

La quiebra del régimen de la Restauración
A partir de 1909, el régimen político de la Restauración borbónica, nacido en 1875, empezó a mostrar signos de crisis. Elementos de distinta



Detalle de la portada de El Sol, 4 de febrero de 1920.

naturaleza y trascendencia contribuyen a caracterizar la convulsa década de 1910:

- La crisis del sistema de turno de partidos (conservadores y liberales), desacreditado por mecanismos que le eran propios (caciquismo, clientelismo, corrupción electoral...)

- El vigor del movimiento obrero demandando, al tiempo que otras fuerzas políticas, la participación real y la democratización institucional

- La interminable guerra colonial en el norte de Marruecos, con sus efectos de pérdidas de vidas humanas, descontento y oposición de las clases populares y el reforzamiento del grupo de presión de los altos mandos africanistas (unido a otras organizaciones, militares, como las Juntas de Defensa, reconocidas en 1917)

- La pujanza del nacionalismo catalán, sobre todo tras 1918

- Las consecuencias, fundamentalmente en el ámbito económico, de la Primera Guerra Mundial

- La aparición en la clase obrera de un imaginario emancipatorio a partir del triunfo de la Revolución Rusa de 1917

El proceso de descomposición se aceleraría aún más con la manifestación de tensiones rupturistas de índole política, como el intento de reforma de la Constitución de 1876 por la Asamblea de Parlamentarios reunida en julio de 1917 en Barcelona, y social, la conflictividad creciente, que alcanzó picos como la huelga general convocada en agosto de ese mismo año. Este segundo elemento condicionaría y apresuraría el fracaso del primero, tras el abandono de dicho empeño por parte de sectores reformistas de la burguesía.

El intento de reconducir el curso de los acontecimientos mediante gobiernos de concentración se vio abocado al fracaso por la concurrencia de factores de orden estructural y puntual. El golpe de estado del general Primo de Rivera, en la tradición decimonónica española de intervencionismo del ejército en la vida política, marcó el final de esta coyuntura con la instauración de un régimen dictatorial.

La compleja estructura económica y social de la provincia de Santander

La construcción del mito de Santander como una provincia conservadora y católica en la que no había ni huelgas ni conflictos tiene su origen en una interpretación sesgada de la historia que se remonta a los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, como explica el historiador cántabro Miguel Ángel Solla. La realidad era mucho más compleja, no sólo durante el periodo de la II República, sino con anterioridad. La caracterización económica, social y política dista de la que conocemos en nuestros días.

En el Censo de 1920 la Provincia de Santander contaba con 327.669 habitantes de hecho, de los cuales algo más de una quinta parte vivían en la capital; aunque sumemos los de otras localidades urbanas, como Torrelavega, Castro Urdiales, Santoña, El Astillero, Laredo, Reinosa o Los Corrales de Buelna, el perfil de la población era nítidamente rural. Sin embargo, a pesar de que el sector primario concentraba un mayor número de empleos (la minería del hierro tocaría techo hacia 1915), el mayor dinamismo apuntaba a la actividad industrial, en la que empresas de gran tamaño como Las Forjas de Buelna, Nueva Montaña, Solvay, Cross, Nestlé, Electro Metalúrgica de Astillero, Constructora Naval generaban en su entorno una significativa actividad económica y empleo. Los espacios más concernidos por el impulso del sector secundario fueron el área metropolitana de la Bahía de Santander y el corredor del Besaya.

Todo este cumulo de actividad industrial acarreó un proceso de proletarización de un sector amplio de la población. El movimiento sindical de clase, repartido entre las orientaciones socialista y anarquista, experimentó en la década de 1910 un desarrollo asociativo y un paralelo crecimiento de la afiliación. El desequilibrado reparto de los réditos del crecimiento producido durante la Primera Guerra Mundial en favor del beneficio empresarial y en menoscabo de los salarios, unido a una aguda crisis inflacionista de los productos de subsistencia y a la lucha por los derechos laborales abrieron un periodo de elevada conflictividad que el estado fue incapaz de canalizar por vías democráticas.

Los precedentes más próximos de una movilización obrera general en la provincia de Santander hay que buscarlos con motivo de dos huelgas generales, la primera, la convocada por UGT y CNT, el 18 de diciembre de 1916 (un paro general de 24 horas para protestar por la situación social y laboral del país) y la segunda con motivo de la huelga general revolucionaria de ámbito estatal convocada por UGT y PSOE y parcialmente secundada por la CNT, a partir del 13 de agosto de 1917 y que se prolongó durante cinco días, aproximadamente.

Los Boletines del Instituto de Reformas Sociales y las Memorias de la Estadística de las Huelgas de 1919 y 1920 muestran un significativo incremento de la conflictividad en la provincia de Santander y en el conjunto del Estado con respecto a anteriores ejercicios, pero dichas fuentes no alcanzan a relacionar la totalidad de huelgas que se referencian en el apartado sobre los conflictos sociales que aparecía casi a diario en la prensa cántabra ^[1]. La duración de las huelgas oscilaba enormemente: desde menos de una semana hasta meses; a veces se procedía meramente al anuncio público del conflicto como forma de presión a los patronos.

Si ya hemos reseñado el pasado año la importancia del conflicto que sostuvieron los trabajadores de Las Forjas de Buelna, la huelga general de la construcción en la ciudad de Santander (entre diciembre de 1919 y junio de 1920) se prolongó al pie de siete meses y fue el conflicto con mayor número de jornadas perdidas, con 306.000, en España. Así, a escala provincial, Santander figura en el tercer lugar de las que mayor número de jornadas perdidas acreditaban (más de medio millón), solo por detrás de Valencia y Madrid ^[2]. Los factores desencadenantes de las huelgas más habituales, recogidos en las publicaciones del Instituto de Reformas Sociales, apuntan a la reivindicación de aumento de salario, unido a veces a otras peticiones, como -en su momento- la jornada de ocho horas o la reducción de la jornada y la reglamentación de las condiciones de trabajo.

Cuestiones previas

El control del mercado de trabajo era un elemento estratégico de primer orden para las asociaciones sindicales de clase. Hasta la ruptura de 1921 entre socialistas y anarquistas, la política de unificación de las distintas sociedades dentro de la Federación Obrera fue un objetivo de su dirección. Bajo este planteamiento no puede sorprender los intentos de unificación y absorción de asociaciones profesionales, muchas de ellas de marcado corte mutualista.



Piquete de Infantería custodiando el Ayuntamiento, después de declarado el estado de guerra. Mundo Gráfico, 11 de febrero de 1920.

La declaración de estado de guerra no fue una medida en absoluto aislada durante el régimen de la Restauración. Se trata de un estado excepcional, de carácter militar, de suspensión de las garantías constitucionales declarado por el gobierno, sin intervención de las Cortes, con el que se pretende mantener y restaurar el orden público en la parte del territorio que se considere amenazado (una ciudad, una provincia...). Con la declaración de estado de guerra la autoridad civil transfiere el poder a la autoridad militar, ante la imposibilidad de contener las alteraciones del orden ^[3].

Así pues, la respuesta marcadamente coercitiva que se daba a estas movilizaciones unido al recurso de la militarización del orden público fueron rasgos característicos de este prolongado periodo histórico. En más de cien

ocasiones resultaron suspendidas las garantías constitucionales, entre 1875 y 1931, en distintos territorios, utilizando para ello los distintos procedimientos previstos por las leyes (Ley de suspensión, Real Decreto ministerial y bando de declaración de estado de guerra) ^[4]. Los antecedentes más próximos de declaración de estado de guerra que afectaron a Cantabria, con anterioridad a 1920, hay que buscarlos en julio de 1916 y agosto de 1917, que tuvieron carácter general para todo el territorio español.

La gestación del conflicto

El clima de conflictividad sociolaboral era notable. Las posiciones de partida muy enconadas entre las partes. En estas condiciones, un incidente, que en otro momento hubiera carecido de especial relevancia, podía hacer que la situación terminara por escalar y que el componente de alteración del orden público pasara a primer plano.

La situación se va a desencadenar a partir del conflicto que existía en el asociacionismo del grupo de los camareros. Desde septiembre empieza a percibirse un enrarecimiento progresivo del clima laboral. Una de las sociedades de camareros existentes “La Aurora” se posicionaba en la Junta Local de Reformas Sociales (órgano colegiado al que asistían representantes de las sociedades obreras, patronales y la Administración con funciones, principalmente, de asesoramiento, propuesta, conciliación, arbitraje, etc. en asuntos laborales) con la sociedad de dueños de hoteles, fondas, casas de huéspedes y cafeterías para solicitar una excepción a la Ley de Jornada Mercantil que establecía un régimen general de jornada. Por otra parte, en ese órgano se reportaban abusos de determinados establecimientos en la aplicación de los descansos y carga de horas excesiva. No olvidemos que el 1 de octubre entraría en vigor, en todo el territorio español, la jornada laboral máxima -con carácter general- de 8 horas y el cómputo semanal de 48 horas (por Decreto firmado por el presidente del Gobierno el 3 de

abril de 1919). Finalmente, en la reunión de la Junta del 26 de septiembre se acordaría, con el voto de calidad del presidente, solicitar al Instituto de Reformas Sociales la excepción al régimen general de jornada; en contra se pronunciaron los camareros de la sociedad “Unión Cantábrica” y los cocineros de “La Luz del Arte” ^[5].

En aquellos momentos coexisten tres sociedades de camareros: las ya citadas de “La Aurora”, fundada en 1911, de orientación mutualista, y la “Unión Cantábrica”, en la órbita de la Federación Local de Sociedades Obreras y, además, la “Agrupación General”. Desde la Federación se decide impulsar un proceso de unificación, que fructifica parcialmente hacia finales de diciembre con la creación de una nueva asociación, el “Sindicato de Obreros Camareros”, tras disolverse la “Unión Cantábrica” y la “Agrupación General” ^[6]. Por su parte, los asociados de “La Aurora” reunidos en junta general, decidieron no acceder a la fusión.

La directiva surgida no abandonó el empeño de agrupar todo el colectivo y con tal fin decidió empezar acciones de presión a los asociados de “La Aurora”; su gran mayoría desarrollaba la actividad laboral en establecimientos, ciertamente de postín, como los cafés El Ancora o El Cántabro, el café-restaurant Royalty, Club de Regatas, el Ateneo, restaurante El Cantábrico y un par de hoteles ^[7].

El primer altercado que se reseña en los diarios de Santander tuvo lugar el 17 de enero de 1920. A primeras horas de la tarde un grupo de obreros de sectores variados acaparó las mesas de los clientes habituales del Café Royalty. Este local era quizá en aquel momento el de mayor lustre de la ciudad; estaba situado en la calle de la Ribera, hoy Calvo Sotelo, a la altura del actual acceso a la Plaza Porticada, contiguo al edificio de la antigua Real Aduana de Santander, derribada tras el incendio de 1941; el mencionado edificio, además de sede de la Aduana lo era también de Hacienda y del Gobierno Civil de la Provincia. Unos pocos trataron de marcharse sin pagar, por lo que se



Fachada del Café Royalty, 1912. Mundo Gráfico, 14 de agosto de 1912.

produjo algún rifirrafe. Al día siguiente se repitió el intento de ocupación, pero la pronta llegada de la policía evitó que se prolongara la gresca. El telón de fondo de los incidentes no pasaba inadvertido a la prensa; concretamente La Atalaya argumentaba que, además de pretender la existencia de una sola organización, en el ánimo de la tentativa por parte del Sindicato de Obreros Camareros se hallaba también la disposición de los fondos mutualistas de “La Aurora” ^[8]. Como consecuencia de los incidentes el gobernador civil impuso multas de 50 pesetas a dos obreros (ninguno de ellos era camarero) por incorrecciones dentro del establecimiento y desobediencia a la policía cuando fueron requeridos para que lo abandonaran ^[9].

Crónica de los acontecimientos

El incidente. Domingo, 1 de febrero

La tarde del domingo, 1 de febrero, de nuevo, un grupo de obreros intento penetrar en el café Royalty. El dueño del local y la policía trataron de impedirlo, produciéndose un enfrentamiento

de mayor intensidad que acabo con una carga y la detención de Pedro Vergara, presidente de la Federación Local de Sociedades Obreras, que fue conducido a las dependencias colindantes del Gobierno Civil, acusado de atentado a la autoridad y desorden público. Tras tomar declaración el juez de guardia a los policías implicados y al detenido acordó su envío a prisión, donde fue conducido a las 21:00 horas.

A partir de aquí, la situación entra en una fase de escalada muy rápida. Una comisión de la directiva de la Federación se reunía con el gobernador civil, Eladio Santander, para solicitar su liberación. Este respondió que el detenido ya había sido puesto a disposición judicial y que no podía hacer nada; la comisión manifestó que Vergara no había cometido ningún delito y anunció protestas por parte de los obreros. El conocimiento de la noticia fue generalizándose y, poco después, los delegados de los distintos sindicatos adscritos a la Federación Local se reunieron y acordaron declarar la huelga general como medida de protesta.

Huelga general. Lunes, 2 de febrero

Desde las primeras horas de la madrugada del lunes grupos de obreros se desplazaron a las proximidades de fábricas y talleres para informar de la convocatoria. Del éxito del mismo da cuenta que los concejales santanderinos aseguraban, según El Cantábrico ^[10], “que el paro era el más unánime que se había visto en Santander desde hacía muchos años, y el que encerraba mayor gravedad, por el mismo motivo”. El día transcurrió sin incidentes, la apariencia de la ciudad era la de un día festivo “el aspecto de la población, con los establecimientos cafés y comercios cerrados, sin carruajes ni tranvías, a pesar del enorme gentío que se veía por todas partes, daba aspecto de tristeza”. Las autoridades dispusieron diferentes medidas: el gobernador civil ordenó la clausura del Centro Obrero y solicitó la ayuda de instituciones y fuerzas vivas para restablecer la normalidad. Fuerzas del Ejército custodiarían instalaciones críticas como las fábricas de gas,

electricidad y depósitos de agua. El gobernador militar, Eduardo Castell, reclamó a la Capitanía General el envío de un escuadrón de caballería y se reconcentró a la Guardia Civil. El alcalde intentó mantener el funcionamiento de los servicios públicos y asegurar el abastecimiento de productos básicos, para lo cual pidió la colaboración del Club Automovilista.

Por su parte, la directiva obrera trataba de extender la huelga al resto de tejido productivo de la Provincia y transmitió la instrucción de secundar el paro a partir del día siguiente. Igualmente hicieron saber extraoficialmente al gobernador civil sus reivindicaciones para la vuelta al trabajo: destitución del comisario de Policía y del teniente de Seguridad, además de su dimisión, por ser el máximo culpable de lo sucedido.

Estado de guerra. Martes, 3 de febrero

Los comercios del centro urbano intentaron abrir, en las panaderías se formaban largas colas, pero el pan fabricado era insuficiente; este problema se solventó con la llegada de suministros desde Bilbao y otras poblaciones. Pequeños incidentes empezaban a producirse y tres obreros resultaron detenidos. De la Provincia llegaban noticias de que el paro estaba triunfando en los centros industriales más importantes, resaltando la zona minera de Cabárceno, Las Forjas de Buelna y la Constructora Naval de Reinosa. Adicionalmente, el gobernador civil anunciaba que grupos de mineros trataban de “venir a Santander a perturbar el orden, y para evitarlo han salido fuerzas de la Guardia civil y una compañía del regimiento de Valencia, por secciones.”; la escasez de fuerzas le había impelido a solicitar al Ministerio de Gobernación el envío de un escuadrón de caballería.

A mediodía grupos de piquetes recorrían el centro de la ciudad conminando al cierre de los comercios, en la fábrica de Tabacos se produjeron altercados y su director resolvió la

suspensión de los trabajos. Con la reanudación del funcionamiento de algunos servicios públicos (limpieza, tranvías) los incidentes empezaron a alcanzar elevada gravedad en la zona de la Ribera y el arranque del Paseo Pereda: de una parte, intentos de hacer descarrilar el vehículo y lluvia de piedras, como respuesta cargas y disparos. Carreras, confusión; se extienden los disturbios, más cargas y disparos. Detenciones y tres heridos de gravedad por bala.



Detención de un huelguista que apedreó un tranvía. Mundo Gráfico, 11 de febrero de 1920.

El gobernador civil consideró la gravedad de la situación y, siguiendo el procedimiento establecido para el caso, reunió al resto de autoridades, acordándose ceder el mando al gobernador militar. El estado de guerra en la ciudad y provincia de Santander se declaró a las 20:00 horas. La ley marcial se proclamó en la capital mediante el desfile de una banda de cornetas y tambores del regimiento de Valencia al mando de un capitán. A su paso fueron saludados por distintos lugares con vivas al Ejército.

Miércoles, 4 de febrero

Con la apertura de la mayor parte de los comercios y la circulación de vehículos particulares, la ciudad empezó a recuperar su stampa habitual. Los mercados fueron gradualmente reabastecidos, el pan siguió llegando de Bilbao, lo que unido al elaborado en las tahonas de la localidad por sus dueños

y familiares, además de personal voluntario (conocidos miembros de la burguesía local todos ellos) sirvió para cubrir la demanda. Una brigada del cuerpo de barrenderos comenzaba a limpiar las calles. La presencia de patrullas de infantería y los retenes ubicados en puntos estratégicos aseguraba el orden público. Un escuadrón de caballería de Talavera se sumaba a los efectivos dispuestos. Una compañía del regimiento de Valencia partía hacia Torrelavega ante los rumores, luego desmentidos, de disturbios. Aunque los centros de espectáculos permanecían cerrados, la apariencia de normalidad imperaba.

Jueves, 5 de febrero

Continuó la pauta de vuelta a la normalidad. No se registró incidente alguno. El comercio y los mercados abrieron como cualquier día, los centros de trabajo, salvo contadas excepciones, recuperaron su actividad cotidiana y el transporte circuló desde primera hora. Los heridos por bala hospitalizados debido a los incidentes del martes apuntaban mejoría. El selectivo Club Automovilista hacía público un listado de los socios que cooperaron en el transporte de suministros básicos los días anteriores: la crema de la sociedad santanderina. En esta etapa del conflicto de vuelta a la normalidad era preciso que apareciera la figura de un mediador que propiciara el contacto entre las partes y facilitara una salida digna a la más débil. Dicho papel recayó en el diario local El Cantábrico, que consiguió concertar una reunión entre el gobernador militar, Eduardo Castell, y la representación obrera en la que se sentaron las bases para la finalización de las hostilidades: los miembros del Comité de huelga y los delegados de las sociedades obreras acordaron la conclusión del paro y la reanudación completa de la actividad laboral a partir del día siguiente. La decisión fue comunicada al general Castell a las dos de la madrugada. Solo media hora más tarde El Cantábrico depositaba una fianza y Pedro Vergara, presidente de la Federación Local de Sociedades Obreras, y los otros

obreros que se encontraban en prisión eran puestos en libertad.

Estaba claro que a los actores principales de la crisis les urgía la conclusión de la misma. Con la demostración de fuerza aplicada desde las instituciones, la batalla de la calle estaba perdida para los sindicatos. Prolongar la tensión no tenía demasiado sentido y propiciaría la división entre los propios obreros, muchos de los cuales habían empezado ya a regresar a sus puestos de trabajo. Por su parte, a las autoridades les convenía reducir al máximo los signos externos de anormalidad, ya que ese próximo domingo, 8 de febrero, iban a celebrarse elecciones municipales. Únicamente los trabajadores de Las Forjas de Buelna, los mineros de Las Rozas y el ramo de la construcción de Santander continuarían en huelga, habida cuenta la persistencia de contenciosos particulares.



Fuerzas del Ejército y Seguridad custodiando la venta de los periódicos. *Mundo Gráfico*, 11 de febrero de 1920.

Pero no todos vieron con agrado el desenlace de la situación. Los mauristas, a través del diario El Pueblo Cántabro, su medio habitual de expresión, manifestaron su crítica hacia la forma en que se había superado el trance con la intervención mediadora de su rival, El Cantábrico, y se mostraron proclives a la utilización de mayor mano dura ^[11]. No olvidemos el apunte de la proximidad de las elecciones municipales en las que, dicho sea de paso, el bloque político de centro izquierda y socialistas obtuvo un resultado levemente superior al del espectro conservador, católico y maurista, aunque eso no supusiera finalmente el cambio de signo de la alcaldía.

La normalidad imperante

Los siguientes días transcurrieron en la misma línea de normalidad. Tan sólo la presencia de guardias con carabinas Mauser, alguna pareja de la Guardia Civil a caballo y retenes del Regimiento de Valencia apostados en algún lugar estratégico de Santander y Torrelavega suponían una novedad respecto al panorama habitual. La posibilidad del levantamiento del estado de guerra empezó a plantearse desde el 10 de febrero, pero había sectores que deseaban el mantenimiento de fuerzas disuasoria, como el alcalde de Santander y el gobernador civil, que hicieron gestiones para la permanencia del escuadrón de Caballería de Talavera en Santander. Así las cosas, y a modo de curiosidad, la prolongación del estado de guerra interferiría en el desarrollo de los carnavales, próximos a celebrarse, en cuyo caso los hombres tendrían prohibido el uso de antifaz en los bailes.

Finalmente, el lunes 23 de febrero, previa reunión de la Junta de Autoridades, tal y como estaba regulado por la normativa (R.O. de 10 de agosto de 1885), quedó levantado el estado de guerra, con lo que el gobernador civil recuperaba el mando de la Provincia. Sin embargo, se mantenía la suspensión de garantías constitucionales que con carácter general regía en ese momento en toda España (situación que no se revertiría hasta principios de diciembre de ese año).

Un último apunte, el 3 de junio de 1920, cuatro meses después de haber tenido lugar el desarrollo de los acontecimientos reseñado, el Sindicato de Obreros Camareros publicó una convocatoria en El Cantábrico por medio de la cual se anunciaba la celebración de una asamblea general y extraordinaria el día siguiente, con la asistencia de los componentes de la Sociedad “La Aurora”, para confirmar la fusión entre ambas colectividades ^[12]. La noticia no tuvo una continuidad posterior ni fue merecedora de mayor atención.

Consideraciones finales

A modo de conclusión, el recurso a la declaración

de estado de guerra como estrategia de abordaje de los conflictos supuso fijar el foco en el control de los síntomas en menoscabo del abordaje de las causas de fondo. El Estado en crisis del régimen de la Restauración fue incapaz de establecer un marco democrático y estable de relaciones laborales y de apertura política. La presión sindical ejercida desde los planteamientos ideológicos anarquistas y socialistas del momento, que demandaba la mejora de las condiciones de los trabajadores y vías de participación democrática y que en ocasiones se sumía en derivas de acción violenta y fuera de control, chocaba con una patronal poco proclive al diálogo, muchas veces paternalista, partidaria de las soluciones de orden público y mano dura, asustada por las resonancias revolucionarias que llegaban desde el este ^[13].

Con el trasfondo de una extraordinaria conflictividad laboral en los años 1919 y 1920, la causa inmediata de la grave crisis que tuvo

lugar en la provincia de Santander fue un conflicto societario, de configuración y control de la representación sindical del sector de los camareros (por otra parte, un colectivo que por aquellos meses sostenía duros enfrentamientos por la mejora de sus condiciones en otras localidades, como Barcelona o Zaragoza). La exigencia de unificación societaria bajo la Federación Obrera y la estrategia de presión acabó por generar un incidente que a la postre desembocó en una declaración de huelga general contrarrestada desde las autoridades con la declaración de estado de guerra, con la preservación del orden público como único programa. El conflicto puso de manifiesto las debilidades de unos y otros y dejó clara la volatilidad de la situación en un momento histórico apasionante. ■

Notas

[1] De manera indicativa, se señalan a continuación las distintas huelgas recogidas en los citados medios en el periodo comprendido entre el comienzo del otoño de 1919 y el final del mes de febrero de 1920: trabajadores de Las Forjas de Buelna, panaderos de Santander, trabajadores del Ferrocarril Castro-Traslaviña, alpargateros de El Astillero, sastras y modistas de Torrelavega, tipógrafos de Santander, marineros y armadores de Castro Urdiales, mineros de Udías, portuarios de Santander, pescadores de Santander, obreros de la fábrica Cirages Françaises, obreros de la Tejería de La Albericia, electricistas, curtidores de Torrelavega, profesores de orquesta de Santander, mineros de Las Rozas de Valdearroyo, peones de construcción de carretera de la zona de San Vicente de la Barquera y de una contra- ta que trabajaba para el Ayuntamiento de Santander, huelga del ramo de la construcción.

[2] *Memoria de 1919 y Resumen Estadístico-Comparativo del Quinquenio 1915-1919*. Instituto de Reformas Sociales. Dirección General del Trabajo e Inspección. Estadística de las Huelgas. 1922, pp. 266-267

[3] El fundamento legal de esta medida se remonta a la Ley de Orden Público de 23 de abril de 1870, en tiempo, pues, del Sexenio Democrático; su interpretación (la declaración de estado de guerra no necesita la previa

suspensión de garantías, ya que ésta se produce como resultado de aquélla) posibilitó la recurrencia y el abuso de la medida para la contención de las movilizaciones sociopolíticas. Lafuente Balle, J.M. *Los estados de alarma excepción y sitio*. Revista de derecho político n.º 30 1989. Pág. 38

[4] González Calleja, E. *La política de orden público en la Restauración. Espacio, tiempo y forma*. Serie V, Historia contemporánea, n.º 20, 2008, pp. 93-128

[5] El Cantábrico, 27 de septiembre de 1919

[6] El Cantábrico, 4 de enero de 1920

[7] La Atalaya, 12 de febrero de 1920

[8] La Atalaya, 19 de enero de 1920

[9] El Cantábrico, 22 de enero de 1920

[10] El Cantábrico, 6 de febrero de 1920

[11] El Pueblo Cántabro, 6 de febrero de 1920

[12] El Cantábrico, 3 de junio de 1920.

[13] Barrio Alonso, A. *La oportunidad perdida: 1919, mito y realidad del poder sindical*. Ayer, n.º 63, 2006, pp. 153-184



Documento del mes de marzo de 2020

Una trova cántabra, ejemplo de resistencia. Octubre de 1934

La trova es un elemento de la tradición oral de Cantabria, vinculada en sus orígenes a la cultura agraria y rural, sobre todo del occidente de la región

La huelga general revolucionaria paralizó durante 10 días la ciudad de Santander y otros núcleos de la provincia donde existía un fuerte tejido industrial

El Gobierno de Cantabria declaró en marzo de 2019 a la trova montañesa como Bien de Interés Local Etnográfico Inmaterial. Pero, en este caso, ¿qué hay exactamente detrás de un título tan grandilocuente?

La trova es una manifestación poética de realización oral, generalmente cantada, propia sobre todo del occidente cántabro e inmersa, inicialmente, en la cultura agroganadera de los enclaves rurales. Habitualmente, al menos en sus raíces, no tiene autor individual, es decir, con nombre y apellidos, lo cual no quiere decir que no tenga autoría, solo que ésta es

colectiva, igual que ocurre con la propiedad de las tierras comunales, que no es que carezca de propietario, es que la propiedad es compartida en mayor o menor medida por todos, caso de los praos conceju, cuyas parcelas, conocidas en Tudanca como brañas, se sortean cada año entre todos los vecinos por igual; o las mieses, cuyas parcelas, las jazas, se gestionan de forma colectiva a pesar de tener propietario fijo; lo mismo que las praerías y otras formas tradicionales de propiedad comunal progresivamente desaparecidas no por incapacidad propia sino por presión (muchas veces espuria) externa.

La trova se suele componer entre varias personas atendiendo a las preocupaciones o intereses de cada momento. La versificación, la melodía coadyuvan en esta composición plural. Siempre ha habido personas especialmente dotadas para enjaretar versos, mujeres y hombres, pero tradicionalmente este papel suyo relevante no trascendía, a diferencia de hoy, que prácticamente solo quedan troveros individuales, algunos de mucha calidad, como José Manuel Cuesta, Rubén Gutiérrez y otros cuya labor como transmisores de la tradición es encomiable.

Se ignora el origen de la trova. La más antigua que ha llegado hasta nosotros no tiene más de dos siglos. Sin embargo, no es difícil encontrar conexiones con los trovadores medievales y el conocido como Renacimiento del siglo XIII, que a su vez enlaza con el mundo grecolatino.

La trova cántabra se puede entender en sus inicios, y seguramente pecando de reduccionismo, como un mecanismo de control de la comunidad sobre el individuo. Esta presión es característica de las comunidades de aldea, en donde la supervivencia del conjunto de la población reside sobre todo en su cohesión. No es que la comunidad defienda el estatismo o la inacción, sino la acción coordinada de todos sus miembros. A aquellos que van por libre, a los que contravienen la dirección identificada de forma consensuada como la mejor posible, se les reconviene desde el común. Y es a esta reconversión, a esta reconversión por la supervivencia a la que se dedica esencialmente la trova cántabra.

Dentro de este direccionamiento de la experiencia de acuerdo con los intereses colectivos, sin embargo, no todo es coerción. Las trovas no son únicamente ofensivas. También se hacen eco de decisiones fallidas que sirven de contraste a la norma, trovas éstas que suelen presentar un fuerte componente irónico, en ocasiones muy afilado, que en el mundo de la trova (no por poco conocido, sobre todo en las ciudades, es menos rico) es muy preciado.

La que hoy se ofrece como documento, interpretada por el grupo “El Cantar de las Comadres”, al cual agradecemos su esfuerzo, cuenta con un valor especial; no solo por la trova en sí, sino también porque nos retrotrae a un periodo muy poco conocido, y que ha recibido diferentes denominaciones, como es el de la Revolución de 1934.

La historiografía revisionista ha encontrado en este episodio el prólogo de la Guerra Civil, que tuvo lugar algo menos de dos años después. Gabriel Jackson o Santos Julia, por citar dos ejemplos de prestigiosos historiadores (ambos fallecidos en otoño de 2019), consideraban esta interpretación un claro ejemplo de falsificación de la historia, puesto que el argumentario desplegado tiene como objetivo principal la justificación y legitimación del golpe de estado de julio de 1936, la guerra y la dictadura.

Dado que, en general, las trovas no solían escribirse, sino que, como se ha dicho, eran compuestas en la cabeza para ser después recuperadas sirviéndose de la naturaleza del verso como recurso mnemotécnico, que hoy podamos manejar esta trova y disfrutarla se debe a la excepcionalidad que, en algunos casos, se produjo en zonas de contacto con la cultura del libro, bien diferente de la cultura de la oralidad.

Esta trova, concretamente, está recogida por Antonio Zavala en el libro titulado “En la reserva del Saja” (Sendoa, 2000) y fue compuesta por dos obreros cabuérnigos de los que se levantaron en octubre de 1934 en la fábrica de albarcas del pueblo de Saja. Muchos de esos obreros fueron detenidos por la Guardia Civil y conducidos posteriormente al barco Alfonso Pérez en Santander, que por primera vez cumpliría el desempeño de cárcel para la represión de los trabajadores alzados en esos días.

En la trova, los presos de Cabuérniga relatan del siguiente modo los pormenores de su cautiverio:

*El veinticinco de octubre / subieron a detenernos
[al pueblo de Saja]: / por orden del señor
juez / que en Valle [capital del municipio de*

Cabuérniga y por extensión centro neurálgico del valle entero, donde se encuentra el cuartel de la Guardia Civil] nos presentemos. // Nos metieron en la cárcel / entre fusiles por cierto, / y allí estuvimos diez horas / no con muy buen pensamiento. // Otro día a la mañana [“al amanecer”, montañesismo]/ al juzgado nos subieron, / nos piden nuestras conductas / para firmar el proceso. // Por no ir de cárcel en cárcel / en un camión nos pusieron, / y nos dieron la noticia / que a Santander vamos presos. // Nos conducen a la cárcel / como a los grandes bandidos, / y después de declarar / a la celda de castigo. // A eso de la medianoche / nos avisan que salgamos, / que nos van a conducir / las camionetas de asalto. // Nos hacen subir al coche / y nos colocan de a cuatro, / y a toda velocidad / nos conducen hasta el barco. // Cuando llegamos a bordo, / lo primero que alcontramos [montañesismo] / era un oficial de guardia, / que nos estaba esperando. // Lo primero que nos dan: / manta, petate y un plato; / y nos dice el oficial: / “Ahora ya tenéis pa rato”. // Me levanto de mañana / con los huesos doloridos, / de dormir encima chapa / sin tener ropa de abrigo. // Tomas el rico café, / que es tinta de calamares; / y luego vas al retrete / a hacer tus necesidades. // Cuando vuelves ya te alcuentras / formados los camaradas, / y empieza a pasar revista / el oficial de semana. // Nos dice con mucha guasa / que si queremos comer; / y nosotros le decimos: / “Si no, ¿qué vamos a hacer?” // Bajan el cesto los chuscos / que es un pan de munición, / y le metemos el diente / como si fuera turrón. // El primer plato que dan / de garbanzos con patatas, / y luego nos dan detrás / un cacho de carne mala. // Por la noche ya varía: / unas alubias sin grasa, / con un cacho de chorizo / que no lo comen las ratas. // De postre nos suelen dar, / para hacer la digestión, / un guardia civil de asalto [un tipo de pan] / con un fuerte y gran chichón. // Éste es el trato que han dado, / camaradas, en el barco: / a ese chulo de Gil Robles [político derechista] / tenemos que afusilarlo.”

Poco se ha escrito sobre el desarrollo que la llamada revolución de octubre de 1934 tuvo en Cantabria, empalidecida tal vez por los



Fragmento de la portada de *El Cantábrico*, el 17 de octubre de 1934.

tremendos acontecimientos que se produjeron al tiempo en la región vecina de Asturias.

Lo cierto es que el movimiento insurreccional obrero se inició de forma general en toda España el día 6 de octubre de 1934 en un clima político muy radicalizado tras las elecciones generales de noviembre de 1933, que la coalición de republicanos y socialistas, gobernante hasta el momento, había perdido a manos de las fuerzas de la derecha.

En esas elecciones la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), de la que José María Gil Robles era el máximo representante, había obtenido un apoyo mayoritario, que sin embargo no serviría para que su dirigente consiguiera alcanzar la Presidencia del Gobierno.



Composición de fotografías tomadas por Samot en la que se aprecian distintos momentos de los incidentes que tuvieron lugar en Santander en la segunda semana de octubre de 1934. En la segunda fila aparece, anclado en la Bahía, el barco prisión Alfonso Pérez.

El hecho de que ningún partido llegara a disponer de mayoría absoluta, unido a la desconfianza por parte de Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, de que alguien como Gil Robles, que con sus discursos incendiarios había dejado bastante patente su poca inclinación a la democracia y a la propia República, hizo que se le ofreciera la presidencia de gobierno a Alejandro Lerroux, líder del Partido Radical apoyado, eso sí, en la CEDA.

La pretensión de Alcalá Zamora era llegar a un término medio: por un lado, templar los ánimos insurrectos de la izquierda más radical y por otro, no abandonar la República en manos de una derecha con tintes reaccionarios.

Obviamente, el tiro le salió mal, debido en parte

a que la política emprendida por la coalición de centro-derecha tuvo bastante de revisionista en materia social y por la colocación en cargos decisivos de militares con un sesgo nítidamente derechista y tendencia anti-republicana.

No obstante, el acontecimiento que desencadenó todo lo que vendría después se produjo a principios de octubre del 34, cuando la CEDA retiraba la confianza a Lerroux y exigía entrar en el gobierno.

A las fuerzas de izquierda, que habían visto llegar al poder a Adolf Hitler por medios democráticos, unido a las prácticas violentas que nuevos partidos de ultraderecha, como Falange, empleaban, se les saltaron todas las alarmas y una parte de ellas decidió apostar por

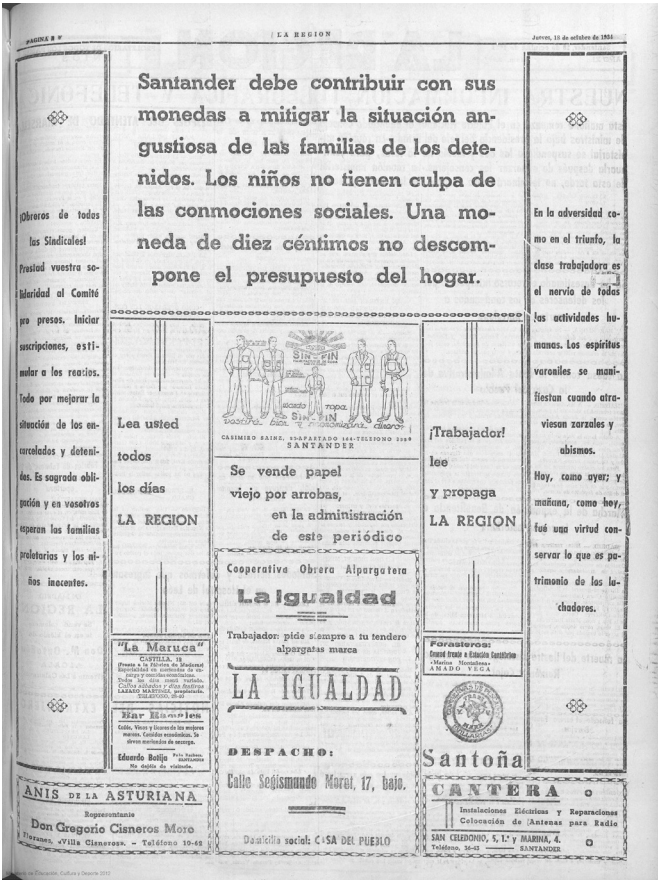
la vía insurreccional como medio de conjurar el peligro de avance del fascismo y defender determinadas conquistas logradas en el primer bienio republicano. Para los insurgentes estaba en juego tanto la frustración de sus expectativas como la propia idea de República.

Como ya hemos apuntado con anterioridad, y pese a que no sea el objeto de este artículo, fue en Asturias, único territorio donde el movimiento obrero encabezado por socialistas y anarcosindicalistas se presentó unido, donde los sucesos que transcurrieron entre los días 6 y 19 de octubre de 1934 tuvieron mayor repercusión y encarnizamiento, aunque también resulta digna de mención la proclamación del Estado Catalán dentro de una República Federada Española que el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, hizo el mismo 6 de octubre.

En el resto de las regiones españolas la pauta en la izquierda fue la habitual: estrategias dispares, desavenencias y falta completa de unidad de acción. Así, la rebelión obrera no llegó en ningún momento a alcanzar el extremo grado de intensidad de Asturias, ni en los combates, ni en la posterior represión militar. El movimiento insurreccional, por lo tanto, no contó en el enfoque y, tampoco, en su posterior desarrollo con unas mínimas posibilidades de éxito.

En la entonces provincia de Santander, según manifiesta el historiador Miguel Ángel Solla en su libro *‘La última Revolución. Octubre de 1934 en Cantabria’* (Librucos, 2016), hubo un total de 15 muertos, entre ellos un guardia civil.

La huelga general revolucionaria paralizó durante 10 días la ciudad de Santander y otros núcleos de la provincia donde existía un fuerte tejido industrial, como Torrelavega, las villas marineras o Campoo, con continuos enfrentamientos con la Guardia Civil y la Guardia de Asalto o el Ejército en algunos casos, además de cortes de agua y electricidad o voladuras de puentes. De las zonas rurales, sometidas a mayor control, apenas sí nos han llegado noticias, pero las que lo han hecho ha sido con fuerza, como



Página interior de *La Región*, el 18 de octubre, en la que se llama a la solidaridad con las familias de los detenidos por los disturbios.

la sublevación de varios núcleos lebaniegos, incluido Potes, descrita por el periodista Mathieu Corman o esta misma trova.

El periodista belga pregunta a un lebaniego el porqué de esta revolución, a lo que éste responde: “Era una oportunidad para dar cuenta de un régimen odioso que, oprimiendo a España para mayor beneficio de unos privilegiados, impide a los trabajadores organizar el nuevo régimen social que permita a todos vivir dignamente. ¡Esa oportunidad no podíamos dejarla pasar!” (En el magnífico libro *‘Incendarios de ídolos’* publicado por la editorial asturiana Cambalache en 2009).

Entre los días 15 y 18 de octubre los obreros se reincorporarán a sus trabajos en toda la provincia con el triste convencimiento del fracaso del movimiento revolucionario. A partir de ese momento se iniciará una severa represión en toda la provincia con despidos o pérdidas salariales y masivos encarcelamientos en el barco prisión Alfonso Pérez. ■



Documento del mes de abril de 2020

Tres historias en un billete. Sobre la caída de la Guerrilla Azaña

En el billete se encierran, al menos, tres historias: la propia del billete, la del sello y la del texto manuscrito en el margen | Desmemoriados

Cuando Aris Rosino nos mostró el billete de cinco pesetas que aparece en la imagen se nos plantearon con prontitud algunas preguntas relacionadas con el texto y las marcas añadidas, así como con la peripecia que debió experimentar quien lo efectuó. Y, ya se sabe, la curiosidad hizo el resto.

Hasta la Guerra Civil, los billetes de menor valor eran los de 5, 10 y 25 pesetas. Sin embargo, los gastos habituales del día a día eran inferiores a

1 peseta y se cubrían con monedas. La escasez de metales durante la contienda obligó tanto al Gobierno republicano como al franquista a la emisión de billetes para sustituir a la moneda sonante. Se denominaron “billetes divisionarios”, con valores de 50 céntimos, 1, 2 y 5 pesetas; su uso se generalizó en las transacciones cotidianas. ^[1]

El billete de 5 pesetas al que nos estamos refiriendo empezó a circular en plena Guerra

Civil en la zona ocupada por las tropas franquistas. Se autorizó la emisión por el “Gobierno de Burgos”, el 10 de agosto de 1938, y se encargó la impresión a la casa alemana “Giesecke y Devrient” por la falta de papel y de tintas adecuadas en las imprentas de la zona franquista. De este billete llegaron a circular 112 millones de ejemplares hasta que, a mediados de los cincuenta, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre tuvo la capacidad de poderlos sustituir por monedas metálicas. ^[2]

Respecto al sello estampado en el billete, se tenía conocimiento de su existencia por un documento remitido por el Gobernador de Burgos al Director General de Seguridad, que indicaba que, tras la desarticulación de la Guerrilla Azaña, se descubrieron las cuevas en que se habían refugiado y en ellas, además de armamento, aparecieron «un sello y tampón con el emblema de la cuadrilla» ^[3]. Sin embargo, hasta el descubrimiento de este billete no lo habíamos visto impreso sobre ningún documento.

La Guerrilla Azaña fue un grupo formado por soldados republicanos que resistieron en los montes del sur de Cantabria tras la caída de la Provincia en manos de los sublevados, en agosto de 1937. La mayoría de sus miembros eran oriundos de esa zona. No era muy corriente que los grupos de huidos en fechas tan tempranas se autodenominaran Guerrilla; lo habitual fue que este nombre lo adoptaran tras la Guerra Civil, ya en los años 40. Hasta ese momento, la mayor parte de los soldados que escaparon de la represión franquista decidieron pegarse al terreno a la espera de ver cómo evolucionaba la guerra, que aún no estaba perdida.

La creación de la Guerrilla Azaña se enmarca dentro de la iniciativa del bando republicano de organizar grupos con la misión de dificultar los movimientos del ejército franquista y, si finalmente se producía la derrota, poder proseguir el combate mediante unidades irregulares. Los orígenes se encuentran en la creación del Servicio de Inteligencia Especial Periférico (SIEP) dedicado al espionaje, en diciembre de 1937, y, sobre todo, ya en mayo

de 1938, con Juan Negrín, que además de presidente del Gobierno ocupaba la cartera de Defensa, al XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero ^[4]. El testimonio de Daniel Peral apunta en este sentido:

«Ésos tenían contactos con otros grupos, para la parte de Reinosa. Con nosotros también tuvieron contacto; nos dieron algunas noches, pero no logramos saber los nombres. Alguna vez nos dijeron que eran alemanes, pero no era cierto. Nos invitaron a la guerra de guerrillas o algo así, pero esto era al principio, cuando se creía que con la guerra de guerrillas se iba a poder hacer algo, sin acabar la guerra. Fue una cosa que se vio que no cogió fuerza. Nos dijeron que eran extranjeros, yo no los conocí. Fue un intento de hacer una guerra de guerrillas. La cuadrilla del Cariñoso tenía algo de contactos, al menos se rumoreaba aquí». ^[5]

La Guerrilla Azaña, liderada por Juan Gil del Amo, conocido por “el hijo del practicante de Carabeos”, y por Santiago Fernández Corral, también vecino de esa localidad, al que se le cita por el apodo de “Ramplín”, estaba formada por unos 10 hombres. Juan Gil del Amo tenía doble militancia (en Izquierda Republicana y en la CNT). Cuando los militantes republicanos se afiliaban a un sindicato evitaban hacerlo a la UGT, dada la tradicional vinculación al Partido Socialista Obrero Español, por lo que se inclinaban hacia el sindicato anarquista, que no requería ninguna lealtad partidista a sus militantes. La militancia en Izquierda Republicana justificaría también que denominaran al grupo como el líder de su partido, que a la vez era el presidente de la Republica Española, Manuel Azaña Díaz.

Sus primeros refugios se ubicaron en cuevas en los alrededores de Los Carabeos, desde donde extendieron sus acciones hacia las zonas de Campoo y Valderredible. En el verano de 1940, la presión que ejerció la Guardia Civil sobre dichas zonas y sobre las familias de los guerrilleros, les obligó a trasladar su refugio hacia el monte Hijedo. A partir de ese momento, dirigieron sus operaciones también hacia el norte de Burgos.



Mapa en el que se recogen los lugares significativos de la Guerrilla Azaña que se relatan en este artículo. Hay que tener en cuenta que el Pantano del Ebro no se inundó hasta 1948 | Desmemoriados

En este punto debemos fijar la atención hacia el texto manuscrito sobre el billete. El autor del escrito fue Francisco Entrena, que según el testimonio familiar había recibido el billete de “un tal Juanito”, al que podemos identificar fácilmente con Juan Gil del Amo, como reconocimiento por haber llevado a los guerrilleros un cargamento de víveres.

En aquellos momentos Francisco tenía 17 años. Era oriundo de Navarrete y había pasado varios veranos regentando como encargado la bodega que su padre tenía en Santelices, lugar estratégico por la proximidad al tren de la Robla y al del Santander-Mediterráneo, que les comunicaba con Burgos y les facilitaba la comercialización. Distribuían el vino que cosechaban de sus viñas de Navarrete y compraban patatas de siembra que luego llevaban a La Rioja para vender. Francisco frecuentaba la Fonda Áurea López, donde -no queda claro cómo- trabó relación con los guerrilleros cuando estos bajaban a comer o a abastecerse de provisiones. Siempre que se refería a ellos lo hacía desde la consideración de que eran buenas personas, y por ello no

dudó en acceder a su encargo y mantener posteriormente el silencio, sólo roto en el ámbito familiar.

En un momento que no podemos precisar, Francisco escribió sobre el billete: “1 de julio de 1941 mando en Paño”. El relato familiar que se ha conservado no explica el sentido del texto, por eso hemos de recurrir a otras vías para comprenderlo. Esa noche, según la documentación del Archivo General de la Administración, diez miembros de la Guerrilla Azaña penetraron, primero en el pueblo de Pedrosa y posteriormente en el de Santelices, para asaltar las casas de personas vinculadas al Régimen, entre ellas la del alcalde de la Merindad de Valdeporres y jefe de Falange, Venancio Guerra. Pero nos queda por aclarar lo de “mando en Paño”, que no hace referencia a una expresión militar, sino al lugar dónde Francisco entregó su cargamento: en los montes de Paño, próximos a Santelices, donde Juanito y sus compañeros debían tener un refugio.

La historia que el billete no cuenta, y quizá sea el motivo por el que Francisco hizo la inscripción

en él, es la que ocurrió al día siguiente. El 2 de julio, en Ahedo de las Puebas se interrumpió de forma abrupta la trayectoria de la Guerrilla Azaña.

«[S]obre medio día del día dos, dieron con ellos en el lugar llamado Ahedo de las Puebas (Burgos) y cercados que fueron, entablóse lucha con tal feliz resultado que sin un solo herido por nuestra parte, quedaron muertos sobre el campo cinco de los componentes de la banda, entre ellos el jefe, Juan Gil, (a) el Practicante, siendo capturados otros cuatro y logrando huir, aunque herido, el décimo conocido por Ramplín.».^[6]

Los caídos en Ahedo de las Puebas fueron Juan Gil del Amo, Manolo, Joaquín, Florentino Albillo

Picado alias “Teruel” y Vicente Gómez Gómez.^[7] Los detenidos fueron juzgados y ejecutados en apenas una semana. Ceferino Albillo Picado, Ursicinio Gutiérrez Allende, Gregorio Rodríguez Ramos y Antonio Elvira de Hoyos fueron fusilados en la Prisión Central de Burgos en la madrugada del día 8 de julio de 1941.

Francisco Entrena, un hombre de derechas *de toda la vida*, conservó el billete en su cartera durante décadas, quizá esperando encontrar a una persona que pudiera valorar la importancia de conservar y trasmitir las historias que encerraba. Esta persona fue César Rosino, su yerno, quien por medio de su hijo fue capaz de que este relato no se quedara atrapado en el tiempo. ■

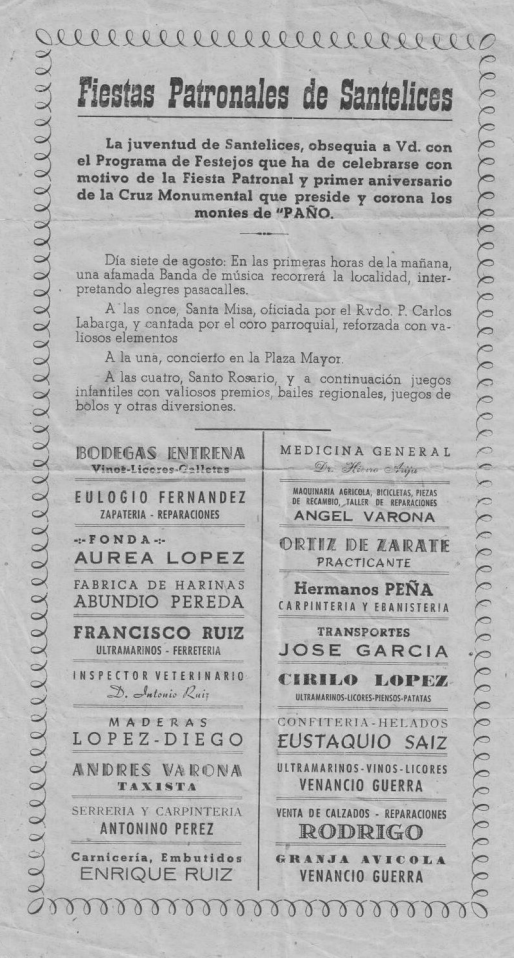


Imagen del cartel de fiestas de Valdeporres. Espero que tenga suficiente calidad. Poner en el pie: Cartel de fiestas de Valdeporres de los años cincuenta, tomada del blog valdeporres-blog.blogspot.com



El obispo Vicente Puchol en Los Pinares de El Sardinero el 1º de mayo de 1966 junto a militantes de la HOAC.

Notas

[1] Tortella Casares, T. (2008) **“El billete en la edad contemporánea: mucho más que un medio de pago”**. En VII Jornadas Científicas sobre Documentación contemporánea (1868-2008). UCM. Madrid. (Pág. 334). Consultar en <https://www.ucm.es/data/cont/docs/446-2013-08-22-12%20billete.pdf>

[2] <https://numismaticaflor.es/es/content/30-emision-de-billetes-divisionarios-zona-nacional>

[3] AGA. Sección Gobernación. Caja 10.558. Expediente 888.103. Oficio n.º 2.445 remitidos por el Gobernador Civil de Burgos al Director General de Seguridad del 10 de julio de 1941.

[4] SERRANO, S. (1986) **La guerrilla antifranquista en León (1936-1951)**. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura. Salamanca. (Pág. 128)

[5] ANDRÉS, V. (2008) **Del mito a la historia. Guerrilleros, maquis y huidos en los montes de Cantabria**. Publican-Ediciones de la Universidad de Cantabria. Santander. (Pág. 65)

[6] AGA. Sección Gobernación. Caja 10.558. Expediente 888.103. Oficio n.º 2.445, remitido por el Gobernador Civil de Burgos al Director General de Seguridad el 10 de julio de 1941.

[7] Las partidas de defunción de Juan Gil del Amo, Florentino Albillo Picado (a) Teruel, Manuel (a) Manolo, y Joaquín (a) Quino se encuentran en Registro Civil de la Merindad de Pedrosa de Valdeporres, tomo 18, folio 197 vuelto y siguientes y la de Vicente Gómez Gómez en el folio 167 vuelta.

Documento del mes de mayo de 2020

Vicente Puchol y la diócesis de Santander. Algunos ecos del Vaticano II en la Iglesia española

Los aires de renovación procedentes del Vaticano II chocaron con el régimen franquista y con una parte de la Iglesia española

La efímera presencia del obispo valenciano favoreció los movimientos aperturistas que se desarrollaban en la diócesis de Santander

El movimiento de renovación que promovió el Concilio Vaticano II tuvo eco en todo el planeta al querer adaptar el mensaje evangélico a los tiempos modernos. El Concilio fue convocado en enero de 1959, solo tres meses después de la elección del cardenal Roncalli como Papa (con

el nombre de Juan XXIII). Desde sus primeros cargos de responsabilidad en Bérgamo, había adquirido cierta fama de izquierdista entre la derecha europea por su dedicación a los más necesitados. El franquismo no pudo evitar manifestar su desagrado por su elección como

sumo pontífice, pese a que el Régimen trataba de iniciar, ese mismo año 1959, una nueva etapa.

El Concilio se reunió por primera vez en el otoño de 1962 con la participación de más de 2000 padres conciliares de los cinco continentes. Nunca antes se había producido nada igual dentro de la Iglesia. Cuando Juan XXIII murió, en junio de 1963, todavía el Sínodo no había hecho pública ninguna decisión significativa y, a pesar de que la tarea continuó bajo el papado de Pablo VI y que se convirtió en uno de los hitos históricos de la segunda mitad del siglo XX, la valoración de sus logros ha dividido a la Iglesia. Mientras que para los sectores más progresistas su propósito de actualizar la Iglesia apenas se había alcanzado, para los sectores más conservadores se había llegado demasiado lejos.

El mensaje que se desprendía de algunos de sus documentos, como la defensa de los “derechos del hombre”, la libertad religiosa, la libertad de conciencia o pensamiento, no fueron bien recibidos por el régimen franquista. En España el Concilio sirvió para dar cierta cobertura a los llamados “curas modernistas” y a los movimientos especializados de la Iglesia que se venían desarrollando desde los años 50 y defendían un “compromiso temporal” con el mundo obrero para salvar la distancia existente entre la fe y la realidad social. En un mundo en el que los cambios eran cada vez más acelerados se pretendía una Iglesia abierta, próxima y adaptada a los tiempos ^[1]. Como podrá entenderse fácilmente, la puesta en práctica de este planteamiento produjo tensiones entre algunos sectores de la Iglesia y las autoridades.

En agosto de 1965, con el Concilio a punto de terminar, Vicente Puchol Montis (Valencia, 1915) fue nombrado obispo de Santander. Su política de trasladar las sentencias del Concilio, en el que llegó a participar, a la diócesis, durante los dos años escasos que estuvo al frente de ella, atrajo las críticas de los sectores más integristas de la iglesia, alineados con poca discreción con

el franquismo, así como el reconocimiento de quienes veían en el Concilio Vaticano II una esperanza de cambio. Entre medias estaban los seguidores del Cardenal Herrera Oria en la región, que si bien defendían la doctrina social de la iglesia, no cuestionaban la esencia del Régimen e incluso les parecían perfectamente compatibles. El miedo de la iglesia institucional a los cambios era tal, que exigía a los curas para poder dar clase hacer un juramento “antimodernista”.

Tomás López, profesor de inglés para muchos miles de cántabros, había pasado por el Seminario con anterioridad a la llegada de Puchol y fue testigo de esa época:

“Al final de los cincuenta y en los primeros sesenta se produce un enfrentamiento manifiesto entre dos formas de ver el fenómeno religioso. (...) la Encíclica Pacem in Terris y el anuncio del Concilio Vaticano II van animando algunas parroquias de la capital. Los Cursillos de Cristiandad, suponen una revisión vivencial muy emotiva de la fe cristiana. Hay cierto interclasismo en el movimiento renovador en la Iglesia, y yo, que provenía de la clase obrera, tenía la impresión de que había mucho señorito, pero con veintitantos años, participé con entusiasmo”.

De hecho, la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), que en un principio pretendió recristianizar el mundo obrero, “terminaría adoptando una postura frontalmente rupturista respecto del Régimen imperante, erigiéndose, a partir de finales de los años 50, en una de las plataformas privilegiadas de oposición al mismo y contribuyendo a crear un movimiento obrero de nuevo tipo” ^[2]. Ya en los años 60, el desarrollo de las protestas laborales en los centros de trabajo industriales de Santander, el arco de la Bahía, Torrelavega, Los Corrales y Reinosa, en las que se demandaban aumentos salariales que paliaran la inflación, propició el encuentro entre militantes comunistas y cristianos. Tales acciones se pueden enmarcar en la situación de conflicto que generaba un



Manifestación del 1º de mayo de 1966 en Santander organizada por la HOAC. Discurrió entre el palacio episcopal y los Pinares del Sardinero.

régimen totalitario ajeno a los procesos de construcción europea. Fruto de ese encuentro fue la aparición de las Comisiones Obreras.

El obispo Puchol prestó un decidido apoyo a la acción de la HOAC y la JOC, tal como demostró al aceptar acompañarlos en la marcha de celebración del 1º de mayo de 1966 desde el palacio episcopal hasta los Pinares del Sardinero, en la que participaron unas 500 personas (las fotografías que acompañan a este documento fueron tomadas ese día). Esto acrecentó las críticas y descalificaciones de los sectores integristas hacia el “compromiso temporal” de los militantes de la HOAC y de los Curas “progresistas” por sus “desviaciones” y críticas al Estado, no dudando en distribuir panfletos anónimos por la ciudad:

“Hay un grupo reducido y organizado de sacerdotes, que, con el pretexto de lo social, manifiestan sin rubor y descaradamente sus tendencias marxistas y filocomunistas. Ellos lo niegan para no destruir la eficacia de su acción. El enemigo lo tenemos en casa. Por soberbia y

atrevimiento son una vergüenza para el clero y un atentado a su condición de sacerdotes y españoles” ^[3]

Las diatribas se hicieron públicas después que los párrocos de Maliaño Carlos Gómez Blázquez y Clemente de Miguel, apoyaran a los obreros de Standard que estaban en huelga ^[4]. En este punto, el obispo Puchol se vio en la tesitura de tener que responder a estos ataques en la homilía del Jueves Santo de 1967. Ni antes ni después se ha leído algo similar por parte de un Obispo de esta Diócesis.

“(…) ¿Hay unidad entre nosotros? ¿Ofrecemos un testimonio vivo de respeto mutuo, de comprensión atenta, de caridad efectiva? (...)

No hay unidad entre nosotros porque existe división, desconfianza, rencor y acechanzas. Al afirmar esto no divulgo ningún secreto porque, desgraciadamente, es un hecho público. (...)

No, no hay unidad cristiana entre nosotros. Porque no es cristiano el calumniar

aunque se haga con pobre astucia, dejando caer insinuaciones más dañosas que las afirmaciones rotundas porque fácilmente introducen la duda y la desconfianza. No es cristiano el señalar con ira, con crueldad y con ensañamiento del prójimo porque únicamente Dios conoce el secreto de cada persona. No es cristiano hacer de las legítimas discrepancias en las opiniones políticas criterio de discriminación religiosa. (...)

No es cristiano acusar de comunistas a quienes creen en Dios y afirman los valores del espíritu; mucho menos si se trata de cristianos militantes que buscan solución, aún con riesgo de equivocarse, a agudos problemas sociales; más grave aún si el reproche se dirige -como ha sucedido alguna vez en nuestra Diócesis- a sacerdotes que desempeñan una misión pastoral encomendada por la Jerarquía en medios obreros. (...)

Un aspecto particularmente penoso de la desunión existente en nuestra Diócesis es que, en buena parte, procede de la división entre algunos miembros del clero (...)

El silencio puede ser en ocasiones cauce de pacificación, en otras- y pienso que esta es una de ellas- puede contribuir a aumentar los daños al producir la impresión de un asentimiento o de una debilidad. (...)

Queridos hijos que asistís a esta misa en la Iglesia Catedral, la iglesia donde está situada la cátedra del Obispo, sed portadores de mis palabras y repetidlas a quienes no han podido acudir a esta reunión eucarística. (...)

Quiero, antes de terminar, exhortaros a la serenidad. No prestéis atención a quienes fácilmente hablan de catástrofes y temen cataclismos inminentes. Vivimos en un momento espléndido de la historia de la Iglesia: Difícil como todos los momentos de transición, abierto a todas las esperanzas como toda época de renovación (...)"



Manifestantes del 1º de mayo de 1966 concentrados en los pinares del Sardinero.

Que la Virgen María, Reina de la Paz y Madre de la Iglesia, interceda ante el Señor por nosotros, sus hijos de Santander”. ^[5]

Es en la etapa de Puchol cuando se resolvió dar una mejor formación a los seminaristas y se facilitó su contacto con los movimientos seculares y la ciudad. El traslado de la sede de Filosofía del seminario a las Caballerizas de la Magdalena facilitó este acercamiento. En el hoy Paraninfo de la Universidad Menéndez Pelayo se puso en marcha la revista hablada “La Rueda”, en la que se reflexionaba frente al público asistente sobre las preocupaciones sociales del momento, (hecho que en aquel tiempo cabe adjetivar como milagroso), facilitando el encuentro de militantes católicos y obreros. También fue en esa época cuando se creó el Primer Consejo Presbiteral de la Diócesis, tal como prescribía el Concilio Vaticano II (órgano consultivo del obispo formado por sacerdotes de su jurisdicción eclesiástica).

En esa coyuntura, la creación de Radio Popular de Santander rompió el panorama radiofónico de la región y supuso un nuevo aire en las ondas. Incluso el Diario Montañés, vinculado entonces al Obispado, mantuvo una línea editorial más aperturista que no se podía esperar en el competidor, Alerta, voz del Régimen, muy vergonzante a la hora de tratar conflictos internos que no pudieran ocultarse.

Otra de las tareas que luego tendrían trascendencia en el movimiento vecinal y político fue la creación de nuevas parroquias en barrios obreros surgidos apresuradamente a partir de los años 60. Barrios que crecieron con la inmigración y los desplazados por el incendio en las laderas de El Alta, como, por ejemplo, San Francisco, San Juan Bautista, San Pio XI..., convirtiéndose en puntos de encuentro y promoción social. En esta tarea hay que citar nombres como Isidro Hoyos, Ernesto Bustio, Avelino Seco o, en otras zonas de la ciudad, Miguel Bravo, Alberto Pico, etc. Igualmente hay que reseñar la labor de otro buen número de curas jóvenes progresistas, como Paco Pérez en Santa Lucía, o Ángel Alonso y Joaquín Echegaray, o el equipo parroquial de la Compañía, que venía de la influencia de Ángel Herrera en el Barrio Pesquero. También se produjeron controversias con los equipos parroquiales, de orientación muy conservadora, de El Cristo, dirigidos por Antonio Cossío, o el de San Francisco.

Una correlación positiva para la Geografía Social santanderina quedaría a salvo solo en el Barrio Pesquero. El resto son parroquias del centro de la ciudad donde después del incendio de 1941 habitan de forma muy

homogénea sectores sociales acomodados, en su inmensa mayoría muy poco críticos con la Dictadura. Eso ayuda a explicar el conflicto que el domingo, 28 de enero de 1968, (con el obispo Puchol ya fallecido) se produjo en la iglesia de Santa Lucía, en el corazón del ensanche burgués, cuando un feligrés de tendencia franquista, increpa al sacerdote Paco Pérez, por no gustarle el contenido de la homilía. Es un acontecimiento que desborda el marco local y salta a la prensa de Madrid, y que por su interés e implicaciones desarrollaremos en una próxima ocasión.

Vicente Puchol moría en un accidente de tráfico el 8 de mayo de 1967. Regresaba de la misa anual que celebraban los obispos en el mausoleo de Cuelgamuros por los caídos en la Guerra Civil de sus respectivas diócesis. A Puchol le siguió en el puesto monseñor Cirarda, mucho más interesado en la compleja pastoral que se empieza a producir en su tierra de origen, al ser durante un tiempo Obispo de Santander y Administrador Apostólico de Bilbao. A su vez fue sucedido por Monseñor del Val, en 1971, que en muchos sentidos dio carpetazo a la herencia conciliar, como sucedió a nivel general en la Iglesia en todo el mundo. ■

Notas

[1] “Es de justicia que pueda la Iglesia en todo momento y en todas partes predicar la fe con auténtica libertad, enseñar su doctrina social, ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y solos aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos según la diversidad de tiempos y de situaciones.”

Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el Mundo Actual. Capítulo IV La vida en la comunidad política n.º 76. La comunidad política y la Iglesia http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

[2] Berzal de la Rosa, E. (2017) **“Iglesia y cuestión**

social en el primer franquismo. Entre el posibilismo y la ruptura”. En Historia Actual Online, n.º 43 (2), Pág. 122.

[3] Recogido en AA.VV. (1988) **Carlos Gómez Blázquez.** Edición a cargo de los autores. Santander, (Pág. 28).

[4] Revista ¿Qué Pasa? Año IV n.º 168, 18 de marzo de 1967. **“La huelga de la “Standard Eléctrica”, de Maliaño, fue promovida, sostenida y alimentada por sacerdotes “progresistas” de la Diócesis de Santander”.**

[5] Puchol, V. (1967): **“Homilía pronunciada por el Señor Obispo de Santander en la misa vespertina de la Cena del señor. Jueves Santo 1967”.** Imprenta Bedia. Santander.



Documento del mes de junio de 2020

La memoria de los nietos. Un asunto personal

La memoria solo sobrevive al tiempo y a la ausencia cuando es compartida. Nos hace sentirnos vivos y vinculados a los otros

A medida que desaparecen nuestros ancestros más cercanos solo podemos articular el pasado a través de los objetos y las imágenes que conservamos de ellos

Los recuerdos son tramposos como un naipe en la manga o como una escopeta de feria, pero son nuestros, tan nuestros como el aire que respiramos o el aliento que exhalamos. Y como tales, los recuerdos nos ayudan a vivir.

Con ellos vamos a cuestras, los amasamos, los modelamos, les damos buena vida y ellos, a cambio, conforman lo que fuimos y elaboran lo que seremos.

Para los humildes, los recuerdos, las memorias familiares, pueden llegar a ser una seña de identidad a poco que sean alimentados, pero no es lo habitual, o al menos existe un mayor riesgo de que el paso de las generaciones vaya difuminando cualquier evocación. A medida que desaparecen nuestros ancestros más cercanos, lo más común es que todo lo vaya inundando la niebla del olvido, la amnesia del silencio. Entonces en la red de nuestra memoria solo van quedando los objetos del pasado como eslabones inconexos. No hay casas solariegas ni abuelos que ganaran una batalla, no hay galardones, no hay títulos ni espadas. No hay un concepto patrimonial de la memoria. Como mucho unas cuantas fotografías de tonos sepías, ajadas por el tiempo y recuperadas de la arrumbada caja de zapatos, rostros difusos que nos parecen lejanamente familiares, un libro muchas veces desvencijado, una tarjeta entre sus páginas, una frase dicha en una tarde lejana. Y las más de las veces silencios que atruenan como gritos.

Con esos pocos mimbres, apenas retazos de vidas campesinas, vamos articulando el pasado, nuestra memoria particular, las sombras de nuestros muertos, el aliento que atraviesa los túneles del tiempo, el aire por el que respiramos.

¿Idealizamos? Tal vez. Permítannos la licencia. Ellos y nosotros somos los que no estamos en la Historia. Las patrias se aplican más, y con más detenimiento, con sus próceres y sus cardenales sin sonrojo alguno.

Por tanto, he aquí algo de lo que creemos saber de nuestros abuelos.

Nisio y Josefa

Yo tenía que haber nacido en Puente Arce, pero como ya antes de nacer venía un poco “atravesao”, mi madre tuvo que venir a dar a luz a Santander. Hasta los tres años viví en el Barrio La Fuente, la casa de mis abuelos maternos, Nisio y Josefa.

La abuela Josefa era una mujer alta, esbelta, con unos ojos de un intenso color azul. Guapa por dentro y por fuera. Además de hacerse cargo de la cocina, la huerta, de gallinas, conejos y demás fauna menor, elaboraba las mejores boronas y las morcillas y chorizos más ricos que recuerdo haber comido nunca. Y, sobre todo, era una gran contadora de cuentos y de toda clase de historias. Cuando venía a visitarnos, compartía habitación con mis hermanos y conmigo, no porque no hubiese otra, sino porque ninguno quería perderse la oportunidad de dormirse escuchándola. Y en esa habitación aún tienen que resonar los ecos de cientos de historias y cuentos. Una y otra vez le hacíamos contar la historia (cierta) de la vaca monchina que la embistió un día que había bajado a lavar la ropa al riachuelo que nace al pie de la casa familiar (de ahí el nombre de Barrio La Fuente). O cuando la mordió el burro (era el burro, no un burro) en la pierna, momento en que le pedíamos que nos enseñara la cicatriz. O cuando nos enseñaba la casa del Ratoncito Pérez, bajo la escalera de madera de la casa del pueblo, y nos daba un trozo de pan y de queso para dejárselo frente a su puerta.

El abuelo Nisio era poseedor de unos ojos pequeños pero vivarachos. A primera vista, su complexión podría llamar a engaño, ya que no era de gran estatura, algo que compensaba con un porte recto, rematado siempre con boina, que mantuvo hasta el final de su vida. Pero sus años de trabajo en la cantera de Escobedo, habían esculpido un cuerpo proporcionado y de recia musculatura. Le recuerdo dando buena cuenta del desayuno que le preparaba la abuela a base de un par de huevos fritos con chorizo y torreznos, rematado por una copita de orujo. Todo ello antes de ir a segar “un carro de verde” armado de dalle, pizarra, colodra, yunque y

martillo. Y la “gabardinona”, que nunca podía faltar, para recostarse a “picar el dalle” o para protegerse de un inoportuno aguacero.

Y algunos días, cuando el abuelo salía por la puerta, viéndonos la cara, la abuela se compadecía de nosotros y nos cambiaba las sopas de pan y leche por un huevo frito con torreznos.

De él aprendimos a predecir el tiempo: “cuando veáis una nube negra encima de la Peña Mogro, pescar a correr pa casa”. Y no fallaba. En 10 minutos, si no antes, estaba lloviendo. O a distinguir el canto de los pájaros, sobre todo el del malvís, que a él le tenía enamorado. Y ya siendo más mayores nos contaba cuando sufrió destierro, allá por los años 20 del siglo pasado.

El caso es que en Escobedo, como en casi todos los pueblos, se comentaba que el señor cura se entendía con su ama, algo que en la mayoría de los casos no dejaban de ser habladurías. Pero un buen día, una pandilla de jóvenes del pueblo, entre los que se encontraba mi abuelo, lo pudo constatar con sus propios ojos. Asustados por lo que habían visto, el grupo se juramentó para que de sus labios no saliera ni una palabra. Pero alguien se fue de la lengua y todo el grupo fue llamado a retractarse públicamente de lo que decían haber visto. Nisio y otros dos jóvenes, después de jurar que de sus bocas no había salido ni una palabra, se negaron “pues lo visto, visto estaba”. Esta decisión les costó el destierro del pueblo. Y lo que para un joven de apenas 20 años pudo

suponer un drama, a mi abuelo le abrió un mundo de aventuras y oportunidades, pues ni corto ni perezoso se embarcó en una naviera con sede en Sevilla que hacía rutas trasatlánticas. Nunca guardó rencor al cura “un buen hombre al que le faltaba tiempo para echar una mano o una rastrilla a cualquier vecino que lo necesitara, pero hombre al fin y al cabo”. Además “gracias a él, conocí un mundo que nunca hubiera conocido de otra manera, Cuba, Nueva York...”. Recuerdo una tarde en la que, con casi 90 años, me contaba que tenía una espina clavada que no era otra que no haber viajado a Sevilla con la abuela. “Siempre quise llevar a tu abuela a Sevilla para que conociera la ciudad desde la que le enviaba las cartas y los regalos, pero nunca pude convencerla. Y ahora, a su edad, ¿a dónde coño la voy a llevar ya?”

Ángel o la educación del abuelo

Tal vez no sea cierto que el abuelo se sentaba todas las tardes de verano a la puerta de la cuadra en la que pacían cuatro o cinco vacas. Encendía un cigarrillo mientras miraba distraído más allá de la vieja tapia que tenía enfrente. En algún momento, cualquiera de sus nietos se sentaba a su lado sin decir nada. Como él, gente de pocas palabras.

La abuela solía llamar más tarde desde el balcón para la cena y entonces el abuelo se calaba la boina, decía entre dientes algo sobre luchar por la vida y tiraba con parsimonia para la cocina.

No está comprobado, pero es posible que alguna de aquellas calmadas tardes con el sol en su declive, el nieto mayor se acercara al abuelo



anunciándole que al curso siguiente empezaba estudios de maestro. Y seguro que el abuelo, con orgullo disfrazado de socarronería, al tiempo que apuraba el pitillo le advertía que no iba a ser él a estas alturas, por muchos proyectos de maestrillo que tuviera, el primero de la familia en entrar en la Universidad.

El abuelo, según parece, cuando era joven tuvo carnet de la U.G.T. (aunque luego la abuela lo escondiera y nunca más volviera a aparecer) y a resultas de esa “veleidad” estuvo luego en la guerra pegando tiros en el Frente Norte, allá en los límites con la provincia de Burgos. Pocos debió pegar, porque no ganó ninguna batalla ni mató nada (-abuelo, abuelo, ¿y tú mataste a muchos en la guerra?-) y es que, según le contaba a duras penas al nieto curioso, él

disparaba al frente y allá lejos no se veía a nadie. Pocos debió pegar, porque a las primeras de cambio cayó el Frente Norte en la parte en la que él estaba y se vio de buenas a primeras de estudiante de chinchas y becario de piojos en la Universidad de Deusto. Dudoso honor aquel de ser el primer universitario de la familia, hasta que muchos años después un nieto descartado pretendiera arrebatárselo.

Escribo sin mucha seguridad sobre el asunto pero debió ocurrir que el abuelo fue pasando de colegio mayor a colegio mayor y de facultad a facultad, con más o menos suerte en el destino, hasta el final de la guerra, licenciándose “cum laude” en ganas de comer y con notas de mucho mérito en el temor a las sacas de todas las noches, por si a él también le nombraban, que

no era cuestión de dejar el avío en tiempos tan necesitados y con su primera hija en el pueblo, ya con más de un año de edad, y a la cual todavía no había tenido el gusto de conocer.

Hablo de oídas, pero a la hija la vio por primera vez cuando, ya con cuatro años sobrepasados, la llevó al bautizo entre sus brazos en un permiso de la mili. Y es que el abuelo enlazó a su pesar la guerra con el tiempo en el que le tuvieron “concentrado” (en sus estudios) y más tarde con el servicio de 24 meses a la nueva e inoportuna patria.

Y en esto consistió la educación del abuelo.

Desde entonces hasta que el abuelo, muchos años después, se sentara con su nieto a la puerta de la cuadra en alguna de aquellas tardes de verano, todo, todo, fue silencio.

Jesús, en una foto de carnet

Hay historias que no se pueden escribir por la falta de memoria. Jesús Gómez Setién es mi abuelo, un abuelo al que no conocí y del que solamente guardo recuerdo por fotos de carnet y las conversaciones mantenidas con mi madre, que con el paso del tiempo se van desvaneciendo. Ella ya no está. Tampoco sus hermanos, mis tíos. Ahora, para recomponer su historia, ya no tengo a quién recurrir. Mi abuelo nació en 1908, pescador y trabajador en la fábrica del Gas. Sé que era comunista, como mi tío lo fue después; que mi abuela se casó con él frente a la oposición de sus padres, quienes le habían buscado un mejor pretendiente con negocio en Cuba; también sé que al iniciarse la guerra acababa de tener a la tercera de sus hijos, mi madre; que enfermó de pulmonía y murió cuando ella tenía 4 años. Eso fue en 1940.

El 9 de noviembre de 1937, apenas hacía tres meses que Santander había caído en manos de los “Nacionales”. Él quizá albergara la secreta esperanza de que la derrota no fuera definitiva. Sin embargo, la vida cotidiana se llenaba

de pequeños gestos que hacían presente el silencio y la sumisión que se debía al nuevo Caudillo. Hasta el sello tenue de tinta azul estampado en el lateral de este sobre recordaba que era obligatorio demostrar la fidelidad. Él, vigilante en traje de campaña, todavía nos mira: “Saludos a Franco. ¡Arriba España! ¡Viva España!”

Ni La mirada risueña ni la mueca de su boca traducen el momento trágico en que fue hecha la foto, ni parece adivinar la ausencia de futuro que le esperaba. No llegamos a intuir si la enfermedad que le arrebató la vida ya convivía con él, pero sí sabemos que cuando se produjo, el tiempo de la Guerra había acabado y le siguió el del hambre y el racionamiento. La señora Manuela, su viuda y mi abuela a la que tampoco conocí, tuvo que encadenar trabajos para mantener a flote a la familia, lo que no impidió que los niños empezaran a trabajar a edades demasiado tempranas para nuestro tiempo.

El estudio Casarphot radicado en la calle de La Ribera (junto al puente) en Santander, estaba especializado en “Carnets kilométricos y pasaportes”. Su trabajo se ceñía al eslogan “ARTE-ECONOMÍA-RAPIDEZ”. Las fotos “de Carnet” no podían ser para un pasaporte, que en ese momento era imposible de tramitar para una persona corriente como Jesús. La ligera inclinación del borde de la derecha, que no está escuadrado como los otros tres, nos indica que una de las fotos si fue utilizada. Pero el destino que se le dio no se nos alcanza.

En efecto, la memoria es algo muy personal, solo sobrevive al tiempo y a la ausencia cuando es compartida. Nos hace sentirnos vivos y vinculados a los otros, a aquellos para los que ese pasado es reconocible y les habla de una parte de lo que son y de lo que sienten. ■



Fernando Madrazo y Belén Conde representando 'Las cucarachas' de Guillermo Gentile puesta en escena por el Grupo Caroca

Documento del mes de julio de 2020

El teatro también es un arma cargada de futuro. La iniciativa teatral independiente en los años 70 en Cantabria

Durante los últimos años del franquismo y los primeros de la Democracia el teatro independiente tuvo una presencia destacada dentro del movimiento político y cultural

La representación de la obra teatral La pancarta ilustra el encuentro de la cultura y la política con una orientación pedagógica

En las elecciones generales de 1977, recién iniciada la Transición, una obra de teatro apoyó la campaña de la *Agrupación Electoral de*

Fuerzas Democráticas, candidatura progresista encabezada por Tomás González Quijano, Benito Huerta y Eduardo Obregón. La iniciativa fue fruto del acuerdo de partidos (PSOE, Izquierda Democrática, PCE...), movimientos e independientes por la circunscripción de Santander y llevó por lema “*Otra política,*

otra gente”. Obtuvo un parlamentario.

La obra en cuestión era *La Pancarta*, de Jorge Díaz, puesta en escena por un joven grupo de teatro, de nombre *Caroca*, cuyos componentes llevaban varios años sobre las tablas con distintas denominaciones y sobre la que volveremos posteriormente de la mano de Román Calleja, partícipe directo de aquella experiencia.

En esos momentos, la aparición de una serie de agrupaciones conformó un heterogéneo movimiento teatral digno de ser recordado tanto por su valor intrínseco como por su aportación consciente al proceso democrático en Cantabria.

La difícil acotación del movimiento teatral independiente

En situaciones en las que las libertades políticas están severamente restringidas, para desbordar los límites impuestos se recurre a los medios más diversos. Como ocurrió, en la fase final de la dictadura franquista, las artes escénicas fueron un vehículo recurrente para difundir mensajes críticos y esperanzas de libertad, si bien con frecuencia empleando mensajes no explícitos

El marco temporal que abarca este movimiento en España ocupa aproximadamente dos décadas, desde los primeros sesenta hasta el inicio de los años ochenta.

Fue con la muerte de Franco y el comienzo de la Transición, cuando el teatro independiente cobró un gran protagonismo en todo el país. Entre sus características definitorias destaca la vocación de representar un teatro para el



Cartel de 1975 en el que se anunciaba la actuación de dos grupos teatrales (CRAC y TIS) en el salón de actos del Colegio Angeles Custodios de Santander

pueblo (con una intencionalidad política marcada), sin renunciar a contenidos y utilizando frecuentemente estéticas de vanguardia, a pesar de la carencia de salas y de circuitos culturales establecidos.

Algunos de los rasgos de este complejo movimiento teatral, apuntados por el profesor Alberto Fernández Torres, fueron:

la escasez de recursos, la materialidad radical de sus espectáculos, el uso diferente de los espacios escénicos, el establecimiento de relaciones directas con el público, la utilización de las diferentes lenguas del Estado, la autoorganización y el cooperativismo, la apuesta irrenunciable por la profesionalidad, el impulso de festivales y encuentros, etc. ^[1]

Su propia complejidad dificulta la precisión de los márgenes temporales y, las peculiaridades regionales, su caracterización. Así, en Cantabria, el teatro independiente apareció de forma tardía, hacía 1977, de la mano de compañías como Caroca o, posteriormente, Abrego. Con anterioridad, existieron agrupaciones, alguna de las cuales podía presentar características de este movimiento, pero no se les puede considerar parte de él en toda su acepción; sí de su génesis. Con matices, podríamos estar más cerca de una concepción de teatro aficionado.

La génesis del teatro independiente en Cantabria

Desde inicios de 1970, a los Certámenes

Provinciales de Teatro convocados por la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo concurrían grupos en los que los actores aficionados median sus fuerzas con obras de diferentes formatos y temáticas, con el denominador común de la ilusión y la vocación interpretativa. Al tiempo, pubs, bares y discotecas, como La Belle Époque, el York Club o el Royal 70 albergaban el *Certamen de Café Teatro*, lo que revela una importante, para entonces, actividad escénica.

En 1975, el *Premio Foro 75* del *III Certamen Provincial de Café Teatro* recayó en el Grupo *CRAC* del Circulo Roldán Losada, dirigido por José Antonio Domenech, con una dotación de 10.000 pts. La obra que presentaban era *Asamblea General*, de Pilar Enciso y Lauro Olmo, uno de los guiones más representados de la época, cuyo título es evocador de su contenido. Mariano Monedero, fundador del *TIS (Teatro Independiente de Santander)*, ganó el premio al mejor actor. En esa misma edición participaría también el grupo *ATES*, embrión de lo que después sería el grupo *Caroca*.

En ese mismo periodo, al *I Certamen de Café Teatro del Royal 70* se apuntaron seis grupos de Santander, otro indicador de la sólida afición existente en la ciudad. Otros colectivos del momento son *Boheme* y el *Teatro Estudio* de Mariano Amandi. Así pues, nos encontramos ante una actividad que se desarrollaba en espacios de la “cultura oficial” (concursos del Ministerio de Información y Turismo) y en los ambientes distendidos del “café teatro”.

Teatro y Transición

Con relación al impulso teatral durante la Transición en Cantabria es preciso citar el espacio de la UIMP en Las Llamas, que fue uno de los principales referentes en la organización de actos. Igualmente, hay que reseñar la actividad del grupo cultural Cuevano, fundado en 1977 por personas relevantes de las artes y las letras del último cuarto del siglo XX, como Isaac Cuende, Rafael Gutiérrez-Colomer,

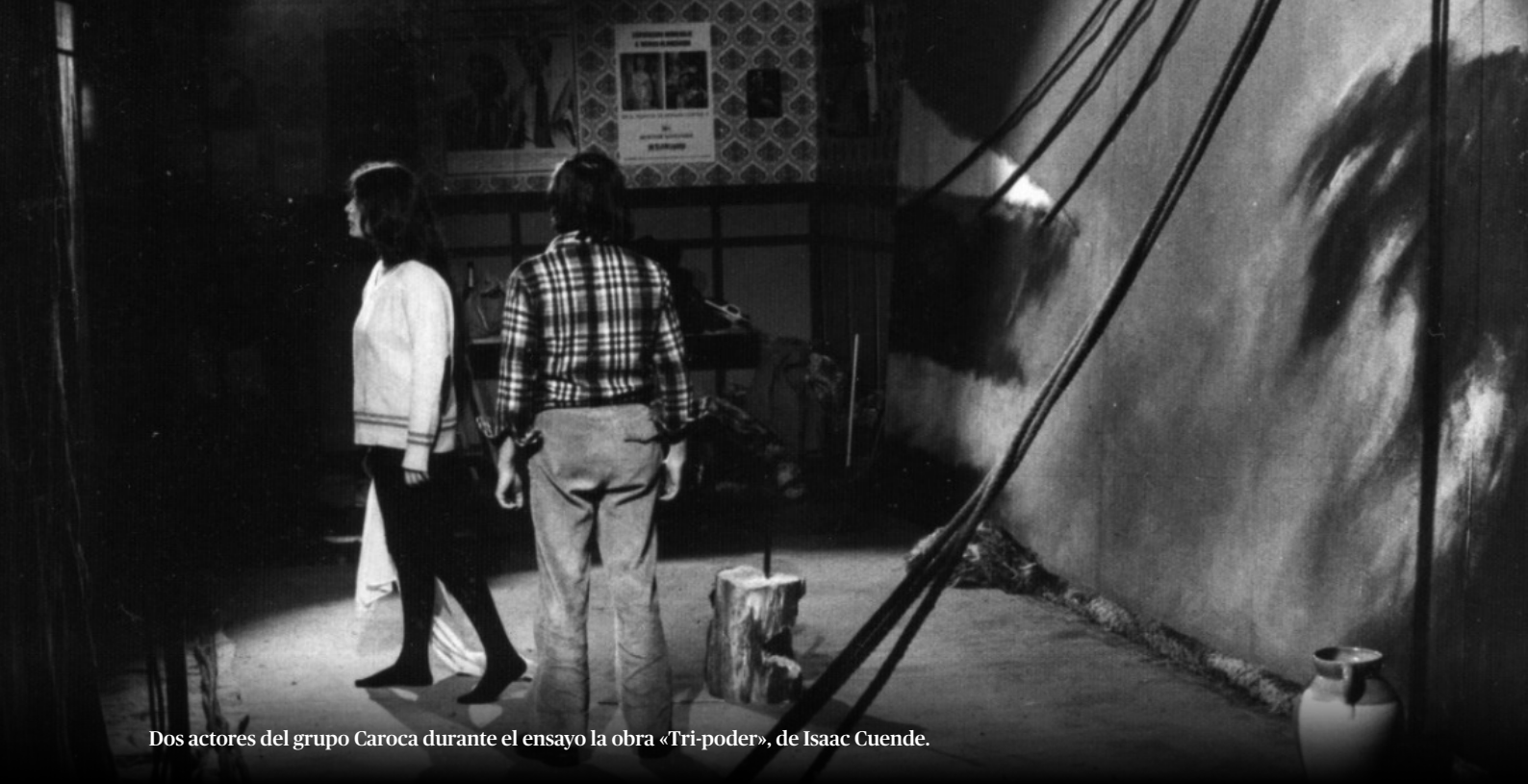
Luis Miguel Malo Macaya o José Ramón Saiz Viadero. Al colectivo, que contaba con poetas, narradores, artistas plásticos, etc., se le fueron uniendo grupos musicales, como Colibrí o Ibio, y teatrales, como Caroca, convirtiéndose en un movimiento importante en aquel momento. La concepción de una cultura orientada al gran público iba acompañada de elementos como la curiosidad, la experimentación y la participación.

El grupo ATES, formado entre otros por Carlos Poncela, Rafael Ramos de Castro, Roberto Pérez Gallegos, Román Calleja, Margarita Poo Puig y Julio Ganzo, obtuvo éxitos tanto dentro como fuera de Cantabria. Alguno de ellos vino acompañado de polémica y presiones de sectores políticos poco amantes de la libertad de expresión de los demás, como la puesta en escena del *Retablillo de Don Cristóbal* de Federico García Lorca.

La búsqueda de un proyecto más estable, dentro de lo que constituye una vía de profesionalización, llevó a algunos miembros de ATES (Carlos Poncela, Julio Ganzo y Román Calleja) a fundar, en 1977, Caroca. Pronto se incorporaron Belén Fernández, Gonzalo San Miguel, Ángel Oria y Felipe Ibáñez, con lo que el grupo fue completando su plantel. Las primeras obras que representaron fueron *La Pancarta* o *Está estrictamente prohibido todo lo que no es obligatorio* (1970), del chileno Jorge Díaz, seguida por *¿Conoce Usted la Vía Láctea?* (1955), de Karl Wittlinger, y la producción propia para público infantil *Mambrú se fue a la luna* (1978).

Román Calleja (Sobarzo, 1953), director y actor, es uno de los principales impulsores del teatro independiente en Cantabria. Miembro de ATES y cofundador del grupo Caroca. Su actividad teatral comenzó en los años setenta. A través de su testimonio conocemos la intrahistoria de este movimiento en nuestra región.

“El teatro sirvió de cuna a mucha gente para acercarse a la política. En aquellos años había un movimiento en la Universidad en Cantabria a la



Dos actores del grupo Caroca durante el ensayo la obra «Tri-poder», de Isaac Cuende.

que venían grupos como Tábano, Teatro Libre, Test 78, Esperpento de Sevilla, etc. y personajes como Alonso de Santos, Rafael Álvarez “El Brujo”, Margallo... La universidad era el vínculo donde todos estábamos y nos reuníamos alrededor de una obra de teatro.

En Santander hubo un movimiento en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, centrado en el Paraninfo de las Llamas. Se hacían una serie de recitales. Entre los organizadores estaban José Ramón Saiz Viadero, Francisco Javier López Marcano... Vinieron Luis Llach, Pla, Pi de la Serra, Raimon, El Lebrijano... Eran 14 o 15 actuaciones al año. Eran auténticos encuentros con la cultura y con la política. Recuerdo algunos desalojos que nos hicieron. Si el Paraninfo era para 400 y pico igual entrábamos 800 personas, los pasillos estaban llenos de gente. Se convertía en algo que trascendía al teatro, a la canción o al cine. Era la reivindicación de un momento importante en el que se reunía la gente para reivindicar y compartir algo más.

El teatro independiente era vida. Formaba parte de la vida y todo eso era la vida que entonces teníamos. El cambio de una dictadura a una democracia, las ansias de libertad, las ganas de trabajar en la cultura, de hacer algo por los demás, de disfrutar de todo aquello, de aprender.

El teatro independiente formaba parte del gran cambio que dio España. Recuerdo la obra “Galileo Galilei” que se representaba en Las Llamas; al final todos tuvimos que salir zumbando porque venían los grises. Todavía no entiendo qué tenía la obra para que vinieran los grises. Pero qué pasaba, que era una reunión de todas las personas que tenían una ilusión de que aquello cambiara en España. Y eso fue lo más importante. Entonces había una posición ética ante las cosas, no hacías una obra por hacerla. No salías al escenario a contar algo que no llevara sangre, que no llevara vida. Éramos más inocentes que la puñeta, pero siempre había un subtexto. El subtexto sí era importante.

El teatro estaba dividido en dos, el teatro comercial al uso, con actores y compañías muy conocidas, con temporada en el Cinema y luego en el Coliseum durante el verano, que venían de Madrid. En el teatro independiente se estaba haciendo aquello que no se hacía en el teatro comercial. El teatro comercial se basa en dos características fundamentales, o un texto que venda o unos actores que vendan; porque el director no ha vendido nunca, eso es para los del teatro, para los que nos gusta el teatro, pero el público general conoce a los que salen en la televisión.

En el teatro comercial, muchas de las obras venían con el Régimen, Alfonso Paso y todos estos... Quería decir lo que querían decir. Por eso el teatro independiente tuvo repercusión en la sociedad, porque decía lo que el teatro comercial no quería decir.”

La Pancarta y la campaña electoral de 1977

La relación entre cultura y política fue estrecha durante esos años, como respuesta a décadas de falta de libertades. Una parte importante del mundo de la cultura y por supuesto del teatro se comprometió firmemente con los valores democráticos apostando por un cambio político y social en España. Es lo que transmite Román Calleja:

“Toda la izquierda se juntó en un bloque para apoyar tres senadores: la candidatura de izquierdas. Al mismo tiempo se buscó que sirviera pedagógicamente como una introducción para explicar lo que era la izquierda, lo que perseguía la izquierda. Hacíamos la representación, duraba unos 50 minutos aproximadamente y después venía un coloquio. Allí estaban Churiaque, Isabel Tejerina (después muy relacionada con el teatro en la Universidad), había más gente del Partido de los Trabajadores (PT). Estaba Antonio Montesinos, que era de la Organización Revolucionaria de los Trabajadores (ORT).

Éramos todos del mismo equipo e íbamos a los barrios. Se terminaba la función y se abría un coloquio con los espectadores. Hicimos toda la campaña por los barrios (Barrio Pesquero, San Francisco, Campogiro), también Maliaño. Para nosotros aquello fue muy importante. Aquellos momentos fueron inolvidables. Se vivían con una intensidad enorme. Éramos conscientes de que nos estábamos jugando algo. Detrás iba una serie de gente que eran los políticos de izquierdas de aquel entonces. Apoyando siempre a aquellos

tres senadores. Había un encuentro.

La recepción en los barrios fue maravillosa. En alguno tuvimos problemas y tuvimos que salir por pies, porque la ultraderecha hizo acto de aparición. Cogíamos los bártulos y salíamos con la furgoneta. En Maliaño tuvimos algún problema.

Yo hacía la presentación después de actuar: “Muchísimas gracias por estar aquí. Queremos presentaros a una serie de gente, compañeros nuestros que van a explicaros lo que es la izquierda. Sabemos que muchos de vosotros tenéis reparos en que será la izquierda...” A partir de ahí yo me quedaba en un lateral.

Se hablaba. Eran unos coloquios que duraban mucho más que la obra de teatro. Antonio Montesinos lo explicaba muy bien; metía mucha anécdota, contaba muchas cosas... Llegaba muy bien a la gente. Alguna vez vino también José Luis Muiños (sacerdote), también Isidro Cicero. En el Barrio Pesquero estuvo Alberto Pico.

Tuvo mucha relevancia a nivel social. Comunicarte con la gente. Saber qué es lo que piensan. Eran gente de barrio, del pueblo. Muchas veces nos reíamos y decíamos; “Qué miedo hay a todo esto”.

Las ansias de libertad quizá nunca hayan conseguido aunar tanto al teatro y la política como en aquella campaña. Con la consolidación del juego electoral, la trayectoria de los partidos políticos y del teatro independiente corrieron por sendas divergentes. Mientras los teatreros intentaban consolidar grupos estables con el horizonte de la profesionalización (que abordaremos en un próximo documento del mes), los partidos se lanzaron a la conquista de las instituciones recién estrenadas. ■

Notas

[1] Fernández Torres, A. **“El teatro independiente en España. 1962-1980”**. Consultado en <http://cdaem>.

mcu.es/teatro-independiente/



Grupo de estudiantes de nacionalidad sueca recibiendo una clase de Lengua española en la zona de El Sardinero. 'Mundo Gráfico', 18 de julio de 1934



Fragmento de la portada de 'El Cantábrico' de 4 de julio de 1933 con la inauguración de la Universidad Internacional de Verano de Santander



Acto protocolario de entrega del Palacio de La Magdalena al Ministerio de Instrucción Pública como sede de la Universidad Internacional de Verano de Santander, publicado en portada de 'El Cantábrico' el 31 de enero de 1933

Documento del mes de agosto de 2020

La II República y la modernización educativa. La creación de la Universidad Internacional de Verano de Santander

La vida académica de la institución se prolongó desde 1933 hasta el comienzo de la Guerra Civil y constituye el precedente de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo

La llegada de la II República en abril de 1931 no solo supuso un cambio de modelo de Estado sino también el compromiso de convertir España en una sociedad más justa e igualitaria, partiendo de la definición de nuestro país como una República de trabajadores, aceptando el estatuto de autonomía para algunas regiones y

proclamando la aconfesionalidad del Estado.

Junto a estos principios básicos, otros de suma importancia eran el erradicar el analfabetismo que en un porcentaje muy alto sufría con especial incidencia la España rural, así como el fomento de la cultura en todos sus campos. En la práctica

los presupuestos destinados a conseguir estos fines se incrementaron en un 50%.

Muchos de los protagonistas de este profundo cambio político y moral eran intelectuales formados en la Institución Libre de Enseñanza que habían mantenido vivo su espíritu crítico frente a la decadencia de la Monarquía alfoncina. Personajes como Azaña, Américo Castro, Pérez de Ayala, Blas Cabrera, Antonio Machado, Picasso y un largo etcétera, iban a alcanzar un notable protagonismo dejando su impronta en lo que muchos críticos han juzgado como una Edad de Plata en la historia creativa de nuestro país trágicamente zanjada por el golpe de estado de julio del 36.

En este contexto se iba a ir fraguando la creación de la Universidad Internacional de Verano en la capital de Cantabria aprovechando las magníficas circunstancias que la ciudad reunía. Menéndez Pelayo había legado a la ciudad su espléndida biblioteca, 40.000 volúmenes que versaban sobre Literatura, Historia, Ciencias o Filosofía, poniendo como una de las

condiciones de su herencia a la ciudad que su extraordinaria colección bibliográfica estuviera bajo la dirección y cuidado de un bibliotecario perteneciente al cuerpo de archiveros y bibliotecarios, cargo que recayó en Miguel Artigas en 1915, turolense de nacimiento, el cual llegó a ser director de la Biblioteca Nacional en 1930 y miembro de la Real Academia de la Lengua en 1935, así como programador de los cursos para extranjeros que la Sociedad Menéndez Pelayo organizó en 1924 y que contaron con la docencia de Gerardo Diego, José María de Cossío y Pedro Salinas, entre otros nombres ilustres.

Con anterioridad la Universidad de Liverpool en 1921 ya había elegido la ciudad para dar sus clases de Lengua y Cultura española al igual que había hecho el Colegio Mayor Universitario, adscrito a la Universidad de Valladolid, ofreciendo cursos para extranjeros.

Respecto al campo científico, la Casa de Salud Valdecilla era una institución que se había convertido en un punto de referencia para las



Instantáneas de autoridades y asistentes en la inauguración del curso de 1934 de la Universidad Internacional de Verano de Santander. 'El Cantábrico', 10 de julio de 1934



Composición fotográfica de Samot del acto de inauguración del curso académico 1934 de la Universidad Internacional de Verano de Santander. 'El Cantábrico', 10 de julio de 1934

investigaciones médicas dónde acudían con asiduidad los mejores investigadores españoles y extranjeros.

La estación de Biología Marina fundada por Augusto González Linares, pionera en España, y en la que se habían formado profesores de la talla de Orestes Cendrerros o Celso Arévalo, completaba una más que interesantísima oferta cultural a nivel local y que trascendía más allá de los límites provinciales.

Todos estos elementos hacían viable la creación de una Universidad santanderina como ya habían solicitado Don Marcelino y el profesor González Linares. El primero echaba en falta la creación de una Facultad de Filología y

estudios clásicos y el segundo pidió un centro universitario enfocado a la Biología, sugerencias que hasta el día de hoy el campus de la Universidad de Cantabria ha ignorado haciendo gala de un clamoroso olvido.

Por si fuera poco, la ciudad contaba con la biblioteca que Benito Pérez Galdós había reunido en San Quintín, su residencia veraniega, dónde albergaba interesantísimas obras que las autoridades locales intentaron sumar al patrimonio santanderino y que la Guerra Civil y el desprecio de los triunfadores por los escritos de un viejo republicano frustró definitivamente.

La iniciativa de creación de la Universidad Internacional de Verano en la capital cántabra

correspondió al mencionado Pedro Salinas, secretario de su Patronato y destacado miembro de la Generación del 27, que contó con el apoyo fundamental del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Fernando de los Ríos, que supieron apreciar y aprovechar los medios citados anteriormente y el interés de personajes como Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Unamuno, Ramón Carande y otros muchos.

El Palacio de La Magdalena, hasta 1930 sede de veraneo regio, debidamente acondicionado, así como su parque, era el lugar idóneo para iniciar en el verano de 1933 la actividad universitaria. La celebración de reuniones científicas, los distintos cursos universitarios, las enseñanzas de francés, inglés, italiano y alemán, además de los cursos para extranjeros, fue el programa educativo con el que nació la Universidad incluido la búsqueda de la convivencia entre profesores y alumnos en la vida cotidiana dentro y fuera de las aulas.

Las actividades que hoy conocemos como extensión universitaria enriquecieron el ambiente universitario. La presencia de la compañía lorquiana de teatro La Barraca, los recitales poéticos de escritores de la Generación del 27, las excursiones a Altamira y otros yacimientos arqueológicos, así como otras muchas actividades, acompañaron la estancia de profesores y alumnos.

De forma paralela, pero con diferente planteamiento, orientación y contenidos, el 1 de julio de 1933 dieron comienzo, en la sede agustiniana del Colegio Cántabro (ubicada frente al Hospital Marqués de Valdecilla, al lado de la Ciudad Jardín), los Cursos de Verano de la Universidad Católica. De hecho, su impulsor fue la Asociación Católica Nacional

de Propagandistas, cuyo presidente era Ángel Herrera Oria, futuro cardenal de la Iglesia.

La llegada al poder en 1934 del gobierno pactado entre radicales y cedistas supuso una amenaza para la continuación de la Universidad Internacional. La considerable reducción presupuestaria, las críticas de la derecha y el apoyo que ésta brindaba a la Universidad Católica de Verano crearon una seria polémica política avivada por las protestas del consistorio santanderino, que veía poner en peligro la continuidad del proyecto. Solventadas buenamente las estrecheces económicas, el centro prosiguió con su labor permaneciendo como lugar de reunión y trabajo para profesores españoles y extranjeros, que veían en La Magdalena una institución a la altura de otras grandes citas culturales europeas.

El inicio de la Guerra Civil sorprendió en el Palacio a numerosos estudiantes y profesores extranjeros, que fueron rescatados por buques de sus nacionalidades que arribaron al puerto santanderino. Los estudiantes españoles organizados por una comisión de profesores fueron evacuados hacia Francia con el compromiso de volver a la España gubernamental.

Los años republicanos de la actual UIMP constituyeron uno de los períodos más brillantes de la misma y, como escribió el profesor Julián Marías en 1986, la Universidad de Verano fue una de las primeras víctimas de la Guerra Civil. Destino cruel, poco más de un año después, y hasta 1939, la península de La Magdalena, sede de la Universidad, pasaría a convertirse en uno de los campos de concentración que proliferaron en la España franquista. ■

Nota

Este artículo se ha basado en el estudio realizado por Benito Madariaga y Celia Valbuena acerca de la Universidad Internacional de Verano de Santander (1932-1936), así como en el trabajo realizado por el profesor Fusi Aizpurúa sobre la cultura en España.

La Noche Roja de Laredo. Cuando el rock irrumpió en el verano de la Transición

El rock fue un vehículo contracultural que contribuyó a canalizar gustos e inquietudes de una juventud que cuestionaba los valores tradicionales presentes en la sociedad

Fue el primer gran espectáculo de rock en la historia nacional, aportó teatralidad, situándolo por primera vez al frente de la música popular moderna que se hacía

Aún faltaban cuatro años para la muerte de Franco, pero la dictadura mostraba ya algunas señales de agotamiento entreveradas con postreros y trágicos ramalazos de autoritarismo. En estas circunstancias, difíciles e inseguras, el 22 de mayo de 1971, con un intenso despliegue de la Guardia Civil, nació en el campo de fútbol de la localidad catalana de Granollers lo que vendría a ser el primer festival rockero estatal, siguiendo la estela de la corriente mundial que se había iniciado con el que tuvo lugar en la Isla de Wight, en Reino Unido, en 1968, o el famosísimo de Woodstock, en Estados Unidos, que congregó partir del 15 de agosto de 1969, y durante tres días, a un total aproximado de 400.000 personas.

El festival de Granollers se autodenominó Festival Internacional de Rock Progresivo. Ante la imposibilidad de contar con Pink Floyd por su elevado caché o con Pretty Things por razones similares, se programó como cabeza de cartel a Family, banda de Leicester que se había creado tres años antes y que había alcanzado bastante notoriedad mezclando folk, psicodelia, acid rock, jazz fusión y rock and roll. Además del grupo mencionado, completaron actuaciones entre otros Tucky Buzzard, antiguos The End, y los nacionales Smash, Máquina, Pan y Regaliz, Tapiman, Fusioon, Delirium Tremens, antiguos componentes de la mítica banda de rock

progresivo denominada Cerebrum, y Jaume Sisa.

Siguiendo el mismo espíritu precursor que el de Granollers, el 5 de julio de 1975 se celebró en la plaza de toros de Burgos el festival “15 horas de Música Pop”, rebautizado como Festival de la Cochambre gracias al poco delicado titular, “La invasión de la Cochambre”, que le dedicó al día siguiente el diario afín al Movimiento, La Voz de Castilla. El cartel contó con la presencia de gloriosas figuras del panorama de la música nacional, como fueron Triana, Storm, Burning, Eva Rock, Compañía Eléctrica Dharma, Tílburi, Bloque, Hilario Camacho o Eduardo Bort. Este evento, cuya entrada costaba 200 pesetas, precio bastante caro para la época, no llegó a tener el éxito que los promotores esperaban, pero asentó los cimientos para la organización de futuros conciertos multitudinarios a lo largo de toda la geografía española.

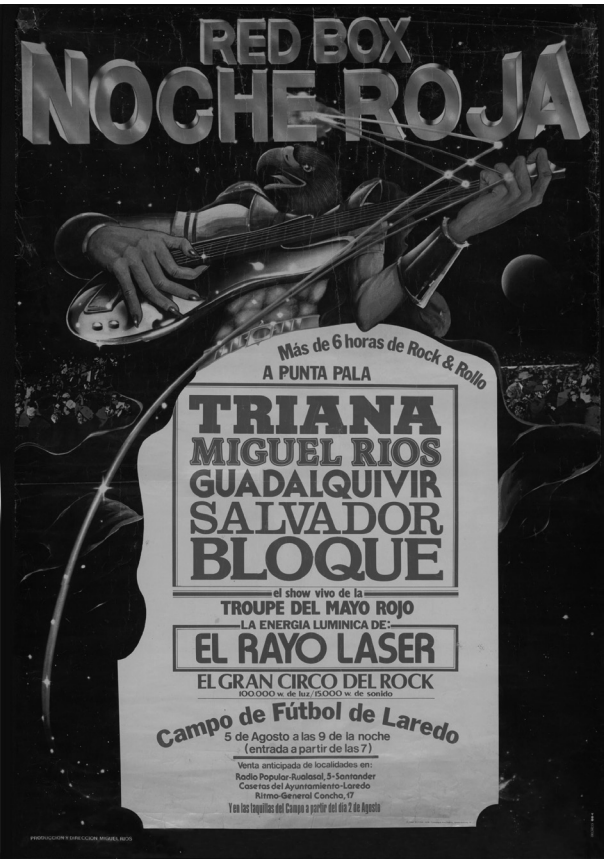
Pocos días después, el 26 y 27 de julio, en medio de este despertar de la música al aire libre y precedido por las Seis Horas de la Canción, tuvo lugar el Festival Canet Rock al que acudieron 40.000 personas. Es digno de mención el hecho de que a última hora la actuación de Jaume Sisa fue prohibida por la autoridad gubernativa; aunque sí fue posible disfrutar la presencia de otros artistas y grupos invitados como la Orquesta Mirasol, la Orquesta Platería,

Compañía Eléctrica Dharma, Molina (Lole y Manuel), Pau Riba o María del Mar Bonet.

Y casi un año después, el 26 de junio de 1976, se celebró el festival denominado Primer Enrollamiento Internacional del Rock Ciudad de León, con las actuaciones singulares de la cantante alemana Nico, ex de la Velvet Underground, el grupo vizcaíno Traidor Inconfeso y Mártir, los reyes del glam-rock donostiarra Brakaman, Pau Riba, Atila, además de Triana, Coz, Bloque y Asfalto, entre otros.

En este contexto de auge de los conciertos en grandes espacios y con vocación multitudinaria, y ya en plena Transición, surge la figura del famoso cantante granadino Miguel Ríos como aglutinador de una gira por todo el país que se realizaría entre febrero y agosto de 1978, y en la que se haría acompañar casi permanentemente por grupos tan conocidos como Triana, Salvador, Guadalquivir e Iceberg. A estas bandas se irían añadiendo según la localidad otros nombres como Ramoncín, Imán, Pau Riba, Tequila, Gualberto, Els Pavesos, Costa Blanca, Bloque o Azahar.

Para la financiación de la gira Miguel Ríos contó con la colaboración del publicista Rafael Baladés, autor tiempo antes de la letra de “Libertad sin ira”, canción de éxito del grupo Jarcha, que logró que la marca de vaqueros Red Box contribuyera económicamente. El músico granadino participaría con un 40% y su oficina



Cartel original del concierto que se conserva en el Bar El Bardal de Liendo.

sería la encargada de la producción y la comandancia del proyecto, participando con el otro 60% la empresa textil. Esto hizo posible viajar al Reino Unido con el objeto de adquirir un equipo de sonido moderno comparable con los medios técnicos que poseía la industria musical anglosajona.

Con estos mimbres y la colaboración en los servicios de seguridad de la Joven Guardia Roja, rama juvenil del maoísta Partido del Trabajo, se pondría en marcha la gira bautizada con

el *perturbador* nombre de La Noche Roja, que daría lugar en el verano de 1978 a doce exitosos y masivos conciertos a lo largo de todo el país. Como pondera F. García Poblet, “*La Noche Roja* le aportó al rock español la componente de teatralidad y de gran espectáculo que el propio género estaba demandando, situándolo por primera vez al frente de la música popular moderna que se hacía en el país. Fue el primer gran espectáculo de rock en la historia nacional”.^[1]

La Noche Roja de Laredo se celebró el 5 de agosto de 1978, faltaban aún cuatro meses para el referéndum que aprobaría la Constitución, y fue uno de los últimos conciertos de la gira, tras los de Usera, en Madrid, Barcelona, Benidorm, Valencia, Málaga y Alicante, entre otros. Para que el proyecto se materializara hubo que contar con varios factores. Por un lado, el peso en la balanza que para el consistorio laredano tenían los probables beneficios económicos para la

hostelería de la localidad, en tiempos en los aún la crisis del 73 daba coletazos, ante los prejuicios que suponían impredecibles actos de vandalismo que no llegaron a hacerse realidad. Por otro lado, el papel de Chuma Basurko, que ejerció de eficaz enlace entre el Ayuntamiento de Laredo y la productora representada en esta ocasión por los locutores santanderinos, Charlie Charlón, Juan Cagigas y Javier Bello. Otro factor definitivo fue, sin duda, que se desechara la realización del concierto en la vecina Euskadi por el miedo a que se pudieran producir problemas de orden público de más difícil solución.

Desde tempranas horas del día de autos, el tardojipismo norteño fue arribando en masa a la estación ferroviaria de Treto, la parada local de autobuses o los distintos aparcamientos para vehículos propios. Los pelos largos y los aromas a drogas blandas (la desoladora heroína iba anunciando ya su pronta entrada triunfal) se confundían con los pobladores locales y los veraneantes vascos y castellanos. A las nueve de la noche, el campo de fútbol de San Lorenzo, acogía a once mil espectadores que habían pagado la cantidad de 300 pesetas por una entrada. Luego se produjo la incursión de otros cuatro mil más sin previo abono. Mientras, otros cientos divisaban también el evento desde El Risco o sobre los muros aledaños.

Unos 15.000 vatios de sonido y 100.000 vatios de luz, el estreno ibérico del rayo láser (disparado por tres cañones), los ya mencionados servicios de seguridad de La Joven Guardia Roja (asociación debida, según dicen, a ciertas veleidades juveniles de Miguel Ríos), los encargados del control de acceso y aledaños, la estrategia de combatir el tedio en los interludios entre bandas con las narraciones habladas sobre la era acuario con la voz de Vicente "Mariskal" Romero, el faquir Ramakalin deglutiendo sables y arrojando fuego o el show circense de La Troupe del Mayo Rojo, se constituían en los pilares básicos para la ejecución de "Más de 6 horas de rock y rollo", que proclamaba el mayúsculo cartel anunciador.

La histórica y mitificada noche pejina fue inaugurada -todavía con luz solar- por Salvador Domínguez "Salvador" (Blue Bar, Cerebrum, Pekenikes, Canarios, Banzai, Tarzen). El "guitar hero" y escritor-rock madrileño, criado en Caracas y Miami, presentó con clase su primer disco solista "Bananas", cuyo single "Es una broma" sonaba en la FM habitualmente ("Pincha el disco" sería su otro hit comercial en su siguiente trabajo).

Con la noche acechando, la banda sevillana Guadalquivir, liderada por el legendario "Manglis", otorgó una excelsa fusión de jazz-rock, prog-rock y música andalusí, bien representada en su homónimo larga duración, publicado ese mismo año. En una entrevista concedida un cuarto de siglo después por el guitarrista Andrés Olaegui, este señalaba lo que sigue: "Aquello fue fantástico, fue un gran acontecimiento para la época; era emocionante subirte al escenario y ver tanta gente en el público para oír rock nacional y compartir la experiencia con los demás músicos que iban en la gira".

Bloque jugaba en casa, y se hizo notar con un concierto memorable que encandiló a la audiencia con temas como "La Libre Creación", "Abelardo y Eloísa" o ese himno de hard psicodélico que es la esplendorosa "El Silencio de las Esferas". Juanjo Respuela, Luis Pastor, Sixto Ruiz, Paco Baños y Juan Carlos Gutiérrez también repetirían tiempo después en el Drink de Laredo, con la presencia entre el público de un adolescente Fito Cabrales, o en el polideportivo municipal.

El misticismo sonoro continuó con el mitológico combo sevillano Triana. Los andaluces, que ya habían pasado por la villa, tocando en la discoteca Oliver años ha, desplegaron profesionales varias maravillas contenidas en sus dos primeros álbumes, "El Patio" e "Hijos del Agobio", tales como "Sr. Troncoso", "En el Lago", "Abre la puerta" o "Sentimiento de Amor". Cinco años después, su líder, Jesús De La Rosa, fallecía en un accidente de tráfico regresando de un concierto benéfico en San Sebastián por las inundaciones de 1983. Juan



Miguel Ríos y miembros de su banda jugando al fútbol en la playa Salve de Laredo en una gira posterior a la Noche Roja. Foto publicada en 'Revista Laredu Lin', julio 2005

José Palacios "Tele", el batería, seguiría mismo camino casi veinte años después.

El broche final lo puso Miguel Ríos que, acompañado de los músicos de Guadalquivir como banda de apoyo, supo ganarse al público, tarea ardua puesto que se le conocía mayoritariamente por "El Himno a la Alegría" o algunas versiones (covers) de rock de los cincuenta trasladadas al castellano, desconociéndose sus precedentes y estupendos discos "Memorias de un Ser Humano", "La Huerta Atómica" y "Al Ándalus". Cuatro años más tarde, cuando se convirtió en el rockero absoluto del Reino, presentó su superventas "Rock & Ríos" en el Polideportivo que más tarde se denominaría Emilio Amavisca, aunque el concierto no se correspondía taxativamente

con la gira del mismo nombre que el doble vinilo. Pero esto es ya otra historia compleja a ampliar. No tanto como los partidos de fútbol que el músico granadino disputó en la playa Salvé junto a compañeros de reparto y balompédicos pejinos y vascos.

Eran ya las 3:30h de la madrugada cuando los miles de visitantes procedieron a proseguir la jarana o a dormir en la playa, aceras, parques, portales, bancos y zonas silvestres de acampada (área de Las Vegas y La Pesquera).

La escasez de incidentes (solo se recuerdan desperfectos por algunos bárbaros en el bar de lo que hoy es la Cruz Roja), los grandes ingresos económicos para la villa marinera y la leyenda del más importante festival musical realizado en la localidad costera priman en el recuerdo de los naturales de Laredo. Si bien con carácter general el rock fue un vehículo contracultural que contribuyó a canalizar gustos e inquietudes de una juventud que cuestionaba los valores tradicionales presentes en la sociedad española de los años sesenta y setenta, sin embargo, no hay indicios o al menos no ha quedado cierto poso de un sentir común que rememore aquel evento popular como un significado acto de ruptura contra un contexto reaccionario y retrógrado que acompañaba entonces la evolución de este país. ■

Notas

[1] García Poblet, F. **"El Heavy Metal en España, 1978-1985: fases de formación, cristalización y crecimiento"** (tesis doctoral). Madrid, 2016, p. 194.



El cañón de ‘El Cervera’ permaneció durante décadas en la plaza Rubén Darío de El Sardinero en Santander | *Desmemoriados*

Documento del mes de octubre de 2020

El cañón del Cervera: la memoria inversa

El Crucero ‘Almirante Cervera’ fue apodado ‘El Chulo del Cantábrico’ por la impunidad con la que minaba puertos o cañoneaba localidades costeras como Santander o Gijón durante la Guerra Civil

La exposición pública de uno de sus cañones trivializa el sufrimiento que causó a la población civil durante la guerra española y no puede representar la memoria colectiva de un pueblo

Paseamos por los lugares en los que habitamos, o que visitamos, y encontramos cosas, objetos, cachivaches a nuestros ojos en muchas ocasiones. Ni reparamos en ellos, ya hemos

perdido la capacidad de observar, de mirar. La prisa apenas nos deja ver. Quizá un selfie rápido, o una ráfaga de ellos más bien, que documentan nuestra visita, nuestro encuentro con esos objetos.

Algunas de esas cosas vistas, quizá solo las miradas, formarán parte de esos recuerdos que seleccionamos cuidadosamente al dormir ^[1]. Desechamos muchos, la mayoría, e hilvanamos los seleccionados a esa red propia que pretende crear una identidad o imagen de nosotros mismos.

De esta forma, la relación entre nuestra memoria y lo que nos rodea toma su importancia. El espacio y los objetos que en él se disponen interactúan con nosotros, y con los otros, por lo que podríamos pensar que también lo hacen en lo que llamamos memoria colectiva (o social, pero ahora no es lugar para el debate que bien resume David Ramos Delgado ^[2]). Ese proceso de construcción social que siempre nos tiene enredados en esta sección. Esa narrativa donde se ordenan sucesos en el tiempo y en el espacio y que cuenta con personajes: en este caso, un buque de guerra.

Y todo esto al recordar un paseo veraniego por el Museo de la Armada de Limpias, municipio y pueblo ubicado en la zona nororiental de Cantabria. Puesto que lo que allí se ve, especialmente el personaje principal, ‘El Cervera’, hace aflorar los propios recuerdos, la memoria, la historia y también hace que nos interroguemos: ¿Qué hace eso allí? ¿Qué aporta a lo colectivo? ¿Quién ha seleccionado esas piezas? ¿Qué se pretende con ello? ¿Qué se busca? ¿Puede representar a un pueblo esa selección “de armamento”? ¿Puede, en definitiva, el Parque de la Armada de Limpias, formar parte de su memoria colectiva?

Pero busquemos el principio. José Luis Casado Soto ^[3] recordaba que a lo largo del pasado siglo XX y de este XXI, el litoral cantábrico ha visto florecer instalaciones que al amparo de la idea de Patrimonio Marítimo se han ido instalando

por doquier. El Museo de la Armada Española de Limpias, de iniciativa privada asumida por su Ayuntamiento, expone desde 1993 piezas navales, como anclas, hélices, piezas de artillería naval, una mina, un torpedo, el palo principal del destructor D-62 «Gravina», etc. “Tales iniciativas generalmente son acogidas por ayuntamientos o autoridades portuarias, como parte de sus programas de promoción y desarrollo turístico...”. Al margen de la evidencia premonitoria sobre la intervención del presidente de Cantabria, Miguel Ángel Revilla (PRC), y Okuda en el Faro de Ajo (el mismo Casado Soto señalaba la inclinación generalizada de los políticos a entender la cultura como espectáculo), la cita aclara el objeto de la actuación, de muchas de ellas en realidad, alejadas de un verdadero rigor museístico con función difusora del Patrimonio Marítimo, y rescatarlo así del olvido, entre la ciudadanía y su memoria.

Ahora veamos la selección del personaje. El ‘Almirante Cervera’ fue un crucero ligero que perteneció a la Armada española. Debe su nombre a un marino que participó en la Guerra de Cuba, el almirante español Pascual Cervera y Topete. José Ramón Cervera Pery ^[4] conoce de primera mano sus características: 176 metros de eslora, un desplazamiento de 7.976 toneladas, equipado con 8 cañones y una tripulación de 560 marinos. Botado en El Ferrol el 16 de octubre de 1925 y dado de baja el 31 de agosto de 1965, tuvo un historial de servicio muy activo, en especial durante la Guerra Civil, en manos del bando franquista desde su inicio. Fue apodado ‘El Chulo del Cantábrico’ por la impunidad con la que minaba puertos o cañoneaba localidades costeras como Santander o Gijón.

Con uno de esos ocho cañones de ‘El Chulo del Cantábrico’ nos podemos cruzar al pasear por Limpias. Justo ese en el que pone «CERVERA» por si alguna duda pudiera asaltar al paseante. Ese cañoneo costero hace referencia al especial ensañamiento que con la población civil tuvo este chulo. Este buque fue capitaneado por



El cañón de ‘El Cervera’ en su ubicación actual, en el Parque de la Armada de Limpias



Salvador Moreno, activo participante en la conspiración previa a la sublevación militar y posterior golpe de estado contra la República. Más tarde ejerció como ministro de la Marina durante la dictadura franquista.

Bajo el mando de Moreno ‘El Cervera’ participó en bombardeos indiscriminados por costas cantábricas y mediterráneas: Gijón, Valencia, Barcelona, San Sebastián. Pero, además, y como hecho tristemente destacable, participó en el bombardeo de la carretera Málaga-Almería durante lo que se conoce como La desbandá: el éxodo de la población malagueña tras la caída de Málaga, en poder del ejército franquista, el 8 de febrero de 1937, sin duda uno de los episodios más dramáticos, en términos de vidas humanas, de toda la Guerra Civil, muy superior al bombardeo de Gernika (un cómic pretende salvaguardar esa memoria para los más jóvenes ^[5]).

Ahora que conocemos al personaje podemos preguntarnos por la intención de quién hizo tal selección. Porque quien decide se convierte en “emprendedor de memoria” pretende crear un relato, que a su vez incorpora de forma implícita un claro mensaje, se reinterprete o no con el tiempo. Por cierto, algún paseante

quizá repara, sin duda gracias a un flash de su memoria, que ya se había cruzado con ese mismo cañón; sí, efectivamente, en Santander, en el antiguo parque de Rubén Darío, durante 35 años apuntando/apuntalando memorias. Y es que cuando empezó a no ser defendible su presencia en la capital ^[6] todavía coleando hoy, por cierto ^[7], alguien se lo pidió para Limpias.

Y esa selección de piezas, con la ignominia que representa el cañón de ‘El Cervera’, en nada puede representar, a pesar de que lo hace, a un colectivo de habitantes, en este caso, como el de Limpias. Limpias en especial, porque a escasos metros de este desatino yace abandonado por todos, fuera de nuestra memoria, el Puerto de Limpias. Casos sobran. Casos donde el objeto de la supuesta exposición, museo, o el nombre que se le haya querido dar, enmascara, bajo el pretexto y paraguas del concepto patrimonial un objetivo de crear memoria en relación a un interés concreto, allí donde no tiene razón de ser: ni por el lugar, ni por el grupo humano que lo habita. Un interés que representa a una única persona, o a un grupo muy reducido de ellas, y que se auto-atesoran la capacidad de decidir sobre lo que el colectivo ha de recordar en su memoria, y fijar a su lugar. Esos creadores han de ser sustituidos por la participación real, plural

y activa de todas las personas que comparten el espacio, puesto que compartirán el recuerdo, y entre todas, crearán su propia memoria.

Un nuevo paseo entre los objetos expuestos en Limpias quizá ayude a pensar en la guerra, en cómo encumbramos de forma implícita los artilugios que construimos para matar a nuestros iguales, en cómo ciertos políticos

siguen decidiendo por nosotros, cómo vacían de contenido cuanto objeto o asunto cultural son capaces de alcanzar y cómo, solidariamente, podríamos hacer que otros nos conozcan por lo que somos y no por lo que otros han decidido que somos. ■

Notas

[1] Oyarzún, J. P., Joaquín Morís, J., Luque, D., de Diego-Balaguer, R.I,2,6,7 and Fuentemilla, L. **“Targeted Memory Reactivation during Sleep Adaptively Promotes the Strengthening or Weakening of Overlapping Memories”**. Journal of Neuroscience, 37(32), pp. 7748-7758 (2017)

[2] Ramos Delgado, D. **“La memoria colectiva como re-construcción: entre lo individual, la historia, el tiempo y el espacio”**. Realitas. Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes, 1 (1), pp. 37-41.

[3] Casado Soto J. L. **“Museos y centros dedicados al Patrimonio Marítimo que jalonan la costa norte de España”**. Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco, 6, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2009, pp. 41-56.

[4] Cervera Pery, J. R. **“La botadura del crucero Almirante Cervera”**. Revista de historia naval, Año n.º 20, N.º 78, 2002, pp. 99-102

[5] Redacción Aularia **“La desbandá, historia de la Guerra Civil española se hace dibujos en una historieta”**. Aularia: Revista Digital de Comunicación, Vol. 6, n.º 2, 2017, pp. 93-100

[6] El País, 18 de febrero de 2001 **“El franquismo sigue en el callejero”**. Consultado en https://elpais.com/diario/2001/02/18/espana/982450817_850215.html

[7] Consultado en <https://www.europapress.es/cantabria/noticia-santander-informa-ministerio-justicia-pasos-dados-cumplir-ley-memoria-historica-20190207190644.html>



Conferencia inaugural, a cargo del Rvdo. Francisco Odriozola, de la Semana del Evangelio en la iglesia de Santa Lucía. 14 de febrero de 1961 | Pablo Hojas Llama. Fondo Pablo Hojas. Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. R. 1477 D.396

Documento del mes de noviembre de 2020

Lo divino, lo humano y el sermón de Paco Pérez. Otras historias de 1968

¿Qué relación puede tener un trabajador despedido de una fábrica de Torrelavega con un crucifijo defenestrado en la Universidad Central (Complutense)?

La lucha por los derechos civiles en EE.UU., la guerra de Vietnam, los tanques soviéticos en Praga, el mayo francés, la masacre de la plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco en Ciudad de México... Acontecimientos de gran alcance tuvieron lugar en 1968, lo que le ha convertido en un año especialmente significativo y trascendente, cuyas reminiscencias persisten transcurrido ya más de medio siglo.

Ciñéndonos la actualidad española, los medios de comunicación escrita reflejaron

un considerable número de protestas en los ámbitos estudiantil y obrero que culminaban una fase de agitación creciente originada hacia la mitad de la década. Al año siguiente, los disturbios que siguieron a la muerte del estudiante Enrique Ruano llevarían al régimen franquista a declarar el estado de excepción.

El suceso que da pie a este texto tuvo lugar a comienzos de 1968; lo anticipábamos en el documento del mes de mayo de 2020 sobre Vicente Puchol y la diócesis de Santander.

¿Qué provocó algo tan poco habitual como que un feligrés interrumpiera un sermón para cuestionar su contenido? El domingo, 28 de enero, una homilía del entonces sacerdote Francisco Pérez Gutiérrez (Guriezo, 1929 - Madrid, 2017), conocido popularmente como Paco Pérez, alcanzaba notoriedad mucho más allá de los muros de la iglesia de Santa Lucía, donde tuvo lugar e, incluso, de la ciudad. Desde *La Vanguardia* y variados medios de provincias, hasta *Mundo Obrero*, la prensa hizo referencias más o menos directas a lo ocurrido en una iglesia del ensanche burgués santanderino.

Sobre el incidente contamos con referencias en diarios, documentos orales y hasta un breve comentario que hace el propio Paco Pérez en su libro de memorias *‘Adiós a las almas’*^[1]. Según se recoge en una amplia nota de la Agencia “Europa Press”, publicada en El Diario Montañés^[2], la homilía fue grabada en una cinta magnetofónica por algún asistente a la misa y posteriormente transcrita y difundida por la ciudad en unas hojas que llamaban a una campaña contra los enemigos de España, firmadas por una autodenominada “Organización Antimarxista Santanderina” católica española (OAS)^[3], guiño manifiesto a correligionarios franceses. De hecho, la nota de Europa Press se apoya en ese texto y lo reproduce -en buena parte- literalmente. Lo sucedido puede resumirse a modo de una representación en tres actos:

-1º. El sacerdote expone y compara dos hechos de distinta naturaleza y, a continuación, con relación a uno de ellos, advierte de la existencia de una actitud farisea que es fuente de ateísmo en la España del momento (planteamiento).

-2º. Un asistente a la misa interrumpe la plática, discrepa abiertamente de la valoración expuesta; el oficiante le invita a expresarse desde el púlpito para que pueda ser oído por los allí congregados; el interpelante declina la oferta y descalifica lo expuesto por el religioso por mitin político y socialista; momentos de desconcierto; vanse del templo algunas -pocas- personas airadas (nudo).

-3º. El celebrante recapitula sobre lo sucedido, lo valora apoyándose en el Evangelio y en padres de la Iglesia, como San Agustín, e invita a la reflexión (desenlace).

Los acontecimientos aludidos en la prédica habían ocurrido ese mismo mes de enero: el despido de un trabajador de la fábrica de SNIACE, ubicada en Torrelavega, y el lanzamiento por la ventana del crucifijo que presidía el aula 217 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid (la actual Complutense) contra la policía.

El 30 de noviembre de 1967 la Delegación Provincial de Trabajo de Santander emitía un escrito en el que se desestimaba la tramitación de expediente de crisis por la empresa SNIACE de Torrelavega en el que se pretendía el despido de 235 trabajadores por no concurrir las causas necesarias para el mismo. Dicha información fue remitida a la prensa provincial por Manuel González Morante, perito industrial de la empresa, siendo publicada por el Diario Montañés el 9 de enero de 1968. Al día siguiente, el mismo medio publicaba una carta aclaratoria del Director de la factoría, Antonio Mira, en la que, con la supuesta intención de precisar que propiamente no se trataba de un expediente de crisis (tal y como recogía al pie de la letra la resolución del organismo oficial), sino de un expediente de reducción de plantilla, cuestionaba la licitud y prudencia de la divulgación del dictamen. En disconformidad con el fallo, la sociedad papelera recurrió a la Dirección General de Trabajo que, a finales del mes de febrero, corroboraría la resolución^[4]. Tras serle abierto expediente con suspensión de empleo y sueldo, González Morante era formalmente despedido el día 15 bajo la acusación de “deslealtad y graves faltas de consideración para la empresa” y “no ajustarse a la verdad” en lo publicado en el Diario Montañés.

El viernes, 26 de enero, Manuel López Coterillo, histórico militante comunista, se preguntaba en una carta remitida al Diario Montañés si el Consejo Provincial Sindical de Trabajadores,

cuyo presidente, Francisco Torralbo Expósito, se jactaba de haber conseguido la anulación del expediente de crisis de SNIACE^[5], iba a permitir que González Morante perdiera su empleo a cambio de una pequeña indemnización.

Así las cosas, González Morante presentó una demanda ante la Magistratura de Trabajo de Santander por despido injustificado, solicitando su readmisión. En vísperas de la celebración del juicio, la agencia de noticias Fiel difundió el 8 de febrero la existencia de “un plante de comedores en la factoría de Sniace en Torrelavega y otros plantes similares en solidaridad... en otras fábricas de esta ciudad para protestar por el despido de don Manuel González Morante”. El Jurado de Empresa (órgano compuesto por la dirección y una representación de los grupos profesionales que componían la plantilla) se apresuró a desmentir dicha información^[6].

Con gran expectación y afluencia masiva de público, el juicio se celebraba el 12 de febrero. González Morante rechazó una oferta previa de indemnización asociada al despido presentada por la dirección de SNIACE. La parte demandante, ejercida por el conocido abogado Mario García Oliva, mantuvo la tesis de improcedencia del despido por no concurrir ninguna animosidad contra la empresa, sino únicamente interés por divulgar una información trascendente, y la consiguiente readmisión. La postura de la fábrica se centró en la deslealtad y falta de consideración hacia la dirección, admitiendo, no obstante, un desempeño ejemplar del técnico en su trabajo. Una vez que el juicio quedó visto para sentencia, las personas congregadas en la zona de la calle Castelar, junto a Magistratura de Trabajo (según El Diario Montañés, compañeros de SNIACE y de otras fábricas, fundamentalmente, y “media docena de sacerdotes”) que totalizaban algunos centenares, según el mismo medio^[7], o unas cincuenta, según *Alerta*^[8], marcharon pacíficamente hasta la Plaza de los Remedios, al lado de la sede de la Delegación Provincial de Sindicatos, donde, a requerimiento de la Policía Armada, se disolvieron. Como único incidente

reseñable, las ruedas del automóvil que traslado a González Morante hasta Magistratura aparecieron acuchilladas^[9].

La sentencia se hizo pública el 1 de marzo. El despido se declaraba improcedente puesto que no concurrían los supuestos de desobediencia ni deslealtad aducidos por la empresa; además desvinculaba un supuesto ánimo de producir descrédito a la compañía del hecho de la difusión del dictamen de la Delegación Provincial de Trabajo de Santander sobre la pretensión de SNIACE de despedir a 235 obreros. La papelera era condenada a la readmisión o al pago de una indemnización fijada por el juez, debiendo ser el trabajador quien eligiera la opción que considerará más adecuada.

Manuel González Morante no volvió a trabajar en SNIACE, la dirección se negó rotundamente a su readmisión argumentando que, habida cuenta de su categoría laboral y funciones (técnico -perito industrial- y jefe de sección), su puesto era asimilable a personal de confianza, atributo que consideraba quebrantado. Antonio Mira, director de la empresa, era un entusiasta del cine (presidía el jurado de un Certamen de Cine Amateur, “Gran Premio SNIACE”); quizá una cierta interpretación de “La ley del silencio” (Elia Kazan, 1954) fuera fuente de inspiración de su modelo de relaciones laborales.

El otro suceso aludido en el sermón, el lanzamiento del crucifijo por la ventana, tuvo lugar el sábado, 20 de enero en la Universidad Complutense. A modo de introducción y contexto puede afirmarse que a partir de 1956 el colectivo universitario venía dando muestras de un mayor grado de oposición al régimen franquista, en la segunda mitad de los años 60 las movilizaciones alcanzaron un notable grado de intensidad. La posición autoritaria del régimen, la inadaptación manifiesta de la institución universitaria a los tiempos y las demandas crecientes de libertad confluyeron en un escenario abierto de confrontación y revueltas.



Noticia del fallo de Magistratura publicada en la portada de El Diario Montañés, el 2 de marzo de 1968

La mañana del incidente tenía lugar una asamblea de estudiantes en el vestíbulo de la facultad de Filosofía y Letras. El primer trimestre del curso académico 1967-68 ya había finalizado con huelgas, disturbios con la policía armada, detenciones, expedientes, etc. dentro de una espiral movilización-represión. A la vuelta de las vacaciones navideñas, la tensión y los altercados continuaron. En esta dinámica, la mañana del

sábado, 20 de enero, se celebraba una asamblea de estudiantes en el vestíbulo de la facultad de Filosofía y Letras.

La policía armada hizo acto de presencia y exhortó la disolución de los presentes; comenzaron los enfrentamientos: mangueras de agua teñida, carreras, lanzamiento de mobiliario y objetos desde la segunda y tercera planta... En plena refriega un alumno descolgó el crucifijo del aula 217 y lo arrojó por la ventana contra la policía. La prensa dio la noticia al día siguiente.

Los sectores más incondicionales del nacionalcatolicismo reaccionaron promoviendo una campaña de misas de desagravio ante lo que juzgaban como un acto sacrílego, pero ni siquiera dentro de la propia iglesia española la respuesta fue unánime, ya que, por ejemplo, el rector de la iglesia de la Ciudad Universitaria de Madrid no permitió que se celebrara allí ningún oficio al respecto, teniendo este que trasladarse a la de San Francisco el Grande. Igualmente, el Arzobispado de Barcelona desautorizó la celebración de un acto previsto en la parroquia de San Agustín.

La autoría de la defenestración del cristo corresponde, según confesión propia, a Antonio Pérez, miembro de un heterogéneo grupo de estudiantes conocidos como los ácratas, que fueron los agitadores más significados de los disturbios que tuvieron lugar en el campus madrileño en los cursos 1967 y 68. La facultad fue temporalmente clausurada; se practicaron detenciones y los activistas más destacados fueron detenidos, juzgados y condenados con severidad extrema^[10].

Retomando el incidente promotor de este artículo, volvemos ahora la mirada sobre quién o quiénes fueron las personas que interrumpieron la homilía. Paco Pérez en sus memorias señala que “fui interpelado ásperamente por dos ‘falangistas’ que, por cierto, no estaba muy claro que pintaban allí, como no fueran espías o para tener algo de qué protestar...”. Más concreto, *Arriba*, diario oficial del régimen franquista,

relataba que “Entonces, uno de los fieles, el señor Solar Espiauba, cuyos padres fueron asesinados durante la guerra, corto la plática, diciendo que él levantaba la voz para protestar por ese horrendo, y añadió que él había ido a la iglesia a escuchar el Evangelio, no a un mitin revolucionario socialista” [11]. La identificación, aunque no es correcta del todo, facilita una búsqueda más refinada y nos lleva hasta una necrológica publicada en ABC, el 9 de mayo de 2013: “José Manuel Soler-Espiauba y Mirones nació el 24 de marzo de 1936 en Cartagena y ha muerto el 6 de mayo de 2013 en Madrid. Vivió casi toda su vida en Santander, donde era conocida su militancia carlista de la línea más tradicionalista y afín a las ideas de monseñor Marcel Lefebvre... fue un apasionado defensor de la tradición católica anterior al Concilio Vaticano II. Escribió extensamente contra los cambios que representó aquel momento de inflexión en la vida de la Iglesia Católica y contra los que siguieron después.”

Así pues, el enojo que generó Paco Pérez con su homilía radicó no sólo en situar en una misma escala el lanzamiento del crucifijo y el despido ilícito de un trabajador, sino, yendo más lejos, en afirmar que, conforme a su interpretación del Evangelio, había mayor gravedad en el acto injusto que en el irreverente. Tal y como lo expresó en dicha homilía:

“Si nos duele, si nos hiere profundamente, si nos escandaliza un acto irreverente hacia una imagen de Cristo, ¿no debería escandalizarnos, herirnos muchísimo más, este hecho que la prensa también nos comunica estos días: la expulsión, injusta según la prensa, de un trabajador de una cierta empresa muy cerca de nosotros, aquí en la provincia de Santander?... ¿Dónde está Cristo presente con más realidad, en su imagen inanimada, pura señal, pura imagen, o en una persona?...

Si ante esto último, un hermano injustamente perjudicado, no reaccionamos y sí en cambio ante lo primero, ¿esto no es un contrasentido?”

De fondo, se perfilan con nitidez dos tendencias que convivían en la iglesia española del momento: una acorde con los valores de renovación emanados del Concilio Vaticano II y otra frontalmente contraria al aperturismo, inmovilista.

El día después del episodio, la autoridad eclesiástica, percibiendo la trascendencia de lo ocurrido, se dirigió al oficiante, según revela el propio Paco Pérez en su libro de memorias ^[12].

“Se me acercó para hacerme notar que ‘había que tener cuidado con lo que se decía’... (!) Precisamente por ello, había dicho yo lo que dije, sin hacer caso del consejo que me había dado en cierta ocasión un prócer católico: había que decir las cosas sin que nadie pudiera darse por aludido; para lo cual, le respondí yo, no merecía la pena abrir la boca.”

A modo de epílogo añadimos unos fragmentos del texto leído por Avelino Seco Muñoz, sacerdote ordenado en 1965, en el acto de *Homenaje a Paco Pérez*, celebrado en el Ateneo de Santander el 21 de julio de 2017:

“Paco Pérez era una persona emblemática para un número significativo de curas, fundamentalmente jóvenes, que queríamos estar abiertos a una cultura humanista, una cultura que dejase atrás el juramento antimodernista, que oficialmente, todavía, se seguía haciendo.

Su nombre, junto al de Ángel Alonso, aparecían con frecuencia unidos, haciendo un dúo con una música que a nosotros, curas jóvenes, nos sonaba bien. Eran curas prestigiosos, cultos y prototipos de una nueva manera de ser sacerdotes, en la que era posible compaginar, en una misma persona, espiritualidad y cultura, lecturas de los salmos y, a la vez, de Bernanos, Ortega o Sartre.

Paco tuvo mucha influencia en jóvenes de la década de los sesenta, jóvenes que buscaban la unión vital entre ser modernos y creyentes. Era un acompañante espiritual y cultural de muchos jóvenes, algunos del seminario, donde

él daba clase y otros de los ambientes inquietos de Santander, que buscaban su orientación. Él no era un prototipo de los que patean mucho la calle, eso ya lo hacía el también fallecido Cesar de la Campa. En Paco buscaban contacto sabio y respetuoso muchas personas con necesidad de oxígeno humano y cultural, en una sociedad que quería mantenerse con las ventanas cerradas.

Fue muy importante la década de los sesenta, época esperanzada y en búsqueda de nuevos planteamientos de vida; época que, a nivel eclesial, hizo posible un Concilio abierto a los nuevos tiempos y, después, la vivencia de unos años de ebullición y cierta ingenuidad en la etapa postconciliar recién nacida. Época de gran auge del clero inquieto de Santander, temido en ámbitos conservadores de toda España. Coincidió Paco con algún otro cura muy significativo, como Miguel Bravo, también sabio, pero menos académico y cercano al mundo obrero y a movimientos sociales de izquierdas.

Una homilía de nuestro recordado Paco, pronunciada en la parroquia de Santa Lucía, mostró a las claras su humanismo cristiano y

su capacidad de sacar consecuencias a pasajes claves del evangelio, como el que nos recuerda “cada vez que hacéis algo a uno de estos a mí me lo hacéis” (Mateo)

Se había tirado un crucifijo por la ventana de la facultad de Filosofía de Madrid, había habido fuertes represiones y la prensa franquista había puesto el grito en el cielo. Paco Pérez recuerda y advierte, en su homilía de la misa de doce, que, cuando maltratamos o tiramos a cualquier persona por los suelos, estamos maltratando a Jesucristo y esto nos deja indiferentes y hasta aprobamos, mientras que clamamos con gran escándalo ante un signo de Cristo, pero de madera, que no se respeta y se tira.

Los ecos de esta homilía llegaron inmediatamente a los ámbitos políticos y religiosos como una gran provocación, muy preocupados por la postura que unos sectores minoritarios, pero muy pujantes de la Iglesia, iban tomando, dejando sin cobertura moral los desmanes de un régimen franquista que se agrietaba y comenzaba a estar seriamente preocupado por la actitud de ciertos sectores de la Iglesia.”

Notas

[1] Pérez Gutiérrez, F. (2012) **“Adiós a las almas”**. Santander. Ediciones La Bahía

[2] El Diario Montañés, 3 de febrero de 1968

[3] **“En torno a un crucifijo”** El Ciervo, vol. 17, no. 169, 1968, pp. 10-11

[4] El Diario Montañés, 25 de febrero de 1968

[5] El Diario Montañés, 21 de enero de 1968

[6] El Diario Montañés, 11 de febrero de 1968

[7] El Diario Montañés, 13 de febrero de 1968

[8] Alerta, 13 de febrero de 1968

[9] El Diario Montañés, 15 de febrero de 1968

[10] Una crónica detallada de aquellos sucesos y sus consecuencias puede leerse en Amorós, M. (2014) **“1968 El año sublime de la acracia”**. Bilbao. Muturreko burutazioak

[11] Arriba, 31 de enero de 1968

[12] Pérez Gutiérrez, F. **Op. cit.** pp. 263-264

¿Dónde está Cristo?

Homilía predicada por el reverendo don Francisco Pérez Gutiérrez en la Parroquia de Santa Lucía de Santander, el domingo, 28 de enero de 1968, en la misa de doce, y que fue interrumpida

Falta en el texto el comienzo de la homilía, en el que se partía de los textos evangélicos: ¿Quién es este hombre? Los signos evangélicos son signos que valieron para los discípulos y para nosotros en la medida en que creemos. Pero, ¿qué signos dar a los que no creen todavía? Sólo uno, según el mismo Cristo: en esto conocerán..., etc.

...Yo quiero aludir ahora a un contrasentido; a algunos puede ser que les moleste, pero cuando una cosa nos molesta no quiere decir que este forzosamente equivocada. En estos días ha habido una repercusión muy honda, que probablemente ha sido la que tiene que ser, respecto a un hecho. Ha sido el acto aparentemente irreverente, por lo menos así lo interpretamos los creyentes, de arrojar, de destruir una imagen religiosa. Probablemente la repercusión ante este hecho ha sido la que tiene que ser. Bien, pero ¿es la repercusión la que tiene que ser, ante otros hechos que sin embargo no la provocan? Si nos duele, si nos hiere profundamente, si nos escandaliza un acto irreverente hacia una imagen de Cristo, ¿no debería escandalizarnos, herirnos muchísimo más, este hecho que la prensa también nos comunica estos días: la expulsión, injusta según la prensa, de un trabajador de una cierta empresa muy cerca de nosotros, aquí en la provincia de Santander? Si el primer hecho nos duele, ¿no debería dolemos el segundo mucho más? ¿Dónde está Cristo presente con más realidad, en su imagen inanimada, pura señal, pura imagen, o en una persona? Los cristianos, ¿qué tenemos por más sagrado, la imagen de Cristo que rodeamos de devoción, o a Cristo mismo presente en el hombre, en una persona, en un hermano? Si ante esto último, un hermano injustamente perjudicado, no reaccionamos y sí en cambio ante lo primero, ¿esto no es un contrasentido? ¿En nuestra Fe no está ocurriendo algo

que no debería ocurrir? ¿Cómo es posible que una cosa nos llene de inquietud y en el otro caso, aun en el supuesto de que fuera un caso aislado, un único caso, no nos impresione, permanezcamos indiferentes? ¿Y si este caso lo aumentamos por todas las personas sin trabajo, por todas las personas injustamente tratadas, por todo lo que es el mal, el sufrimiento en el mundo, esta realidad tan tremenda, entonces ¿qué ocurre con nuestro ser? ¿Qué pasa con nosotros? Al reaccionar de esta manera ¿no estamos creando ateísmo en nuestro alrededor? ¿No estamos haciendo que muchos se sientan totalmente alejados de una Iglesia r de una Fe que se toma más en serio una imagen inerte, por respetable que sea, que una persona, de la que Cristo ha dicho «lo que hagáis con él lo hacéis connmigo?» En el Evangelio no se habla para nada de las imágenes inertes; entre otras cosas, porque los judíos no las tenían, no admitían ninguna representación material de Dios y tardó mucho tiempo en haber imágenes de Cristo. Cristo no habló nunca de esas imágenes, pero Cristo dijo: lo que hacéis con los demás lo hacéis connmigo. Entonces, Cristo ¿dónde está? ¿Dónde está Cristo? Recordemos de nuevo lo que dice San Pablo. Cualquier mandamiento se resume en esta regla: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Si nos tomamos en serio nuestra Fe, esto se notará en algo, por lo menos en esto, en que esto nos lleve a exponernos por los demás. ¡Nadie quiere exponerse por nadie! ¡Nadie quiere perder nada de lo que tiene! Ni su dinero, ni su tiempo, ni su tranquilidad y, sin embargo, Cristo ha dicho: el amor consiste en dar la vida por los que se quiere, por los que se ama. ¿Cómo vamos a estar dispuestos a dar la vida si muchas veces, habitualmente, no estamos dispuestos a dar la cara, que es mucho menos que la vida? Entonces, ¿cómo podemos llevar la mirada levantada y aceptar y presentarnos como cristianos y decir que somos cristianos y sostener la farsa de que en España todos somos cristianos? Hay tantos cristianos que no se encuentra ninguno por ninguna parte; unos nos refugiamos entre otros y las cosas siguen girando a nuestro alrededor y sigue habiendo injusticias y sigue habiendo tantas cosas como hay, y ¿dónde estamos los cristianos para salir a la defensa

de Cristo, de Cristo ultrajado, de Cristo perseguido, de Cristo olvidado? Porque a veces la forma peor del desamor no es el odio, no es el ultraje, no es la injusticia, es simplemente el olvido, es simplemente la indiferencia: los demás no significan nada para nosotros. No puede haber otro tema de reflexión, cuando celebramos la Eucaristía, que éste. Es curioso que cuando tocamos estos problemas reales y concretos que dejan al descubierto nuestra falta de Fe a veces se nos acusa de que hacemos política. ¿Entonces el Evangelio es lo mismo que la música celestial? ¿Entonces el anuncio del Evangelio consiste en decir cosas que a nadie le interesan, que a nadie impresionan, que a nadie le hacen darse por aludido y que a todos nos siguen permitiendo tenernos por buenos? La definición del fariseísmo que da el Evangelio es tenerse por buenos y despreciar a los demás, y despreciar a los demás es no quererse preocupar por ellos, no querer saber nada de lo que pasa a nuestro alrededor. Esta es la fuente responsable, culpable para nosotros, esta es la fuente del ateísmo, del ateísmo que hay a nuestro alrededor. España, una comunidad cristiana, está preparándose un futuro de ateismo; unas generaciones jóvenes totalmente, en gran parte, en muy notable parte alejadas de Dios, de Cristo y de la Iglesia, y la culpa no la busquemos fuera de nosotros, está en nuestros contrasentidos, en nuestras contradicciones, en tomarnos en serio, más en serio una imagen de Cristo que a Cristo mismo presente en nuestros hermanos. Esto es así, si nos molesta y si nos escuece y si nos hace perder el sueño y sentirnos fastidiados a lo mejor hemos conseguido algo, a lo mejor hemos conseguido al menos...

En ese momento -según relato de la agencia a «Europa Press»- un asistente interrumpe al sacerdote para decir: o Bueno, padre; en la casa de Dios usted dice que nadie da la cara; yo, como cristiano, como parte de la Iglesia, voy a darla. El tirar un crucifijo es un sacrilegio. Echar a un obrero, o echar a un dependiente, o a un funcionario, puede ser justo o injusto. Yo, como cristiano, no me gusta oír hablar tan despreciativamente y sin dar ninguna

importancia al hecho horroroso de profanar la imagen de Dios, el crucifijo de Cristo». El sacerdote ruega a su interlocutor que suba a su lado para que todo el mundo le oiga bien. «Yo -responde el interlocutor- me oigo bien. Hemos venido a casa de Dios para escuchar la palabra de Dios, no para oír un mitin político y socialista.»

Las observaciones que ustedes han visto creo que son muy dignas de que todas las personas mediten sobre ellas. Aquí estamos para decir la verdad de Cristo. Si usted considera que esto no es interpretar la palabra de Dios^[1], aquellas personas que piensen que lo que yo he dicho no interpreta adecuadamente las palabras del Evangelio están en su derecho y en su deber para no aceptarlas. Yo no soy infalible ni nadie lo es, pero las palabras de Cristo son éstas. Yo he pensado que ser sacerdote es tomarse en serio el Evangelio y decir que el mal está allí donde creemos que está. Si somos cristianos, si estamos dispuestos a amar a todos, también a nuestros enemigos, también a los no están de acuerdo con nosotros, también a los que piensan de otra manera, esto nos obliga a todos a pensar muy de verdad si nuestra Fe se puede tomar en serio o no, si nuestra Fe se encarna en nuestras palabras o no. Las personas que están en desacuerdo con lo que yo he dicho no podrán impedir una cosa: que yo las siga amando y pensando que son hermanos míos. Desearía que ellas también se tuvieran por hermanas mías y reflexionáramos todos en común si estamos siendo fieles al amor de Cristo o no. Lo que hacéis con los demás lo hacéis connmigo, y esta frase no tiene vuelta de hoja. Piensen todos sobre esto, pensemos sobre esto; somos cristianos si admitimos esto y no lo somos si no lo admitimos. San Agustín dijo, y con eso concluyo: «Tiene que haber en lo necesario, unidad; en lo discutible, libertad, y en todo, caridad».

[1] Lo dice a un señor que todavía sigue hablando.

Sermón extractado del artículo “En torno a un crucifijo” Revista *El Ciervo*, vol. 17, n.º 169, 1968, pp. 10-11. ■



Foto familiar de Ana M.ª González (con su hija en brazos) en la puerta de su casa en los años 50.

Documento del mes de diciembre de 2020

Huyendo del miedo. Los refugiados del norte de Palencia en Cantabria durante la Guerra Civil

El miedo a la represión empujó a cientos de palentinos a buscar refugio en Cantabria. El trato a los refugiados mostró lo mejor y lo peor de la condición humana

Entre las trágicas consecuencias provocadas por las guerras, la existencia de refugiados, sin duda, es una de las más habituales y, sin embargo, casi siempre de las menos conocidas.

La Guerra Civil española no fue una excepción. La sublevación militar y la posterior división del territorio entre leales a la República y sublevados empujó a miles de personas,

especialmente mujeres, niños, viejos y enfermos fuera de sus hogares en la búsqueda de un lugar seguro donde vivir, padeciendo múltiples penalidades, pero encontrando en muchos casos el cariño y la solidaridad de la población de los lugares de acogida.

En la antigua provincia de Santander, el fenómeno de mayor magnitud se registró en el verano de 1937 con motivo de la ofensiva del bando franquista sobre el cinturón de hierro de Bilbao, que provocó la afluencia, según las estimaciones más recientes, de unas 160.000 personas.

La Huida

Aunque con una dimensión mucho menor, desde finales de julio de 1936 centenares de personas de las comarcas mineras del norte de Palencia se vieron empujadas a atravesar los montes que marcaban la línea del frente, huyendo de la zona franquista en la que se encontraba la provincia castellana hacia el norte, en busca de refugio. Es la historia de una gran tragedia y, al mismo tiempo, de un gran acto de solidaridad.

El alcance, lo temprano del éxodo y otros factores, como el aislamiento en el que había quedado la zona republicana en el norte peninsular, pusieron a prueba los escasos recursos de que disponían las autoridades para poder dar una respuesta apropiada, por lo que tuvieron que apoyarse en los ayuntamientos y las organizaciones del Frente Popular. Esto pone de relieve, además, la importancia que la iniciativa individual (libre o impuesta) tuvo para la satisfacción de las necesidades de los refugiados en esos momentos.

La Guerra Civil se inició en los pueblos mineros palentinos sin que, contra lo que pudiera presuponerse habida cuenta la composición social y política de la población de la zona, se produjera una gran reacción a la toma del control por parte de la Guardia Civil y de fuerzas de Falange Española, observando una actitud

a lo sumo expectante, como sostiene Wifredo Román, debido muy posiblemente al hecho de conservarse vivos los recuerdos de la represión ejercida para sofocar la intentona revolucionaria de octubre de 1934, que tanta intensidad tuvo en la zona, especialmente en las localidades de Guardo y Barruelo de Santullán.^[1]

Enseguida de conocerse el levantamiento comenzaron las huidas al monte buscando seguridad; como atestigua Ana María González Vielba, vecina de San Cebrián de Mudá (Palencia):

“Mi padre y otros tres marcharon antes que nosotros por el monte, porque ya iban a venir a por ellos. Y por el monte escondidos hasta Santander...”

Poco tiempo después fueron mujeres y niños quienes abandonaron sus casas:

“Marchamos escondidas por el monte, andábamos bastante trozo y -¡Ay mamá que me canso! -¡Y yo también hija! Mi madre iba con la tripa llena, que al poco de estar en Santander nacieron las mellizas. Y donde había los chozos por la noche, allí nos quedábamos a dormir. Iba una señora con nosotros que se le llamaban Farragusa... Ellas [su madre y la Farragusa] estuvieron hablando de que nos van a matar... -pues bueno, mañana prepara las cosas que marchamos”.

Un número importante de personas, especialmente procedentes de los distintos pueblos del Valle de Santullán, encontró refugio en Reinosa y Santander, aunque también en algunas otras localidades cántabras. La presencia de los refugiados palentinos no pasó desapercibida para la prensa de la Provincia que dio cuenta de ello desde muy pronto:

“Acaba de llegar una familia huyendo de Barruelo. Ha sido puesta a disposición del delegado gubernativo, Señor Vega Trápaga, que ha dispuesto el inmediato alojamiento en el Colegio Cántabro [fundado por los

Agustinos y ubicado frente al Hospital Marqués de Valdecilla, al lado de la Ciudad Jardín] requisado por el Gobierno para albergar a los hijos de los milicianos armados.” [2]

En otro apartado del diario se extiende la narración de la llegada de esta familia bajo el titular “La ocupación de Barruelo: Las familias de los que están en el frente no tienen qué comer, y huyen ocho mujeres con sus hijos hasta Reinosa, atravesando de noche la sierra.”

La llegada de refugiados se fue acelerando con el paso de los días. Desde Reinosa, lugar de confluencia de los huidos, una parte de ellos se trasladaban a Santander y a otras localidades por cuestiones de intendencia, dada la necesidad de aliviar la presión asistencial que soportaba la capital campurriana. Los periódicos iban dando cuenta de estas llegadas. La edición de *El Cantábrico* de 31 de julio anunciaba la venida, ese mismo día, de una expedición de 350 obreros procedentes de Reinosa para ser alojados por familias obreras en Santander. Al día siguiente se reproducía una noticia en la que se precisaba la llegada de 222 mineros con sus familias, que venían huyendo de Barruelo y que fueron trasladados al hipódromo de Bellavista como lugar de acogida. La noticia incluye detalles del traslado y de las actividades lúdicas que se habían preparado para ellos.

Igualmente, pronto aparece alguna muestra de reconocimiento, como se aprecia en una carta remitida a la prensa en la que se agradece la acogida a los pueblos de Reinosa y alrededores y que acaba con estas palabras “¡Pueblos de la Montaña toda! Los mineros palentinos os quedan grata y cordialmente agradecidos por la hospitalidad que sin regateos y con toda clase de sacrificios habéis sabido dispensarlos.” [3]

La Estancia

La acogida de refugiados supuso un desafío organizativo considerable. Los lugares habilitados para tal fin fueron, en un principio,

el Colegio Cántabro, convertido en centro para hijos de combatientes que también albergó a algunos de ellos, el hipódromo de Bellavista, en el Sardinero, cuando la llegada se hizo mayor, el seminario de Corbán y el edificio del convento de Las Salesas, que permanece en el recuerdo de muchos de ellos. Raquel Fernández Macho, vecina de Castrejón de la Peña (Palencia), dice:

“Yo nací en Santander, la razón fue esa [la huida de Barruelo y refugio en Santander de su familia] ...nací en Corbán. Les he oído decir que yo nací en Corbán y que en Las Salesas habían vivido.”

Ana María González relata cómo encontraron alojamiento una vez en Santander:

“Pues preguntando mi madre que donde habría algo para recoger y pilló con una señora mayor, muy maja y la dijo -pues ustedes vayan a tal sitio que hay un colegio que llaman Las Salesas que ya hay más gente allí; vayan que allí les dan de comer y cama. Pues allí fuimos.”

La estancia de los refugiados dio lugar a una gran ola de solidaridad, siendo frecuentes los anuncios de actos para recaudar fondos, así como la celebración de colectas y donativos. Las organizaciones políticas canalizaron parte de estos actos por toda la Provincia. Por otra parte, hay que reseñar que los mineros de Barruelo contribuirían a la construcción de la red de refugios antiaéreos de la ciudad de Santander.

El 11 de agosto de 1936 se informaba de que el seminario de Corbán pasaba a ser ocupado por los refugiados de Barruelo. Menos de un mes había pasado desde el estallido de la Guerra Civil.

La organización del socorro para refugiados e hijos de combatientes se centralizó en estos lugares concretos, pero sin duda fue el Colegio Cántabro, convertido en casa refugio, el que mayor nivel de desarrollo organizativo adquirió. La prensa lo ilustró profusamente:



“Las grandes obras sociales: la casa refugio para los niños de los milicianos. Nuestra “Natacha” es esa profesora rubia, guapa, esbelta, graciosa... que se llama Carmen Aldecoa... Los niños de la casa refugio son más de 200 sin contar los de Barruelo y otras localidades donde los padres han tenido que huir por miedo a los facciosos...” [4]

Como ya hemos anticipado, fuera de Santander también se habilitaron distintos espacios de acogida. Torrelavega recibió, a principios de agosto, a diez mujeres y unos setenta niños “huidos de Barruelo, Guardo y otros pueblos de la provincia de Palencia” [5]. En Solares se dispuso su balneario, en el que en septiembre residían ya más de 20 niños y sus familias. Igualmente, el alojamiento en familias también fue un recurso habitual. En este mismo núcleo de Solares, el Frente Popular “se encargó de proporcionar alojamiento decoroso en casa de personas pudientes y, algunos vecinos que voluntariamente han recogido algunos niños. La misma pauta se siguió en Cabezón de la Sal, donde un contingente unos 300 obreros fue distribuido “entre las familias más acomodadas de la localidad”. O en Comillas, donde dicha organización propició “la colocación y asistencia

de setenta vecinos de Barruelo acogidos en ésta, y los que el vecindario de Comillas... colma de atenciones, en especial a los niños...” [6]

Ana María González vivió con una familia de Arnüero:

“A nosotras nos recogieron en Arnüero una familia que no tenía hijos. Tenían un hermano soltero... allí supe comer el pan de borona. Cuando salió mi madre de la maternidad nos marchamos al pueblo. Nos dijeron, no te marches que esos son capaces de mataros todavía. Una mujer nos quería comprar a mi hermana y a mi... ni por todo el oro del mundo vendo a mis hijas”.

El Retorno

Tras la caída de Santander, la vuelta al hogar fue inevitable y con ella la exposición a la represión que de manera inhumana ejercieron las nuevas autoridades. Desgraciadamente, una parte de la población asistió a estos actos con pasividad debido al miedo, a la indiferencia o a la complicidad buscando, en algunos casos, sacar partido de la nueva situación. Los testimonios sobre el regreso son coincidentes y desoladores.

autoridades ponía el acento en la diferencia entre el antes y después, entre la vieja “mentira” republicana y la nueva “verdad” franquista que abría magnánimamente los brazos a los que regresaban.

“Existió, además otro problema para las autoridades de Barruelo, cual fue el de haberse evadido a la zona Roja gran número de cabezas de familia dejando a sus familiares en el mayor desamparo.... Pero las autoridades de la España Nacional no han dejado ni un momento de velar porque se cumpliesen aquellas históricas palabras del Caudillo de que “ningún hogar sin lumbre y ningún español sin pan...”^[8]

Siguiendo la información publicada en *El Día de Palencia*, la asistencia fue canalizada inicialmente por una Junta Local que, sufragada con aportaciones particulares, elaboró un registro con las personas debían recibir la ayuda. En diciembre de 1937 dicha labor pasó a depender de Auxilio Social, institución de beneficencia creada algo más de un año antes dentro de la organización del estado franquista. La misma noticia refiere que “El número de personas socorridas hasta la liberación de Asturias [finales de octubre] sobrepasó al de 1.200; desde entonces, y con el reintegro de familias evadidas, esta cantidad se elevó a 3.270, creando un problema de seria magnitud...”.

Pero la magnitud del problema sería mucho más mezquina. El recuerdo de las personas retornadas apunta a que frente a las muestras



Fotografía publicada en El Cantábrico el 4 de septiembre de 1936.

de solidaridad que acompañaron su estancia en la tierra de acogida, la vuelta al hogar supuso, en muchos casos, todo lo contrario: la venganza dentro de un escenario donde no había espacio para nada más que el desprecio, el abuso y el ajuste de cuentas con los perdedores, muchos de los cuales no tuvieron otra responsabilidad que la de ser hijos de obreros simpatizantes de la izquierda.

En las cuencas mineras palentinas este estado de cosas duró lo que el interés de las élites políticas y económicas dispusieron, siendo la urgencia de la vuelta al trabajo en las minas y la necesidad de obreros conocedores del oficio lo que precipitó una cierta calma y el relajamiento de estos actos execrables. Sin embargo, los recuerdos de estos hechos han perdurado en la memoria de los que lo vivieron siendo niños de forma permanente. La solidaridad y la crueldad como dos caras del comportamiento humano en toda su amplitud. ■

Notas

[1] Román Ibáñez, W. (2017) “*Combate en la montaña. El frente de Palencia y Cantabria en la Guerra Civil (julio de 1936 - febrero de 1937)*” Aruz Ediciones. Palencia. Pág. 128

[2] El Cantábrico, 30 de julio de 1936)

[3] El Cantábrico, 1 de agosto de 1936)

[4] El Cantábrico, 12 de agosto de 1936

[5] El Cantábrico, 5 de agosto de 1936

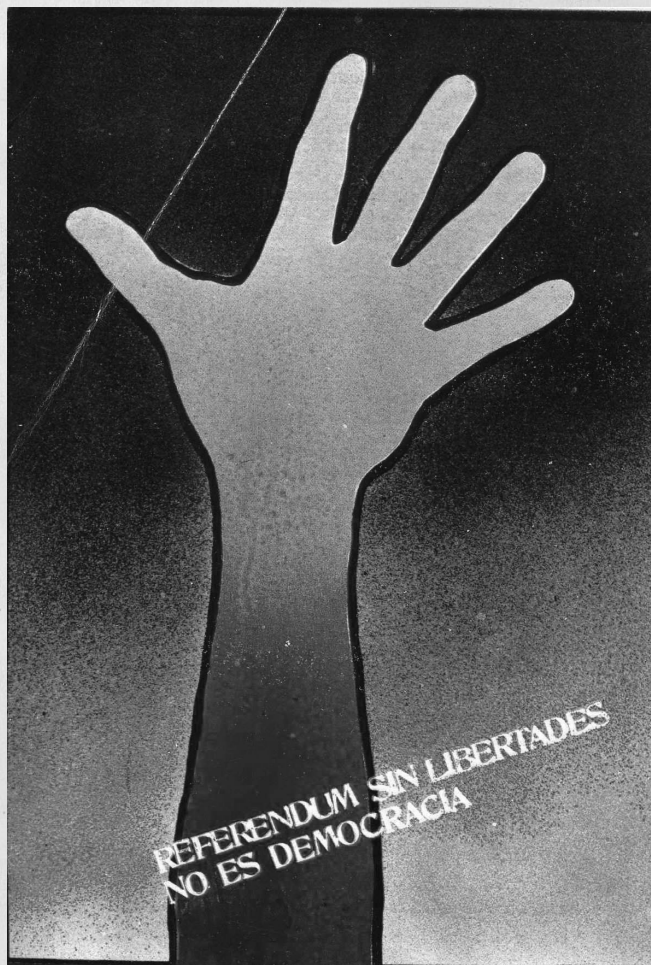
[6] El Cantábrico, 4 de septiembre de 1936

[7] El Día de Palencia, 16 de septiembre de 1937

[8] El Día de Palencia, 8 de marzo de 1938



Composición fotográfica de Samot publicada en El Cantábrico el 1 de agosto de 1936



En estos momentos, una campaña de publicidad dirigida por el Gobierno está por todas partes. En ella se habla de seguridad, democracia, futuro...

Y muchos de nosotros, entre la lógica sorpresa y cierta esperanza, empezamos a creérmolo. ¡Normal!

Sin embargo, hay algo que sigue sonando raro. Tal vez las caras, que siempre son las mismas. O las detenciones de la gente, que continúan aún. O las todavía "incontroladas" actuaciones de los grupos fascistas. Vamos, se echa de menos la libertad.

¡Eso es! La libertad.

Porque, ¿qué es la libertad?

La libertad es:

- El poder expresar lo que piensas sin tener miedo a las posibles represalias.
- El poder reunirse con quienes piensan igual que tú para defender juntos las ideas comunes.
- El que todos los partidos políticos puedan expresar sus puntos de vista para que cada persona escoja el que prefiera.
- El ejercicio pleno de la soberanía popular. Esto es, que sea el pueblo —y solamente él— quien escoja y decida su destino.

La seguridad, la democracia y el futuro no se venden en los anuncios como si fueran detergentes. La seguridad, la democracia y un futuro mejor para todos se consiguen a través de la libertad.

Todo lo demás son enredos y palabrería. Trucos para que unos cuantos puedan seguir justificándose en el poder como "demócratas", lo mismo que antes lo hicieron, justo por todo lo contrario.

PRIMERO LIBERTAD, DESPUES URNAS.

UN REFERENDUM SIN LIBERTADES NO ES DEMOCRACIA.

ANTE UN REFERENDUM SIN LIBERTADES: ABSTENCION.

Ind. FELMAR. Magnolías, 49. Madrid-29. Dep. L.: M.-39.330-1976

Documento del mes de diciembre de 2016

Aquel tiempo tan feliz... Diciembre, 1976

El documento de este mes viene encabezado por una tarjeta (anverso y reverso) que habla de un futuro de libertad y cambio, en un tiempo histórico en el que la realidad cotidiana iba por derroteros muy distintos. Escribía el historiador francés Chesnaux que una de las funciones de la Historia es legitimar y justificar el orden establecido por la clase dirigente y sus intereses a través de manuales, películas, televisión, etc. Esta introducción viene a cuento cuando asistimos a la celebración del cuarenta aniversario de la Ley de Reforma Política aprobada en referéndum el 15 de diciembre de 1976. Esta tarjeta formó parte de la propaganda con la que la oposición política al franquismo

pedía la abstención bajo el lema: "Referéndum sin libertades no es democracia".

De todos es conocido que, tras la horrible agonía del dictador, el joven monarca tras su juramento de salvaguardar los principios fundamentales del Movimiento, dirigió sus pasos a finalizar la dictadura y reformarla hacia una joven democracia. Mal empezó cuando mantuvo en la presidencia del gobierno a Arias Navarro, franquista recalcitrante y de siniestro pasado, que pretendía mantener el régimen «blanqueado» con la presencia de ministros aperturistas como Areilza o Fraga Iribarne.

La democracia otorgada que anunciaba el gobierno chocaba, con el «bunker» y con la totalidad de la oposición democrática que exigía la ruptura que conllevaba la legalización de todos los partidos políticos, la amnistía, la desaparición de los sindicatos oficiales y la convocatoria de unas Cortes Constituyentes entre otras medidas.

Junto a la tensión política se desarrolló una formidable ofensiva de huelgas y manifestaciones, durísimamente reprimidas con muertos en Sabadell, Madrid o en los terribles sucesos de Vitoria. El temor se extendió entre los dirigentes y paulatinamente sus pasos se encaminaron a un acuerdo entre los sectores más duros del franquismo y las Cortes. El nombramiento de Adolfo Suárez y la plasmación del proyecto de reforma política ideado por Fernández Miranda, allanaron el camino de la misma hasta su aprobación en las Cortes.

No cabe duda de que la nueva ley permitía mayores cotas de libertad y nuevas formas de representación, aunque dejaba sin depurar a los grandes responsables de la dictadura y sus desmanes: Ejército, Policía, miembros del siniestro Tribunal de Orden Público etc., además de consagrar la monarquía como forma de la jefatura de Estado.

Mientras tanto la oposición se había constituido en la denominada Platajunta, formada por numerosos partidos y sindicatos en un arco político que abarcaba desde el partido carlista hasta la izquierda maoísta. La carencia de una política común y las dificultades legales lastraron en gran medida la campaña a favor de la abstención propuesta por el PCE y el resto de los partidos. Frente a ellos toda la maquinaria del Estado se puso a trabajar a favor del voto afirmativo, dejando el voto negativo para los sectores residuales del franquismo más duro.

Con estos mimbres y como no podía ser de otra manera la Ley de Reforma Política fue apoyada mayoritariamente. ■



Presentación del libro ‘Claudio, mira’, de Alfons Cervera

Alfons, mira

Alfons Cervera (Gestaltar, Valencia, 1947). Narrador y poeta. Ha publicado un sinfín de novelas en las que traslada una fecunda preocupación por su propia memoria personal y por la memoria democrática de este país. Entre ellas cabe destacar la titulada “Maquis”, por la que alcanzó amplio reconocimiento internacional, y que junto a “El color del crepúsculo”, “La noche inmóvil”, “La sombra del cielo” y “Aquel invierno” forman el volumen dedicado a la Memoria Histórica, denominado “Las voces fugitivas”.

Si hay algún motivo de privilegio para el lector, más allá del propio placer de la imaginación, ése es el de haber conocido con antelación a personajes y a lugares objetos de una narración. Al que esto cuenta le ha ocurrido en algunas ocasiones. Tal vez, con “Luna de lobos” de Julio Llamazares y, desde luego con “Claudio, mira” de Alfons Cervera. Ustedes a cambio, si se animan a adentrarse en las páginas de esta última, podrán conformar con su lectura un universo nuevo a imagen de su experiencia, pero también de su intuición.

Alfons Cervera, que es un buen amigo del Colectivo Desmemoriados desde que la memoria de un hecho trágico como el “Caso Almería” nos uniera en el dolor y los deseos de reparación, tuvo a bien, hace unos meses, invitarnos a su casa en Gestaltar, es decir, a Los Yesares de sus novelas, y recorrer de esa manera los caminos y los rincones de una narración que por entonces, a buen seguro, ya estaba gestándose. Y también, con esa visita tuvimos la oportunidad de conocer a Claudio, su hermano, que como bien dice en el propio libro, “si no es el protagonista de esta novela se le parece mucho”.

Alfons es un narrador profundo, rotundo e inagotable, en el que la memoria fluye a borbotones. Sus novelas son como ríos caudalosos en los que se entremezclan las historias de propios y de ajenos para urdir con maestría un muestrario, a veces apacible, a veces

desasosegante, pero la mayoría de las veces compasivo, del discurrir humano.

A través de sus recuerdos, utilizando su memoria a la manera de la paleta de un pintor, va uniendo en las páginas de sus libros los distintos colores de la vida, con sus tonos y sus matices, para contarnos nuestra propia existencia. Cosas tan familiares, tan cercanas, que resulta increíble que un escritor como Alfons, con destrezas de alquimista, reconociéndose a sí mismo, nos conozca tanto a los demás.

En su última novela, la que ahora presenta, “Claudio, mira”, el autor regresa de nuevo a su territorio mítico, Los Yesares, para, a través de su hermano Claudio, describirnos la bondad, pero también la fragilidad del ser humano, como algo íntimamente identificable para cualquier lector que explore sus páginas. Y del mismo modo, alcanzamos a ver de nuevo, como en sus obras anteriores, el crisol de acontecimientos, terribles muchas veces, que explican nuestra historia más reciente. De algún modo Alfons Cervera, como si todos fuéramos por unos momentos Claudio, se obliga y nos obliga a nosotros a contemplar ese paisaje. No en vano, como él mismo dice, “el pasado solo existe cuando lo recordamos”. Y eso es, a veces, medicina para el alma.

Pues bien. Para nuestro propio alivio, no desechemos tan oportuna invitación. ■



Público asistente al acto en el Centro Cultural Teresa Pàmies de Barcelona | Fotografía Yolanda Rouiller



Katharine Jackson y Carmen Negrín. | Fotografía Yolanda Rouiller

Reseña del acto de homenaje celebrado en Barcelona, el 29 de febrero de 2020

Gabriel Jackson. Ciudadano, historiador, activista

El pasado 29 de febrero se organizó en Barcelona un acto de homenaje a Gabriel Jackson (Mount Vernon, Estados Unidos, 1921-2019), bajo el título de ciudadano, historiador y activista. Tres cualidades que hablan por sí solas del legado que nos dejó este norteamericano afincado en Barcelona durante casi tres décadas, aunque su proverbial discreción hiciera que la estancia pasara en buena medida inadvertida. Y no porque dejara en algún momento de intervenir en su triple faceta tanto en el conocimiento del pasado como en la propuesta de mejora del presente. Pero una parte de su producción y de su activismo iba en la dirección de reforzar la libertad, la solidaridad, la fraternidad, ese lema siempre vigente de la Revolución Francesa.

Organizado por el Colectivo Juan de Mairena, desde Desmemoriados aportamos nuestro

granito de arena a un homenaje que pretendía, modestamente, glosar la figura de Gabriel Jackson, tanto desde el punto de vista humano como del profesor que tanto contribuyó a un mejor conocimiento del pasado, que es tanto como decir del mundo en que vivimos y de esta España que escogió primero como objeto de estudio y posteriormente como un lugar donde vivir. Tuvimos el privilegio de contar con la presencia de su hija Katharine, así como con Carmen, nieta de otro personaje ilustre, y objeto de una excelente biografía realizada por Jackson: Juan Negrín. Nos acompañaron algunos de los colegas que más trabajaron y convivieron con Jackson, como Ángel Viñas o Gonzalo Pontón, así como amigos y convecinos suyos. Contamos con intervenciones que enviaron historiadores como Paul Preston, Julián Casanova, Juan Pablo Fusi, Enric Ucelay Da Cal o José Álvarez Junco. No enviaron ninguna representación, pese a

que fueron invitados, ni la Generalitat, ni la Diputación de Barcelona ni el Ayuntamiento de la capital catalana. Seguramente a Jackson no le hubiera extrañado.

Como historiador, las aportaciones de Jackson incluyeron un amplio abanico de temas y periodos, que van desde un breve y preciso libro sobre la España medieval (*Introducción a la España medieval*, Alianza, Madrid, 2008) hasta un recorrido global por todo el siglo XX que supone un análisis de los procesos políticos, económicos y sociales habituales en las obras de referencia, y que incluye igualmente novedosos apartados sobre la evolución científica y técnica del siglo pasado (*Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2009)). Su biografía, su trayectoria y sus análisis están recogidos igualmente en *Memoria de un Historiador* (Crítica, Barcelona, 2008).

Su interés por España comienza muy pronto, desde su tesis doctoral dedicada a Joaquín Costa, en quien ve un reformador interesado en lo que fue el nexo común de los regeneracionistas españoles del primer tercio de siglo: la necesidad de liberar a España de las ataduras que impedían su desarrollo económico, social, político y cultural; Jackson estudia igualmente la figura de Azaña, encarnación desde el poder de ese afán reformador en busca de una España nueva y mejor, liberada de los atavismos y las opresiones seculares (*Costa, Azaña y el Frente Popular*. Crítica, Barcelona, 2008). Objetivos que Jackson siempre compartió, y que recorren su trayectoria académica y personal. No es ajeno a estos rasgos la obra dedicada a Juan Negrín (*Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del gobierno de la II República española*. Crítica, Barcelona, 2008), estimulada por su pretensión de recuperar la figura de un gobernante vituperado no solo por la España franquista, sino por sus propios correligionarios; Jackson recupera la figura del médico y político canario, no solo, que ya sería suficiente, para reivindicar la humanidad y el talento de una personalidad más que destacada, sino para hacer justicia con la España que combatió hasta el final por la libertad y la

democracia, desde una lamentable soledad, dado el abandono de los países democráticos y de muchos responsables y organizaciones que prefirieron (y también es comprensible) claudicar ante la inevitabilidad del triunfo del fascismo. Pero con ser todas importantes, sin duda la obra más trascendente, por lo que representó en su tiempo y por lo que sigue suponiendo hoy día, es *La República española y la guerra civil* (Crítica-Booket, Barcelona, 2013); pionera en el estudio objetivo de ambos periodos, la lectura del libro de Jackson sigue siendo de sorprendente vigencia hoy día. Como señaló Ángel Viñas en el homenaje, el libro de Jackson, publicado por razones obvias en el extranjero, abre el camino hacia una aproximación a la República y a la guerra desde una visión científica, no exenta, obviamente, de la apuesta permanente de Jackson por la libertad, la democracia, la igualdad, por las políticas progresistas. Pero las convicciones vienen acompañadas del rigor en el manejo de la documentación y la utilización de los testimonios de protagonistas, buena parte de ellos anónimos. Una historia que abre el camino para una historiografía posterior rigurosa, imparcial pero no neutral. En aquel tiempo representó una auténtica bocanada de aire fresco.

El compromiso cívico de Jackson nace en una familia con representación de un amplio abanico de opciones políticas. Conviven en ella demócratas del New Deal, socialistas de la II Internacional, troskistas, lovestenistas (un pequeño partido antiestalinista) y comunistas estalinistas. Con un padre socialista democrático norteamericano y un hermano mayor comunista de la III Internacional, su compromiso cívico se mantiene a lo largo de toda su vida, como muestra la relación de causas en las que se implicó activamente: reconocimiento de sindicatos libres; cuotas suplementarias de refugiados procedentes de la Italia fascista y la Alemania nazi; ayuda alimenticia y médica a la República española durante la guerra civil; derrota de las potencias fascistas durante la II Guerra Mundial; defensa de toda la izquierda estadounidense, incluyendo a los comunistas, en contra del maccarthismo

en los años 50; luchas por la igualdad sexual y racial durante las décadas posteriores a la II Guerra Mundial; movimiento por la abolición de la pena de muerte. “He pertenecido y aún sigo perteneciendo a organizaciones como el Sindicato Estadounidense por las libertades civiles, a diversas sociedades dedicadas a los derechos civiles plenos para la mujer y las minorías étnicas, a Amnistía Internacional, a Médicos Sin Fronteras, a varias organizaciones por el desarme nuclear y al Sindicato de Científicos Comprometidos, dedicado a la limpieza ecológica y a la aplicación práctica de las fuentes de energía no contaminantes” (“*¿Somos todos nacionalistas de algún tipo?*”, El País, 1/5/2000).

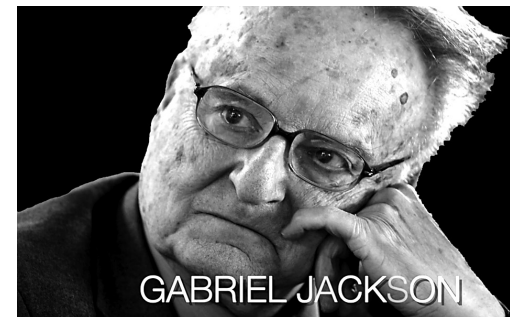
Esta panoplia de causas justas y necesarias se plasma también en sus artículos periodísticos, que publica durante varias décadas sobre todo, aunque no solo, en El País. Así, Jackson celebra la transformación de España en una democracia que, con todas sus carencias, representa una feliz transformación a partir de la dictadura de Franco. Su defensa de las libertades le lleva a rechazar toda limitación de la libertad de expresión, incluyendo la de los franquistas para defender la dictadura. Celebra la introducción en España de políticas públicas de memoria que supongan una mínima reparación para las víctimas y sus allegados, y sitúa el problema en la ausencia de una caracterización adecuada del régimen franquista por una buena parte de la sociedad española y de sus dirigentes políticos. Hay una suerte de planteamientos progresistas que incluyen en un momento temprano la incorporación en sus escritos de temas que con posterioridad tendrían una presencia mucho más intensa. La ecología, el feminismo o el pacifismo encontraron en Jackson un firme defensor, incluyendo, más allá de los pronunciamientos genéricos tan habituales en estos ámbitos, la oposición a la permanencia de España en la OTAN, en el referéndum convocado por el Gobierno del PSOE en 1986. Se muestra muy preocupado por la carrera nuclear desatada por las grandes potencias en los estertores de la guerra fría. Igualmente, su

pacifismo se explicita con ocasión de las guerras que ensangrentaron el espacio de la antigua Yugoslavia en los años 90; rechaza horrorizado la terrible guerra que asuela los Balcanes, pero desconfía de una intervención occidental que pudiera acarrear más perjuicios que ventajas.

Vecino de Barcelona durante casi 30 años, no elude pronunciarse sobre el nacionalismo: reconociendo las peculiaridades de Cataluña, se muestra poco proclive a respaldar el empeño nacionalista en plantear problemas y reivindicaciones que tienen poco que ver con las necesidades reales de la ciudadanía; rechaza el planteamiento de que la guerra civil y la dictadura posterior supusieran un enfrentamiento de España contra Cataluña, y se sorprende de la actitud benévola de la izquierda hacia este tipo de planteamientos: sostiene que los problemas reales de la ciudadanía, en Cataluña y en otros lugares, no tiene nada que ver con mitologías, agravios históricos reales o supuestos, o búsquedas angustiadas de identidad que generalmente provocan más conflictos de los que resuelven. Su crítica, siempre razonada y expresada de forma moderada y respetuosa, se amplía a la política lingüística de la Generalitat; su sueño es el de una Cataluña bilingüe, en la que todos sus ciudadanos hablen y entiendan sin ningún problema ambas lenguas, y, por supuesto, sin competencia entre ellas y sin agravios ni discriminaciones absurdas.

En definitiva, Gabriel Jackson fue un ejemplo como historiador, como ciudadano y como activista. Contribuyó como pocos a conocer y entender el pasado y el presente de España y el mundo. Nos deja un legado imborrable, que incluye tanto sus aportaciones escritas como la defensa de todas las causas justas que hizo suyas, y esa humanidad que demostraba en la grabación que cerró el homenaje. A la pregunta de qué era lo que más echaba de menos de España, contestó que le gustaba besar en las dos mejillas. ■

La grabación del acto está disponible en:



Texto de *Desmemoriados* leído en el acto de homenaje a Gabriel Jackson

Desmemoriados somos un grupo de personas interesadas en el estudio de la memoria colectiva de Cantabria, especialmente desde el final de la guerra incivil hasta épocas más recientes.

Sus componentes, nacidos muchos en los sesenta, éramos muy jóvenes cuando comenzaron a normalizarse la democracia y la libertad. Interesados por la Historia de España, buscábamos lecturas que fueran más allá del maniqueísmo de la historia evenemencial que nos habían enseñado hasta ese momento. Y es así como descubrimos a historiadores como Pierre Vilar, Hugh Thomas, Edward Malefakis, Manuel Tuñón de Lara y, por supuesto, Gabriel Jackson.

Del profesor Jackson aprendimos a ver la historia más trágica de nuestro país en el siglo XX de una forma distinta; él nos enseñó a ser rigurosos y honestos con las fuentes, a ver la historia de la II República y la Guerra Civil con pasión, sin faltar al rigor. Nos acercó a sus protagonistas y, sobre todo, nos dio un ejemplo de cercanía a los perseguidos por nuestra historia.

Hoy aquí, en Barcelona, también recordamos a un profesor crítico con algunos aspectos de la llamada memoria histórica, pero que siempre abogó por el reconocimiento debido a las víctimas republicanas y a todos los que

sufrieron en silencio la larga noche de la dictadura. Del mismo modo, consideraba de ineludible justicia el desenterramiento de las fosas que, todavía hoy, se extienden por nuestra geografía para permitir recuperar los cuerpos de las víctimas, entregándoselos a sus hijos y nietos.

Otro aspecto aleccionador fue la relación que entabló con exiliados españoles en Ciudad de México y en Toulouse, donde incrementó su interés por nuestro país y recogió testimonios directos de la crisis. Aportaciones que le sirvieron para entender mejor la República y la Guerra Civil.

Para finalizar, no podemos dejar de señalar cómo para Jackson las fronteras no eran obstáculo. Un estadounidense de origen judío con ancestros en el Este de Europa no encontró barreras que impidieran su vocación para llevar a cabo su fecunda vida intelectual.

Todo un ejemplo en estos tiempos dónde los particularismos están adquiriendo tanta notoriedad y, como nos recordaba sabiamente en una de sus últimas entrevistas, “la misión de la izquierda es contemplar las cosas desde el punto de vista de la solidaridad humana, en lugar de competir por votos con la derecha apoyándose en mitos y resentimientos...”.

Barcelona, 29 de febrero de 2020 ■



Actuación de *El Cantar de las Comadres* durante la presentación del cuarto anuario de *Desmemoriados*

El cancionero popular, fuente y reflejo de la historia

Hay letras del cancionero popular, como: “Mi amante se fue a La Habana, otro me queda en la aldea”, “Alegría, alegría, que dure dure.... Viva Isabel II Reina de España... con el trepeletré”, “Es tanta la virulencia que lleva el ferrocarril, que se planta en hora y media de Molledo a Portolín”, “En la provincia de Huelva había un molinero honrado...”, que a poco que las analicemos, incluso aceptando que han sido refinadas con el paso del tiempo, la popularidad y la dedicación de los grupos musicales, adivinamos contenidos que podrían ser interesantes para conocer distintos aspectos de la sociedad y el periodo histórico que narran: asuntos económicos y sociales, acontecimientos históricos

y referencias políticas y, sin duda, las mentalidades colectivas. De la importancia de la tradición da cuenta, por ejemplo, el trabajo de homogeneización y exaltación realizado durante el franquismo por organizaciones como la Sección Femenina con sus coros y danzas, máximo exponente del modo en que el régimen convirtió el folclore en un instrumento de adoctrinamiento social y en una herramienta política de legitimación por su capacidad de proporcionar al sistema elementos de atemporalidad, de continuidad orgánica, como explica Ana de la Asunción Criado. Es fácil apreciar, el potencial que tiene la música tradicional, especialmente el cancionero, para ser empleado como una

herramienta más de conocimiento de la historia por su papel dentro de la memoria colectiva de una población.

No se nos puede escapar, pues, la importancia que el folclore ha tenido como mecanismo de fijación efectivo de aquellos hechos y acontecimientos que, de algún modo se deseaba preservar para el futuro y transmitir entre los coetáneos. Más si tenemos en cuenta la facilidad de utilizar los usos y costumbre aceptados por la mayoría, especialmente en el mundo rural. De ahí la importancia de su utilización como fuente oral en cuanto al conocimiento de diversos aspectos de la vida de un grupo humano.

Así pues, la música en su conjunto puede resultarnos de gran ayuda para entender determinadas claves de una sociedad concreta. Analizar la música de cada periodo, especialmente la que se produce en el siglo XIX y XX resultaría muy interesante habida cuenta que constituye una expresión singular de un modo de trabar las relaciones sociales y un mecanismo de poder por parte de las clases dirigentes, especialmente la burguesía. En general, la producción musical de cada período histórico refleja valores de la clase dominante y argumentos legitimadores de su poder. Pero esto sería aplicable fundamentalmente a la música culta, aquella que se daba en las ciudades y se interpretaba en salones y teatros de concierto. Junto a esto existían otros tipos de música que encontraba su espacio en tabernas y plazas de pueblos y ciudades que tenían una serie de funciones importantes para la sociedad de la que procedía. Nos referimos a la música popular y dentro de esta, especialmente a la que se transmite por vía oral generación tras generación y que encierra valores de tipo cultural-etnográfico y, por supuesto, en muchas ocasiones referencias históricas de gran interés para su uso como fuente para ayudar a reconstruir como fue y lo que pasó en una época y lugar determinado.

La música popular hace referencia a la elaborada y transmitida por músicos no

académicos, podríamos decir, aunque hoy tendría una connotación algo distinta pues tan popular puede ser un pasodoble como un rap, teniendo actualmente una penetración generalizada siendo, en algunos casos, una música fundamentalmente diseñada para el ocio. Pero no es esa a la que nos queremos referir Tampoco a la música popular con intención social, bien representada por los cantautores abundantes en la Transición y que aún existen, aunque mermados en número. Nos referimos a esa mucho más cerca de la raíz, con una naturaleza más rural, o al menos mejor conservada en estos espacios, mucho más cercana a lo música tradicional o, como se le llama popularmente: música folclórica. Como inciso, recordar la diferencia con la música folk que es el resultado del uso de elementos tradicionales pero adaptados a la actualidad.

Del estudio de esta música se encarga la etnomusicología, nosotros, fundamentalmente, nos fijaremos en los contenidos de las letras de las canciones y de ellos nos interesaremos, sobre todo, por los aspectos que hacen referencia a los temas y asuntos propios de la historia: qué pasaba en un lugar y en un tiempo determinado a una persona o a un grupo de gente.

La música tradicional tiene una serie de características que la definen, como el hecho de ser anónima, su aceptación por la comunidad, el utilitarismo de la misma (pues se componía para algo: sembrar, una fiesta, un acontecimiento como una boda) y, además, el modo de transmisión, oral, con las características propias de esa forma de comunicación del conocimiento y con todos los inconvenientes y deficiencias que este tiene, pero también con sus grandezas. Por lo tanto, está sometida a cambios por evolución cultural, por variación debidos a fallos de memoria o por sustituciones derivadas de nuevas costumbres.

Es por ello que las canciones tradicionales suponen una fuente, a menudo inexplorada, de conocimiento histórico y como tal debe ser tomada. Además, tanto la música como la

letra representan un mundo simbólico que nos informa de multitud de elementos de tipo tanto etnográfico como histórico y que nos dan pistas sobre lo que piensa siente e importa a una determinada comunidad o grupo.

Así, como queda reflejado en el Documento del mes de marzo de este anuario 2020 (*Una trova cántabra, ejemplo de resistencia en la revolución de 1934*), la pieza ejemplifica, nítidamente, todos los elementos característicos de este tipo de composiciones.

La música tradicional, por consiguiente, puede ayudarnos a resolver cuestiones sobre el tipo de sociedad, los acontecimientos más relevantes para la vida común, los hechos y momentos que más han podido impactar en un colectivo, las relaciones sociales, las bases económicas o los contactos con elementos externos a la comunidad. Del mismo modo nos suscita muchas preguntas que también pueden ser interesantes, como ¿por qué se cantan los mismos temas parecidos en lugares distantes?, ¿cuáles han sido los procesos de aculturación?, ¿en qué dirección se han dado?, ¿por qué un acontecimiento narrado o un hecho histórico impactó en un colectivo y cuál es su grado de intensidad?, etc.

Como toda fuente histórica hay que observarla con cautela pues, seguramente, está expuesta a multitud de avatares, mucho más si la queremos utilizar como fuente oral pues, como dijimos atrás, experimenta las distorsiones propias de la memoria y sus imperfecciones. Además, como todo documento oral, requiere una cierta elaboración para poder ser utilizado adecuadamente; la mano del

folclorista o el historiador pueden alterar el propio documento al exigir de su presencia para ser creado. Como muestra de lo dicho, desde finales del siglo XIX, aunque hay ejemplos anteriores, la música tradicional está recogida en los cancioneros que recopilan las composiciones de las distintas zonas y han sido reproducidos reiteradamente por los grupos que defendiendo el folklore versionan una y otra vez la forma fijada oficialmente. Esto puede ser interesante, aunque, como es de imaginar, altera la naturaleza básica de lo que recopilan, pues eliminan algunos de los elementos definitorios. Por ello, es mucho más interesante a priori la utilización de versiones proporcionadas por informantes que repiten lo aprendido de sus mayores. La tradición oral tiene muchos peligros, pero también grandes virtudes, pues la memoria, incluso en su continuo desgaste, suele preservar los elementos más importantes para el que canta, y estos son manifestaciones de lo que para el individuo era y es relevante.

Por tanto, la música tradicional, el folklore es en muchos casos pieza fundamental para conocer el sentir, el hacer y el interaccionar de una comunidad, así como los hechos notorios del momento y las circunstancias en que se compuso la canción. Se trata, por consiguiente, de una verdadera declaración de intenciones, un mensaje, en sentido estricto, redactado en el lenguaje que la sociedad puede entender, aceptar y practicar. Es, en conclusión, fuente para la historia, memoria viva de una sociedad, un indicador de continuidad y a la vez de cambio, pues su evolución es, en definitiva, la evolución de todos. ■

Jornada divulgativa sobre la revolución del 34 en Barruelo de Santullán

Una de las pocas alegrías que tuvimos en el año del confinamiento fue la invitación a participar en la Jornada sobre la revolución del 34 en Barruelo de Santullán. Desde el verano el Centro de Interpretación de la Minería de Barruelo (CIM) venía realizando rutas guiadas por las calles de la localidad como alternativa al cierre del Museo por la pandemia y para garantizar la seguridad de los visitantes. En vista del interés que suscitó una de estas rutas, que recorría los lugares en los que se desarrollaron los sucesos insurreccionales que tuvieron lugar a comienzos de octubre de 1934, los responsables del Centro propusieron al Ayuntamiento la celebración de una jornada divulgativa en la que estuvieran presentes aquellos autores que habían escrito sobre el acontecimiento histórico en Barruelo. El colectivo Desmemoriados fue invitado a impartir una ponencia sobre la Revolución del 34 en Cantabria. Finalmente, el acto se desarrolló el sábado, 17 de octubre en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán. Las restricciones del momento impidieron una mayor afluencia de público interesado, pero los amigos del CIM tuvieron el buen criterio de grabarlo y difundirlo través de Internet, lo que hace posible que facilitemos el enlace de las distintas intervenciones de los participantes mediante un código QR. ■



JORNADA DIVULGATIVA SOBRE LA REVOLUCIÓN DEL 34 EN BARRUELO



17 DE OCTUBRE 2020
CASA DEL PUEBLO
BARRUELO DE SANTULLÁN

JORNADA DIVULGATIVA SOBRE LA REVOLUCIÓN DEL 34 EN BARRUELO

10:00	Presentación.
10:30	La forja de una revolución: Los mineros de Barruelo. <small>Jorge Ibáñez Díez. Licenciado en Historia y autor: La insurrección armada de octubre de 1934.</small>
11:30	Barruelo. El día rojo. <small>Fernando Cuevas Ruiz. Licenciado en Historia y guía del Centro de Interpretación de la Minería.</small>
12:30	Descanso.
13:00	El frente de Barruelo en la Guerra Civil. Epílogo de los sucesos del 34. <small>Willydo Román Ibáñez. Licenciado en Historia. Editor y autor: Combate en la montaña.</small>
16:00	Octubre del 34: Antesala de la Guerra Civil. <small>Néstor Alonso Estalejo. Licenciado en Historia. Autor: Las brumas del Sesión.</small>
17:00	La revolución ignorada. Cantabria 1934. <small>Agustín Macías Pitt. Componente del grupo de trabajo Desmemoriados. Cantabria.</small>
18:00	Mesa debate.

17 DE OCTUBRE 2020 CASA DEL PUEBLO BARRUELO DE SANTULLÁN



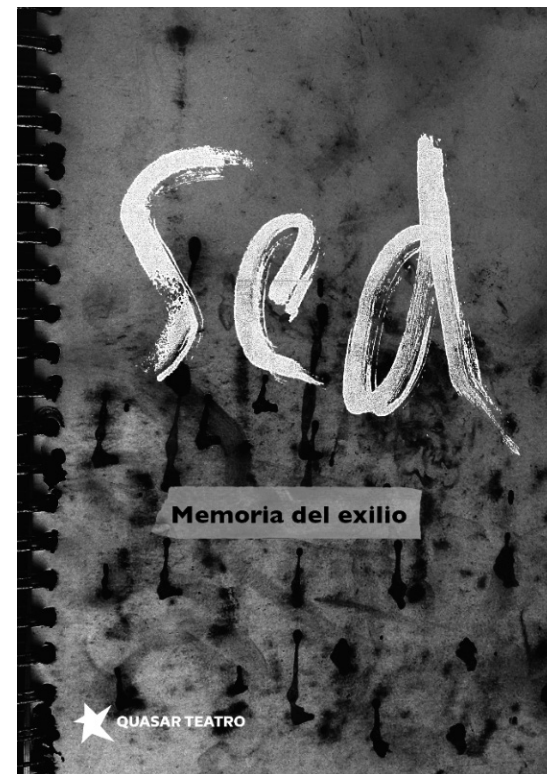


Sed, la búsqueda de una respuesta

El estallido de la paz en abril de 1939, además de sumir a nuestro país en el miedo y la pobreza, fue el inicio del exilio para casi 400.000 españoles, vivencia dramática en lo colectivo y en lo personal reflejada en la literatura y recogida en los numerosos testimonios gráficos que muestran a familias enteras cruzando la frontera francesa portando sus humildísimos enseres y a milicianos entregando su fusil a los gendarmes. Con anterioridad al final de la guerra, en agosto de 1937, la caída del frente Norte ya supuso la salida desde los puertos del Cantábrico hacia Francia y la URSS de defensores de la legalidad republicana además de los conocidos como “los niños de la guerra”. Entre los defensores de la República sitiada se encontraba Ramón Megoya, trabajador portuario, militante socialista y afiliado a la UGT, casado con Salvadora y padres de una hija y otra a punto

de llegar que, en el alboroto de aquellos días, embarcó hacia Francia separado de su esposa e hija que lo hicieron en otro buque el cual fue obligado a poner proa hacia la capital santanderina tras ser amenazado por el crucero franquista Cervera a pocas millas de la bahía, suceso que truncó definitivamente su vida en común. A partir de esta circunstancia la vida de Ramón se evaporó.

Mónica González Megoya, su nieta, cuando supo muchos años después las circunstancias vividas por su abuelo, se preguntó ¿por qué se fue, dónde vivió, dónde estuvo...? e inquieta y activa decidió investigar y romper ese muro de silencio y olvido que ha acompañado y sigue acompañando a tantas familias y a tantas víctimas de la guerra y de la dictadura franquista.



Portada del libro

Ella necesitaba saciar su *Sed* y así averiguó que su abuelo regresó a España pocos meses después de su salida de la capital cántabra y permaneció en zona republicana hasta los últimos días de marzo de 1939. En las postrimerías de la contienda, miles de republicanos se refugiaron en los puertos levantinos buscando barcos que les sacaran de España huyendo de la proximidad de las tropas franquistas y de los voluntarios italianos que amenazaban el último corredor libre entre Madrid y Valencia. En el caso de Ramón sabemos que a finales de este mes se encontraba en Cartagena y que junto a casi tres mil refugiados pudieron embarcar en el Stanbrook, viejo carbonero inglés de menos de 100 metros de eslora, bajo las órdenes del capitán galés Archibald Dickson que, con nobleza y a diferencia de otros capitanes, accedió a que los refugiados subieran al barco y desafiando el cerco de la Armada franquista pusieron rumbo a Orán. Una vez llegados a aguas argelinas, las autoridades francesas permitieron el desembarco de mujeres y heridos manteniendo

a los hombres encerrados en el barco en pésimas condiciones higiénicas. Transcurrida la cuarentena fueron conducidos hacia el este del país lejos de la colonia española oraní y allí se les ofreció la posibilidad de regresar a España, ingresar en la Legión Extranjera o trabajar en la construcción del ferrocarril subsahariano ideado por el colonialismo galo. La mayoría accedieron trabajar en la infraestructura del tren en unas condiciones laborales durísimas (altas temperaturas, escasez de agua, alimentación deplorable) y bajo la estrecha vigilancia de las tropas coloniales.

Pero todo es susceptible de empeorar y en 1940 la Alemania nazi ocupó Francia nombrando al mariscal Pétain como jefe de la Francia de Vichy lo que iba a perjudicar aún más las condiciones de los presos republicanos españoles vistos por las nuevas autoridades como peligrosos prisioneros políticos. Los denominados campos de trabajo se convirtieron en campos de concentración y cualquier acto de resistencia fue castigado con torturas o con el traslado al siniestro campo de castigo de Djelfa, donde algunos españoles murieron. El escritor Max Aub sobrevivió allí y con el nombre del campo tituló uno de sus poemarios^[1].

La situación no cambió hasta el desembarco de las tropas aliadas en el norte de África en 1942 iniciándose la lenta liberación de los presos españoles a los que se les ofreció la posibilidad de combatir junto a las tropas de la Francia Libre, formar parte de los zapadores británicos o permanecer en Argelia. Un grupo numeroso permaneció en suelo argelino intentando rehacer sus vidas manteniendo viva la esperanza de que la victoria aliada les permitiera regresar a una España libre, y entre ellos, se encontraba Ramón.

Su tranquilidad no iba a durar demasiado tiempo; en 1954 estalla la guerra de liberación argelina y por tercera vez en menos de 20 años la violencia vuelve a llamar a sus puertas, así hasta 1962 en que los franceses abandonan su colonia (y dos mil españoles con ellos)



y pasan a ser conocidos como Pieds-Noir^[2]. Sabemos que Ramón regresó a Francia y se instaló en la zona de Toulouse donde fue bien acogido por la colonia de exiliados españoles residentes allí.

Mónica recibió en mayo de 2020 el certificado de defunción de su abuelo con fecha de 31 de octubre de 1978. Desde su llegada a la capital transpirenaica francesa hasta su muerte, su nieta ignora todo en torno a él.

El caso de nuestro protagonista es uno más del enorme drama que sufrieron miles de españoles, héroes anónimos que lo dejaron todo defendiendo la libertad y que durante

muchos años han permanecido en la más absoluta oscuridad. Gracias a la *Sed* de Mónica y otros como ella, su esfuerzo será reconocido.

Para *Desmemoriados* es un orgullo y una gran suerte que Quasar Teatro, la compañía que dirige Mónica, nos haya permitido trabajar con ella y con un equipo de magníficos profesionales, acercándonos al maravilloso mundo del teatro. Y además, porque *Sed* también es un libro y un documental cuyo fin es ser proyectado en los centros de enseñanza para que las nuevas generaciones conozcan y aprendan el esfuerzo por la libertad y la justicia que hicieron nuestros mayores. Así la *Sed* se irá aplacando. ■

Notas

[1] Aub, Max (2015) *Diario de Djelfa, Madrid, Visor*

[2] Pieds-Noir. Literalmente pies negros. Término con el que se denominaba a los franceses residentes en Argelia que volvieron al continente europeo tras la independencia del país africano en 1962

